

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXII

Nº3

MARZO 2009



NUESTRA PORTADA:

TESOROS DEL MUSEO DE LA CATEDRAL DE OURENSE

Arqueta-relicario de San Rosendo y San Torcuato, siglo XVI, Renacimiento.
Plata sobredorada, repujada, cincelada y fundida.

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXII

Marzo 2009

Nº 3

SUMARIO

LA VOZ DEL PRELADO

- Saludo del Sr. Obispo con ocasión de la Semana Santa..... 369
Carta a las familias de la Diócesis con ocasión de la Campaña del Domingo 2009 371
Actividades del Sr. Obispo 373

IGLESIA DIOCESANA

- Secretaría General
Nombramientos 379
Vicaría de Pastoral
Bodas de Oro Sacerdotales de D. Rafael Nogueiras Gómez 379

IGLESIA EN ESPAÑA

- Conferencia Episcopal Española
La Conferencia Episcopal Española pone en marcha una campaña de comunicación con el lema ¡PROTEGE MI VIDA! 387
Carta de los Obispos de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis sobre la enseñanza de la Religión Católica en la escuela 388
Campaña del Seminario 2009. Apóstol por la gracia de Dios 389
Nombramiento: Mons. D. Juan Antonio Reig Plá, Obispo de Alcalá de Henares 391
Nombramiento: D. José Mazuelos Pérez, Obispo de Jerez de la Frontera 392

IGLESIA UNIVERSAL

- Santo Padre Benedicto XVI
Ángelus 397
Audiencias Generales..... 400
Cartas..... 405
Discursos..... 410
Mensajes 425
Viaje Apostólico - Camerún y Angola del 17 al 23 de marzo de 2009..... 431
Santa Sede
Carta a la Jerarquía Católica con ocasión de la Colecta «PRO TERRA SANCTA». Cuaresma 2009 ... 489

CRÓNICA DIOCESANA

- Marzo..... 495



LA VOZ DEL PRELADO

CARTAS**Saludo del Sr. Obispo con ocasión de la Semana Santa**

Queridos diocesanos:

Celebrar la Semana Santa es volver a revivir los más importantes misterios de la vida del Señor: su pasión, su muerte y su resurrección. Este año podemos hacerlo teniendo como paradigma la figura del Apóstol San Pablo, cuyo año jubilar estamos celebrando.

Él se encontró con el Señor Resucitado en el camino de Damasco y su vida se transformó de tal manera que «ya no era Pablo, sino Cristo quién vivía en él». Había descubierto el amor del Crucificado, y esto le hizo comprender que su vida ya no podía ser otra cosa que una respuesta de amor hacia quien le había amado hasta dar la vida por él. Dios le tocó el corazón, le abrió los ojos y su vida quedó del todo cambiada para siempre. El mundo se le quedó pequeño para contar su encuentro con Jesucristo y anunciar a todos el tesoro que había encontrado con el Señor.

Tal debería ser nuestro encuentro con Cristo en estos misterios de Semana Santa: Descubrir el gran amor de quién entrega su vida por cada uno de nosotros y convertirnos en palabra viva de su mensaje de salvación para los hombres de nuestro tiempo. Al hombre

moderno sólo podremos convencerle si anunciamos la Buena Nueva a través de actos vivos de amor. Sabemos muy bien que «sólo Cristo es el rostro viviente de la palabra y que sin Él toda la historia de la humanidad carece de sentido». Pero no es menos cierto que el mundo necesita de testigos que pongan un poco de luz donde hay tantas tinieblas, un poco de verdad donde hay tanta mentira, un poco de equidad donde hay tanta injusticia y un poco de amor donde hay tanto odio e indiferencia. Y a esto estamos llamados todos los creyentes que se encuentran de verdad con Jesucristo.

Cómo no desear que estos días de la Semana Grande y Santa por excelencia sean para todos días de encuentro con el Señor y pedir que en Él encontremos la gracia y la fuerza necesarias para ser más y mejores testigos del mensaje del Resucitado, que nos haga a todos un poco más felices y aumente nuestra espera de Salvación

¡Felices Pascuas!

Con cariño os bendice vuestro Obispo.

+ Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Ourense

Saúdo do Sr. Bispo con ocasión da Semana Santa

Queridos diocesanos:

Celebra-la Semana Santa é volver revivi-los máis importantes misterios da vida do Señor: a súa paixón, a súa morte e a súa resurrección. Este ano podemos lo face tendo como paradigma a figura do Apóstolo San Paulo, cuxo ano xubilar estamos celebrando.

El atopouse co Señor Resucitado no camiño de Damasco e a súa vida transformouse de tal maneira que «xa non era Paulo, senón Cristo quen vivía nel». Tiña descuberto o amor do Crucificado, e isto fíxolle comprender que a súa vida xa non podía ser outra cousa que unha resposta de amor cara quen lle amara ata da-la vida por el. Deus tocoulle o corazón, abriulle os ollos e a súa vida ficou do todo cambiada para sempre. O mundo ficoulle pequeno para conta-lo seu encontro con Xesus-cristo e anunciar a todos o tesouro que había encontrado co Señor.

Tal debería se-lo noso encontro con Cristo nestes misterios de Semana Santa: Descubri-lo gran amor de quen entrega a súa vida por cada un de nós e converternos en palabra viva da súa mensaxe de salvación para os homes do

noso tempo. Ó home moderno só poderemos convencerlle se anunciámo-la Boa Nova a través de actos vivos de amor. Sabemos moi ben que «só Cristo é o rostro vivente da palabra e que sen El toda a historia da humanidade carece de sentido». Pero non é menos certo que o mundo precisa de testemuñas que poñan un pouco de luz onde hai tantas tebras, un pouco de verdade onde hai tanta mentira, un pouco de equidade onde hai tanta inxustiza e un pouco de amor onde hai tanto odio e indiferenza. E a isto estamos chamados tódolos crentes que se atopan de verdade con Xesus-cristo.

Como non desexar que estes días da Semana Grande e Santa por excelencia sexan para todos días de encontro co Señor e pedir que nel atopémo-la graza e a forza necesarias para ser máis e mellores testemuñas do mensaxe do Resucitado, que nos faga a todos un pouco máis felices e aumente a nosa agarda de Salvación.

¡Felices Pascuas!

Con cariño bendívo-lo voso Bispo.

+ Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

Carta a las familias de la Diócesis con ocasión de la Campaña del Domingo 2009

Hermanos bienqueridos:

Hace ahora un año que os escribía una carta a todos los cristianos diocesanos. En ella os expresaba mi preocupación por la poca importancia que le damos a la Misa del Domingo. Os decía que quería entrar en vuestras casas y en vuestra intimidad, siempre que me lo permitieseis. Pues bien, pasado ya un año, quiero ponerme en contacto con vosotros, porque me han dicho que aquellas letras no habían llegado a todos, tal como era mi deseo.

Mi gran preocupación es la de ayudaros a comprender la trascendencia que tiene para nosotros, los creyentes, la celebración del día del Señor, la celebración del Domingo. Bien sabéis que tenemos que rezar, que tenemos que leer las Sagradas Escrituras y escuchar su explicación, que tenemos que celebrar la Eucaristía, que tenemos que comulgar y que tenemos que descubrir cómo nos comprometemos a partir el pan con los hambrientos y a ser solidarios con los que menos tienen y más precisan de nuestra ayuda.

Yo os invito a que, en familia, reflexionéis sobre la participación en la Misa del Domingo, cogidos de la mano, abuelos, padres y niños, siendo testigo de “que sin el Domingo no

podemos vivir”. Una antigua tradición judía decía que la celebración del santo Sábado fue quien salvó al pueblo de Israel de la desaparición; pues bien, también podemos decir que la celebración del Domingo salvará al pueblo cristiano, porque en él encontramos todo cuanto nos hace falta para vivir la fe y para compartirla con todos nuestros hermanos.

El Santo Padre, Benedicto XVI, nos recordaba en la Jornada Mundial de las Familias en México cómo los hogares son el lugar propicio para dar vida, para transmitir la fe, para vivirla y testimoniarla. Acompañando a vuestros hijos y a vuestros nietos en la Misa del Domingo, estáis ayudándolos a conocer mejor a Jesús y estáis animándolos a vivir los compromisos de los sacramentos de la iniciación cristiana.

Soy consciente de que comprendéis mi preocupación y de que seréis generosos para dedicarle una pequeña reflexión. Le pido a Dios que bendiga a vuestros hogares y a vuestras familias y que os fortalezca para poder vivir en cada Domingo a celebración de la Eucaristía.

Ourense, 1 de abril de 2009.

+Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Ourense.

Carta ás familias da Diocese co gallo da Campaña do Domingo 2009

Irmáns benqueridos:

Hai agora un ano que vos escribía unha carta a tódolos cristiáns diocesanos. Nela expresábavo-la miña preocupación pola pouca importancia que lle damos á Misa do Domingo. Dicíavos que quería entrar nas vosas casas e na vosa intimidade, sempre que mo permitirades. Pois ben, pasado xa un ano, quero pórme en contacto convosco, porque me teñen dito que aquelas letras non chegaran a todos, tal como era o meu desexo.

A miña gran preocupación é a de axudarvos a comprender a transcendencia que ten para nós, os crentes, a celebración do día do Señor, a celebración do Domingo. Ben sabedes que temos que rezar, que temos que ler as Sagradas Escrituras e escoita-la súa explicación, que temos que celebra-la Eucaristía, que temos que comulgar e que temos que descubrir cómo nos compromete a partir o pan cos famentos e a ser solidarios cos que menos teñen e máis precisan da nosa axuda.

Eu convídvos a que, en familia, reflexionedes sobre a participación na Misa do Domingo, collidos da man, avós, pais e nenos, sendo testemuña de “que sen o Domingo non podemos vivir”. Unha antiga tradición xudía dicía que a celebración do santo Sábado foi

quen salvou ó pobo de Israel da desaparición; pois ben, tamén podemos dicir que a celebración do Domingo salvará ó pobo cristián, porque nel encontramos todo canto nos fai falta para vivir a fe e para compartila con tódolos nosos irmáns.

O Santo Pai, Bento XVI, recordábanos na Xornada Mundial das Familias en México como os fogares son o lugar propicio para dar vida, para transmitir a fe, para vivila e testemuñala. Acompañando ós vosos fillos e ós vosos netos na Misa do Domingo, estades a axudalos a coñecer mellor a Xesús e estades a animalos a vivir os compromisos dos sacramentos da iniciación cristiá.

Son consciente de que comprendéde-la miña preocupación e de que se redes xenerosos para dedicarlle unha pequena reflexión. Pídlle a Deus que bendiga ós vosos fogares e ás vosas familias e que vos fortaleza para poder vivir en cada Domingo a celebración da Eucaristía.

Con afecto, o meu saúdo e bendición.

Ourense, 1 de abril de 2009.

+ Luís Quinteiro Fiúza
Bispo de Ourense

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

FEBRERO

Día 27: Reunión con los sacerdotes jóvenes en el Seminario Mayor.

Día 28: Reunión de la Academia Auriense-Mindoniense de San Rosendo en Mondoñedo con diversos actos a lo largo del día.

Preside la Celebración Eucarística de Acción de gracias a los miembros de las Comunidades Neocatecumenales de las distintas parroquias de Ourense con motivo de la Aprobación definitiva de los Estatutos del Camino Neocatecumenal en la Parroquia de Santa Eufemia la Real del Norte (Santo Domingo).

MARZO

Días 3-5: Imparte Charlas Cuaresmales a los Caballeros y Damas de la lugartenencia de la Orden de Caballería del Santo Sepulcro de Jerusalén en la cancillería de la Orden en Madrid.

Día 8: Solemne Concelebración Eucarística en la fiesta de San Rosendo en Celanova presidida por el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Alfonso Carrasco Rouco, Obispo de Lugo y concelebrada por el Sr. Obispo de la Diócesis y sacerdotes.

Día 10: Reunión del Consejo Episcopal.

Día 13: Preside la Celebración Eucarística a la comunidad del Seminario Mayor con motivo del Rito de Admisión a las Sagradas Órdenes de tres seminaristas y las Promesas de los que serán ordenados diáconos.

Día 14: Sagrada Ordenación de tres Diáconos y Colación de los Ministerios de Lectorado y Acolitado a dos seminaristas en la iglesia del Seminario Mayor.

Día 15: Santa Visita Pastoral a la parroquia de Santa Marta de Belle en el Arciprestazgo de Ourense-Éste.

Día 17: Reunión de la Comisión Permanente del Consejo Presbiteral.
Reunión del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos en el Obispado.

Día 18: Preside la Celebración Eucarística con motivo de la Apertura al Octavo Centenario de la Fundación de la Orden de las Clarisas en el

Monasterio de Vilar de Astrés.

Preside la Vigilia de oración por las Vocaciones en la Parroquia de Fátima.

Día 19: Preside la Celebración Eucarística en el Seminario Menor con motivo de la fiesta de San José en el Día del Seminario.

Día 21: Preside la Novena y Celebración Eucarística en la Capilla de San Lázaro de Peliquín.

Día 22: Santa Visita Pastoral a la parroquia de Santa María de Lamela y San Bernardo de Tibiás en el Arciprestazgo de Ourense-Éste.

Día 24: Reunión del Consejo Episcopal.

Día 25: Preside la Reunión de Arciprestes en el Seminario Mayor.

Preside la Celebración Eucarística de Clausura del Triduo a Santa María Madre en su templo votivo.

Interviene en la programación religiosa de la TVG de cara a la Semana Santa.

Día 27: Reunión con los sacerdotes jóvenes en el Seminario Mayor.

Asiste a la presentación del libro *Don Evaristo. Párroco de O Carballiño y promotor de la Vera Cruz* del Rvdo. José Ramón Hernández Figueiredo en el Casino de O Carballiño.

IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

Con fecha **18 de marzo de 2009**, el Sr. Obispo de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quinteiro Fiuza, ha tenido a bien prolongar por seis años el nombramiento del **Rvdo. D. Luis Rodríguez Álvarez**, como párroco de San Pío X, en el arciprestazgo de Ourense-Sur.

VICARÍA DE PASTORAL

Bodas de Oro Sacerdotales de D. Rafael Nogueiras Gómez San Eusebio de la Peroxa (14 – III – 2009)

“Éstos son los hombres santos, amigos de Dios, insignes en la predicación de la verdad divina”. Así reza la antífona de la misa de los santos. Siempre me ha gustado esta definición para la santidad: santos son los amigos de Dios y, por lo tanto, los amigos de aquellos que son “su imagen y semejanza”, los seres humanos. Hace tiempo que D. Rafael, a quien hoy homenajeamos, ha encaminado sus pasos por la senda del seguimiento cercano de Jesús. De ahí que sea el sacerdote cercano, preocupado por los demás, amigo de todos los sacerdotes y, de una forma muy espe-

cial, de todos sus feligreses. “Amigo de Dios”, que bonita definición para un sacerdote, que camina en la verdad del Señor.

Este homenaje en sus bodas de oro coinciden con el año jubilar de San Pablo, conmemorando el dos mil aniversario de su nacimiento en Tarso de Celicia. El judío que persiguió a los cristianos y al mismo Cristo, aunque sin saberlo. El hombre que conoció a Jesús de Nazaret y que cambió radicalmente de vida, poniéndose a los pies de un tal Ananías, capaz de discernir espí-

ritus. El creyente que ha querido que su vida fuera identificación con la misión, que el Señor le había encomendado. El misionero que tiene como única ilusión y meta de su vida el anuncio del Evangelio.

D. Rafael nació el día 24 de septiembre del año 1935, natural de la parroquia de Santa María de Salamonde. Sus padres fueron Joaquín y Benita. Cursó estudios en el Seminario Menor y Mayor de Ourense. Fue ordenado de diácono el día 4 de septiembre del año 1958. Fue ordenado sacerdote el día 20 de diciembre del año 1958. El primer destino que se le han encomendado en la diócesis de Ourense fue el de Vicario Parroquial en la comunidad de Santiago de las Caldas. Era el día 1 de septiembre del año 1959. Allí estuvo hasta el día 30 mayo de 1961.

D. Rafael soñaba con ser otro Pablo. El Apóstol de los Gentiles ha sido para él modelo de misión. El lema paulino “hay de mí si no evangelizare” le ayuda a romper con su tierra, con sus compañeros, con sus comodidades y proyectos, para marcharse a Chile, más allá de los Andes.

Largo período de vida misionera “ad gentes” en Chile. Desde el año 1961 hasta el año 1973. En el año 1961 se marcha a Chile, formando equipo pastoral con su muy querido amigo, D. Florencio Gándara Feijoo, en la parroquia de Nueva Imperial, diócesis de Temuco; pasando luego a la parroquia

de Lautaro para volver, más tarde, de nuevo a la parroquia de Nueva Imperial. En Chile, en este mismo tiempo, se encuentran varios sacerdotes ourensanos, por cierto muy valiosos, tales como D. José Fernández Nóvoa (formador de Seminario y párroco), D. José Luis Iglesias Álvarez (párroco), D. Francisco González Barja (párroco), D. Jesús Rodríguez Iglesias (párroco)¹, D. Jesús Álvarez Rodríguez (párroco), que más tarde se incorporará a la Iglesia de Venezuela. La Iglesia Católica había apostado por la evangelización de Hispanoamérica² (Bolivia, Perú, Ecuador, Brasil...). Eran los tiempos de la OCSHA (*Obra de Cooperación Sacerdotal Hispano-Americana, que existía ya desde 1948. En noviembre de 1971 se aprueba la declaración que une a CECADE <Comisión Episcopal de Cooperación Apostólica Diocesana con el Exterior> con OCSHA, y que en mayo de 1972 quedan unificadas con el nombre de Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias*). Desde el hoy de nuestra Iglesia diocesana, con envidia, volvemos nuestra mirada para aquellos tiempos en los que se vivía una fuerte conciencia misionera en la Iglesia diocesana de Ourense.

Pablo se identificó de por vida con la misión evangelizadora; D. Rafael, pasados doce años de presencia en Chile, fue capaz de retomar la misión en Europa, regresando a su tierra y conociendo la gran dificultad que tal decisión entrañaba. En el año 1973 vuelve a Ourense y el día 16 de abril de

1974 es nombrado administrador de la parroquia de Santa María de la Barra. Pero Chile le sigue tirando y retorna. Su estadía será ahora de tres años, desde el año 1976 al año 1979. Le recibe su muy querida parroquia Nueva Imperial y le sustituye en Ourense, D. Florencio, ya de vuelta a casa.

A partir de su regreso a Ourense, esperamos que definitivo, éstos son los destinos que se le han encomendado: Administrador de la parroquia de Albán, Santa Mariña: desde el 1 de noviembre de 1984; párroco de San Eusebio de la Peroxa: desde el 2 de enero de 1986; administrador de la parroquia de Ucelle, Santa María: desde el 1 de diciembre del 2000; administrador de la parroquia de Graíces, San Vicente: desde el 1 de diciembre de 2006; y Arcipreste de Chaos de Amoeiro: en la providencia de D. Carlos Osoro Sierra y de D. Luís Quinteiro Fiuza.

Pero es la Palabra de Dios, quien nos guía en la celebración: Con los Hechos de los Apóstoles (Hch 13,46-49) es bueno recordar la explicación que Pablo nos da su vocación misionera: “En aquellos días, Pablo y Bernabé dijeron a los judíos: «Teníamos que anunciaros primero a vosotros la palabra de Dios; pero como la rechazáis y no os consideráis dignos de la vida eterna, sabed que nos dedicamos a los gentiles. Así nos lo ha mandado el Señor: “Yo te haré luz de los gentiles, para que lles la salvación hasta el extremo de la tierra»”. Como Pablo, D. Rafael se fue

al mundo de la gentilidad, no porque en Ourense rechazaran sus servicios religiosos, sino porque sintió la llamada del Señor que le invitaba a surcar el Atlántico y a cruzar los Andes para “dedicarse” a los chilenos, “llevando la salvación hasta el extremo de la tierra”. Y Dios, “que nunca é migalleiro”, siempre paga muy bien a los que le sirven. D. Rafael se sintió dichoso en aquellas tierras. Y los chilenos “se alegraron y alababan la palabra del Señor.... La palabra del Señor se iba difundiendo por toda la región”.

San Lucas (Lc. 10, 1 – 9) nos pide en la onda de la verdadera comprensión del mandato misionero; Dios sigue llamando a quiénes son capaces de escuchar, haciendo silencio en sus vidas para oír su voz; el trabajo de la misión es casi infinito; nunca podremos decir que ya está todo terminado; afirmar que más de dos tercios de la humanidad no conoce a Cristo no es exagerar: “En aquel tiempo, designó el Señor a otros setenta y dos y los mandó por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir él. Y les decía: «La mies es abundante y los obreros pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que mande obreros a su mies”. El Señor da a los suyos un mandato y unos consejos, imprescindibles y de máxima actualidad para los que queremos iniciar la nueva evangelización: “¡Poneos en camino! Mirad que os mando como corderos en medio de lobos. No llevéis talega, ni alforja, ni sandalias”. La pobreza, el desprendi-

miento, la generosidad son la garantía de que creemos aquello que anunciamos. “Está cerca de vosotros el reino de Dios”, que requiere conversión, cambio de vida, penitencia y confesión de los pecados.

En D. Rafael se cumple la Escritura que acabamos de proclamar. Como todos los sacerdotes, tiene la obligación de predicar, de celebrar la Sagrada Liturgia, de acompañar a sus feligreses en “las alegrías y penalidades de la vida”. Sería muy interesante poder hacer un resumen de todas sus homilías. ¡Cuántas verdades recordadas, cuántas exhortaciones amorosas a sus feligreses, cuantos buenos consejos han salido de su boca! Catequesis, preparaciones presacramentales, formación de grupos... ¿Cuántas Eucaristías celebraría D. Rafael en la vida, cuántas confesiones escucharía, cuántos bautismos haría, cuántas unciones de enfermos, cuántas bodas? Es la gracia de Dios que por su medio ha ido bendiciendo a todos: en los nacimientos, en la juventud, en el enamoramiento, en la enfermedad, en el pecado, y siempre para perdonar y salvar. Dicen sus feligreses que D. Rafael tenía buena mano para los niños, que les enseñaba a rezar, que los quería, que le querían, incluso los adolescentes y jóvenes en su período de profesor de religión. Y D. Rafael acompañaba a los suyos, se preocupaba de ellos, amaba la paz, buscaba la paz, rezaba por la unión, sufría por la división y enfados familiares o parroquiales. Los pobres siempre encontraban su puerta abierta, a veces, hasta correr algún ries-

go... Los enfermos han encontrado en D. Rafael su paño de lágrimas, su confidente, su báculo en el dolor, su consuelo en la soledad.

Contagiado como el Padre Damián Wensterdorf. A los amigos de Dios suele acontecerles lo que le ocurrió al Padre Damián: contagiarse de los males que han procurado desterrar de sus hermanos. Es la enfermedad de todos los sacerdotes. También D. Rafael se ha sufrido las enfermedades que intentaba desterrar de entre los suyos: la soledad de su vida sacerdotal en una casa muy grande, la ausencia de compañía con la que poder comentar y ser entendido, la comida en solitario sin nadie que le pregunte si está fría o caliente, la ropa que ponerse sin comentarios cariñosos sobre el acierto o desacierto en el vestir, la sequedad en la oración y la frecuente pregunta: ¿estás o no estás, Señor? Todo esto no es otra cosa que la austeridad que la vida sacerdotal nos impone para poder llevar a cabo una misión de salvación, al estilo de Melquisedec, que prefigura el nuevo sacerdocio de Cristo, “sin padre ni madre”, sin origen ni patria, sin descanso en esta vida para más gozar en la eterna”.

Conclusión:

“ La piel se arruga, el pelo se vuelve blanco, los días se convierten en años, pero lo importante, no cambia. Tu fuerza y tu convicción no tienen edad. Detrás de cada línea de llegada, hay una partida. Detrás de cada logro, hay otro desafío.”

“Mientras estés vivo, siéntete vivo, si extrañas lo que hacías, vuelve a hacerlo. No vivas de fotos amarillas, sigue aunque todos esperen que abandones. No dejes que se oxide lo bueno que hay en ti. Cuando por los años no puedas correr, trota, cuando no puedas trotar, camina, cuando no puedas caminar, usa el bastón, pero nunca te detengas.”

José Pérez Domínguez

“Durante la vida, sólo realizamos una minúscula parte de esa magnífica empresa que es la obra de Dios. Esto es lo que intentamos hacer. Plantamos semillas que un día crecerán. Regamos semillas ya plantadas, sabiendo que son promesas de futuro.”

“Quien bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás volverá a tener sed”³

NOTAS:

- 1 Jesús Rodríguez Iglesias, Pbro, *Un Misionero Español en Chile. Miradas desde el Pueblo*, Edt. Tiberíades, Santiago de Chile (2008). Precioso libro de un misionero en Chile, vocación tardía.
- 2 Antonio Garrigós Meseguer, *Historia de la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana (ocsha)*. BAC (1992).
- 3 Bodas de oro de la Ordenación Sacerdotal del obispo de Florida, Mons. Raúl Scarrone, 24 de septiembre del 2005.



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

La Conferencia Episcopal Española pone en marcha una campaña de comunicación con el lema ¡PROTEGE MI VIDA!

Desde el 16 hasta el 30 de marzo, el cartel podrá verse en 1.300 vallas publicitarias. Además, se han realizado 30.000 carteles para parroquias y centros católicos de toda España, y se han comenzado a distribuir en las diócesis 8 millones de folletos informativos

La Conferencia Episcopal Española (CEE) pone en marcha desde hoy una campaña de comunicación con el lema ¡Protege mi vida! La iniciativa se enmarca en el contexto de la Jornada por la Vida, que se celebrará el próximo 25 de marzo en todas las diócesis españolas.

Se anuncian cambios legales que, de salir adelante, darán lugar a una situación en la que quienes van a nacer quedarán todavía más desprotegidos que con la actual legislación. Al mismo tiempo, parece que la aceptación social del aborto va en aumento. En este contexto, la Conferencia Episcopal pone en marcha una campaña de comunicación en la que se distribuirán los materiales habituales que se elaboran cada año con motivo de la Jornada por la Vida (Nota de los obispos, carteles y guiones litúrgicos) y además, de forma excepcional, se insertarán los carteles en vallas publicitarias y se distribuirán dípticos explicativos.

En concreto, se han enviado 30.000 carteles para parroquias y centros católicos de toda España, desde hoy y hasta el próximo 30 de marzo se pueden ver anuncios en 1.300 vallas publicitarias de 37 ciudades españolas y se han comenzado a distribuir en las diócesis un total de 8 millones de folletos.

La campaña tiene como protagonistas a un ser humano y a un lince. En nuestra sociedad cada vez es mayor la sensibilidad sobre la necesidad de proteger los embriones de distintas especies animales; las leyes tutelan la vida de esas especies en sus primeras fases de desarrollo. Está bien que así sea, sin embargo, resulta paradójico que la vida de la persona humana que va a nacer sea objeto de una desprotección cada vez mayor. Por eso, en los anuncios aparece la pregunta: ¿Y yo?, entre el niño ya nacido y una serie de imágenes en las que se muestran los diferentes estadios de la vida humana en gestación. Se trata de dar voz a quienes no la tienen, pero sí tienen el derecho a vivir.

Estas iniciativas se unen al Año de Oración por la Vida que está en marcha desde el pasado mes de enero.

Carta de los Obispos de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis sobre la enseñanza de la Religión Católica en la escuela

Madrid, 16 de marzo de 2009

A los padres, alumnos, profesores y sacerdotes

A la hora de matricular a vuestros hijos en los colegios estatales, colegios de iniciativa social católica o en los de iniciativa social civil, los obispos de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, responsables de la enseñanza religiosa escolar, nos dirigimos a vosotros los padres, profesores y alumnos para recordaros los derechos que os asisten acerca de la formación religiosa y moral católica y para motivar vuestros deberes en orden a esta enseñanza.

Es un derecho fundamental vuestro, reconocido por la Constitución española, que la formación religiosa y moral de vuestros hijos sea según vuestras propias convicciones. Es, también, una responsabilidad de todo padre ejercer este derecho escogiendo la formación religiosa y moral de sus hijos, que juzguen más apropiada (Constitución Española. Art. 27.3).

La formación religiosa y moral de los hijos hace posible que éstos tengan principios y valores verdaderos y saludables para saber hacer el bien y rechazar el mal. Pero no solamente esto; para interiorizar y asumir esos valores, los alumnos necesitan ejemplos vivos de personas creíbles, que sean testigos com-

prometidos con estos principios para el bien obrar. Los padres, los profesores y las personas ejemplares aportan razones para creer más en la bondad que en el odio, en el servicio que en la soberbia, en la caridad que en el egoísmo. Ante las distintas culturas presentes en la escuela, la enseñanza religiosa ofrece criterios de valoración desde la fe cristiana.

En concreto, el centro de la enseñanza religiosa católica es Jesucristo, que con sus palabras, sus obras y su misma persona es un ejemplo continuo de vida, de amor y de esperanza. Pero Jesucristo no es sólo ejemplo; es además para el alumno fuerza en la debilidad, misericordia y perdón en el pecado, amor y comprensión en la soledad y, sobre todo, es don, pues nos da su Vida para que tengamos vida eterna.

Nos dirigimos también a vosotros, los alumnos, para que valoréis esta enseñanza como imprescindible en vuestro progreso personal, intelectual, cultural y social. El Señor os dará razones para amar, para creer y para esperar. Su presencia en vuestro crecimiento es el mejor regalo que vais a encontrar en vuestra vida.

Sois los padres los depositarios de este derecho de formación, y por tanto, sois vosotros quienes debéis pedir en los colegios la formación religiosa católica, si es que responde a vuestras convicciones. En el ejercicio de este de-

recho invitamos especialmente a los sacerdotes para que en su trabajo pastoral puedan ayudaros, recordándoos a los padres católicos vuestro compromiso bautismal y vuestra responsabilidad de educar en la fe a vuestros hijos.

Queremos hacer una llamada especial a los profesores cristianos y a todos aquellos profesores que, sin confesar nuestra fe, valoran el bien que promueve y aporta a la formación integral de los alumnos. No os quedéis sólo en

respetar la presencia de la religión católica en la escuela; sabed que en esta enseñanza se dan las claves para comprender las raíces de nuestra personalidad y el sentido de nuestra vida y de nuestra cultura. Confiamos en todos los que ejercéis con responsabilidad la dirección de los colegios e institutos a la hora de aplicar la legislación correspondiente al área de religión y moral católica para que se pueda ejercer este derecho fundamental de padres y alumnos. Gracias a todos.

Presidente:

Excmo. y Rvmo. Sr. D. Casimiro López Llorente,
Obispo de Segorbe-Castellón

Vicepresidente:

Excmo. y Rvmo. Sr. D. Javier Salinas Viñals,
Obispo de Tortosa

Excmos. y Rvmos. Sres.

D. Elías Yanes Álvarez, Arzobispo emérito de Zaragoza
D. Jaume Pujol Balcells, Arzobispo de Tarragona
D. Manuel Ureña Pastor, Arzobispo de Zaragoza
D. Antonio Dorado Soto, Obispo emérito de Málaga
D. Fidel Herráez Vegas, Obispo Auxiliar de Madrid
D. Salvador Giménez Valls, Obispo Auxiliar de Valencia

**Campaña del Seminario 2009
APÓSTOL POR LA GRACIA DE DIOS**

Crece en un 16,6 % el número de seminaristas ordenados presbíteros

La mayoría de las diócesis españolas

celebran el “Día del Seminario” en torno a la fiesta de San José. El lema de este año “Apóstol por gracia de Dios” expresa la bendición que supone esta

vocación para la humanidad. Una gracia inmerecida y un regalo preciado para toda la Iglesia católica.

La iniciativa del “Día del Seminario” nació en 1935. Desde entonces, cada año la Jornada llega con un nuevo lema y el objetivo de suscitar vocaciones sacerdotales mediante la sensibilización, dirigida a toda la sociedad, y en particular a las comunidades cristianas. Esta Jornada se hizo coincidir con la festividad de San José porque Jesús, el sumo y eterno sacerdote, encontró en San José al custodio de su humanidad. En el hogar de Nazaret, se “formó”, de alguna manera, Jesucristo. Además, San José es el patrono universal de la Iglesia Católica.

Como el día de San José no es siempre fiesta civil en todas las comunidades autónomas de España, desde hace un par de décadas la Jornada del Seminario se celebra el 19 de marzo y también en el domingo más próximo. Con todo, la Iglesia ha conservado para la festividad de San José el carácter del día de precepto.

Datos estadísticos

En el curso 2008-2009 se ha producido un aumento en el número de seminaristas ordenados presbíteros, que pasan de 168 el curso anterior a 196 en

el presente curso. Este aumento es especialmente significativo porque rompe una tendencia a la baja que se venía produciendo en años anteriores.

Actualmente, hay en España 1237 seminaristas. En los últimos años, en términos absolutos se ha producido un descenso, pero la fluctuación no siempre y en todos los casos es decreciente, como hemos visto en las ordenaciones, y se muestra equiparable al número existente hoy, por ejemplo, en el número de jóvenes o de alumnos universitarios, de tal forma que si analizamos los datos en términos relativos se observa una cierta estabilidad en las cifras.

A pesar de las dificultades (descenso de natalidad, secularización social, ambiente familiar menos propicio, etc.), durante los últimos años se ha comenzado a atisbar un creciente número de seminaristas provenientes de América Latina o África, así como de candidatos que proceden, entre otros, de los nuevos movimientos y realidades eclesiales, y de los hijos de inmigrantes. Es muy significativo también el aumento de vocaciones entre los jóvenes universitarios, con su carrera concluida o a punto de terminar. Todo ello exige, como nos recuerda el Papa, un cuidado y delicado discernimiento, pero abre también un nuevo horizonte para la vida de la Iglesia.

NOMBRAMIENTOS EPISCOPALES

Mons. D. Juan Antonio Reig Plà ha sido nombrado Obispo de Alcalá de Henares

La Nunciatura Apostólica en España ha comunicado que a las 12,00 horas del sábado 7 de marzo, la Santa Sede ha hecho público que el Papa, Benedicto XVI ha nombrado Obispo de Alcalá de Henares a Mons. D. Juan Antonio Reig Plà, en la actualidad Obispo de Cartagena.

La diócesis de Alcalá de Henares está vacante por traslado de Mons. D. Jesús Esteban Catalá Ibáñez a la sede de Málaga.

Mons. Reig Plà, especialista en Teología Moral y en Pastoral Familiar. Había nacido el 7 de julio de 1947 en Cocentaina (Alicante), perteneciente a la diócesis de Valencia. Cursó estudios eclesíasticos en el Seminario Mayor de Valencia, donde obtuvo el Bachillerato en Teología en 1970. Es Licenciado en Sagrada Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca (1973) y Doctor en Teología Moral por la Pontificia Universidad Lateranense de Roma (1978). Fue ordenado sacerdote en Valencia el 8 de julio de 1971.

Su ministerio sacerdotal lo desarrolló en la diócesis de Valencia, donde compaginó el trabajo pastoral con la docencia como profesor de Teología Moral y como especialista en Pastoral Familiar. Durante tres años, de 1971 a 1973, fue coadjutor de la Parroquia de San Juan Bautista de Manises. De 1973 a 1976 se trasladó a Roma como Becario de la Iglesia Nacional Española de Santiago y Montserrat. De nuevo en Valencia fue, de 1976 al 1979, Prefecto de Filosofía en el Seminario Mayor de Moncada y Rector del Seminario Mayor *La Inmaculada* de 1979 a 1985, año en que fue nombrado Párroco de San Mauro y San Francisco de Alcoy y Vicario Episcopal de la zona Alcoy-Onteniente, donde permaneció hasta el año 1989. Desde este último año y hasta 1996 fue canónigo Penitenciario de la Catedral de Valencia y Delegado Episcopal de Pastoral Familiar, desde 1990 hasta 1996.

Además, de 1991 a 1996, fue Presidente de la Comisión Diocesana para la Defensa de la Vida, Consiliario del Instituto Social Empresarial del Arzobispado de Valencia y experto de la Subcomisión Episcopal para la Familia y la Defensa de la Vida. Es, desde 1994, Vicepresidente-Decano del Pontificio Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia (Sección Española). Fue socio fundador de la Sociedad Valenciana de Bioética, de 1994 a 1996.

El 22 de febrero de 1996 fue nombrado Obispo de Segorbe-Castellón y recibió la ordenación episcopal el 14 de abril de 1996. El 24 de septiembre de 2005 se hacía público su nombramiento como Obispo de Cartagena, diócesis de la que tomó posesión el 19 de noviembre. En la Conferencia Episcopal Española preside, desde 1999, la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida y es el Vicepresidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar. Además, es miembro de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe.

El sacerdote D. José Mazuelos Pérez ha sido nombrado Obispo de Jerez de la Frontera

La Nunciatura Apostólica en España ha comunicado que a las 12,00 horas del jueves 19 de marzo, la Santa Sede ha hecho público que el Papa Benedicto XVI ha nombrado Obispo de Jerez de la Frontera al sacerdote D. José Mazuelos Pérez, en la actualidad Delegado diocesano para la Pastoral Universitaria de la archidiócesis de Sevilla.

La diócesis de Jerez de la Frontera está vacante por traslado de Mons. D. Juan del Río Martín al Arzobispado Castrense de España. El nombramiento se hizo público el 30 de junio de 2008 y tomó posesión el 27 de septiembre del mismo año. Mons. del Río ha seguido al frente de la diócesis jerezana como Administrador Apostólico.

D. José Mazuelos Pérez nació en Osuna (Sevilla) el 9 de octubre de 1960. Antes de iniciar los estudios eclesiásticos se licenció en Medicina (1983) y ejerció como médico en su pueblo natal y, durante el servicio militar, en el Hospital Militar de San Carlos de San Fernando (Cádiz). Desde 1985 a 1990 cursó los estudios eclesiásticos en el Seminario de Sevilla y fue ordenado sacerdote el 17 de marzo. Es Licenciado (1995) y Doctor (1998) en Teología Moral por la Academia Alfonsiana -Pontificia Universidad Lateranense-, en Roma. También en Roma realizó el curso de Perfeccionamiento en Bioética en la Facultad de Medicina Gemelli.

Su primer destino sacerdotal fue como Párroco en la Parroquia rural de *San Isidro, Labrador*, de El Priorato de Lora del Río, de 1990 a 1993. Después se trasladó a Roma para ampliar estudios y a su regreso, en 1998, fue nombrado Párroco de *Santa María de las Nieves* de Benacazón y Subdirector del Servicio de Asistencia religiosa de la Universidad de Sevilla, del que actualmente, y desde el

año 2000, es Director. También desde el año 2000 es Delegado Diocesano para la Pastoral Universitaria y Director Espiritual de la Hermandad de los Estudiantes de la Universidad Hispalense. Además, y desde el año 2002, es Canónigo Penitenciario de la Catedral de Sevilla. Es consultor de la Subcomisión de Familia y Vida de la Conferencia Episcopal Española.

En el campo de la docencia fue, durante el curso 2003-2004, Profesor del Master de Bioética de la Universidad de Canarias y Profesor de Moral del plan de formación sistemática del profesorado de religión de Sevilla. Desde 2003 al 2005 impartió clases de Teología Moral en el *Centro de Estudios Teológicos* de Sevilla y actualmente imparte esta materia en el *Instituto Teológico San Juan de Ávila* y en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de la diócesis de Jerez de la Frontera; es también Profesor invitado de la Licenciatura en Teología Moral en la *Facultad de San Dámaso* de Madrid. Ha participado en diversos Simposios y Conferencias y es autor de numerosas publicaciones y artículos en revistas especializadas.



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE, BENEDICTO XVI

ÁNGELUS

Domingo, 1 de marzo de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy es el primer domingo de Cuaresma, y el Evangelio, con el estilo sobrio y conciso de san Marcos, nos introduce en el clima de este tiempo litúrgico: “El Espíritu impulsó a Jesús al desierto y permaneció en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás” (*Mc* 1, 12-13). En Tierra Santa, al oeste del río Jordán y del oasis de Jericó, se encuentra el desierto de Judea, que, por valles pedregosos, superando un desnivel de cerca de mil metros, sube hasta Jerusalén. Después de recibir el bautismo de Juan, Jesús se adentró en aquella soledad conducido por el mismo Espíritu Santo que se había posado sobre él consagrándolo y revelándolo como Hijo de Dios.

En el desierto, lugar de la prueba, como muestra la experiencia del pueblo de Israel, aparece con intenso dramatismo la realidad de la *kénosis*, del vaciamiento de Cristo, que se despojó de la forma de Dios (cf. *Flp* 2, 6-7). Él, que no ha pecado y no puede pecar, se somete a la prueba y por eso puede compadecerse de nuestras flaquezas (cf. *Hb* 4, 15). Se deja tentar

por Satanás, el adversario, que desde el principio se opuso al designio salvífico de Dios en favor de los hombres.

Casi de pasada, en la brevedad del relato, ante esta figura oscura y tenebrosa que tiene la osadía de tentar al Señor, aparecen los ángeles, figuras luminosas y misteriosas. Los ángeles, dice el evangelio, “servían” a Jesús (*Mc* 1, 13); son el contrapunto de Satanás. “Ángel” quiere decir “enviado”. En todo el Antiguo Testamento encontramos estas figuras que, en nombre de Dios, ayudan y guían a los hombres. Basta recordar el *libro de Tobías*, en el que aparece la figura del ángel Rafael, que ayuda al protagonista en numerosas vicisitudes. La presencia tranquilizadora del ángel del Señor acompaña al pueblo de Israel en todas las circunstancias, tanto en las buenas como en las malas.

En el umbral del Nuevo Testamento, Gabriel es enviado a anunciar a Zacarías y a María los acontecimientos felices que constituyen el inicio de nuestra salvación; y un ángel, cuyo nombre no se dice, advierte a José, orientándolo en aquel momento de incertidumbre. Un coro de ángeles lleva a los pastores la buena nueva del nacimiento del Salvador; y, del mismo modo, son también

los ángeles quienes anuncian a las mujeres la feliz noticia de su resurrección. Al final de los tiempos, los ángeles acompañarán a Jesús en su venida en la gloria (cf. *Mt* 25, 31). Los ángeles sirven a Jesús, que es ciertamente superior a ellos, y su dignidad se proclama aquí, en el evangelio, de modo claro aunque discreto. En efecto, incluso en la situación de extrema pobreza y humildad, cuando es tentado por Satanás, sigue siendo el Hijo de Dios, el Mesías, el Señor.

Queridos hermanos y hermanas, quitaríamos una parte notable del Evangelio, si dejáramos de lado a estos seres enviados por Dios, que anuncian su presencia en medio de nosotros y son un signo de ella. Invoquémoslos a menudo, para que nos sostengan en el compromiso de seguir a Jesús hasta identificarnos con él. Pidámosles, de modo especial hoy, que velen sobre mí y sobre mis colaboradores de la Curia romana que esta tarde, como cada año, comenzaremos la semana de ejercicios espirituales. María, Reina de los ángeles, ruega por nosotros.

Domingo, 8 de marzo de 2009

Plaza de San Pedro. II Domingo de Cuaresma, 8 de marzo de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Durante los días pasados, como sabéis, hice los ejercicios espirituales

juntamente con mis colaboradores de la Curia romana. Fue una semana de silencio y de oración: la mente y el corazón pudieron dedicarse totalmente a Dios, a la escucha de su Palabra y a la meditación de los misterios de Cristo. Con las debidas proporciones, es algo así como lo que les sucedió a los apóstoles Pedro, Santiago y Juan, cuando Jesús los llevó a ellos solos a un monte alto, en un lugar apartado, y mientras oraba se “transfiguró”: su rostro y su persona se volvieron luminosos, resplandecientes.

La liturgia vuelve a proponer este célebre episodio precisamente hoy, segundo domingo de Cuaresma (cf. *Mc* 9, 2-10). Jesús quería que sus discípulos, de modo especial los que tendrían la responsabilidad de guiar a la Iglesia naciente, experimentaran directamente su gloria divina, para afrontar el escándalo de la cruz. En efecto, cuando llegue la hora de la traición y Jesús se retire a rezar a Getsemaní, tomará consigo a los mismos Pedro, Santiago y Juan, pidiéndoles que velen y oren con él (cf. *Mt* 26, 38). Ellos no lo lograrán, pero la gracia de Cristo los sostendrá y les ayudará a creer en la resurrección.

Quiero subrayar que la Transfiguración de Jesús fue esencialmente una experiencia de oración (cf. *Lc* 9, 28-29). En efecto, la oración alcanza su culmen, y por tanto se convierte en fuente de luz interior, cuando el espíritu del hombre se adhiere al de Dios y sus voluntades se funden como formando una

sola cosa. Cuando Jesús subió al monte, se sumergió en la contemplación del designio de amor del Padre, que lo había mandado al mundo para salvar a la humanidad. Junto a Jesús aparecieron Elías y Moisés, para significar que las Sagradas Escrituras concordaban en anunciar el misterio de su Pascua, es decir, que Cristo debía sufrir y morir para entrar en su gloria (cf. Lc 24, 26. 46). En aquel momento Jesús vio perfilarse ante él la cruz, el extremo sacrificio necesario para liberarnos del dominio del pecado y de la muerte. Y en su corazón, una vez más, repitió su “Amén”. Dijo “sí”, “heme aquí”, “hágase, oh Padre, tu voluntad de amor”. Y, como había sucedido después del bautismo en el Jordán, llegaron del cielo los signos de la complacencia de Dios Padre: la luz, que transfiguró a Cristo, y la voz que lo proclamó “Hijo amado” (Mc 9, 7).

Juntamente con el ayuno y las obras de misericordia, la oración forma la estructura fundamental de nuestra vida espiritual. Queridos hermanos y hermanas, os exhorto a encontrar en este tiempo de Cuaresma momentos prolongados de silencio, posiblemente de retiro, para revisar vuestra vida a la luz del designio de amor del Padre celestial. En esta escucha más intensa de Dios dejaos guiar por la Virgen María, maestra y modelo de oración. Ella, incluso en la densa oscuridad de la pasión de Cristo, no perdió la luz de su Hijo divino, sino que la custodió en su alma. Por eso, la invocamos como Madre de la confianza y de la esperanza.

Domingo 15 de marzo de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Desde el martes 17 hasta el lunes 23 de marzo llevaré a cabo mi primer viaje apostólico a África. Iré a Camerún, a la capital Yaundé, para entregar el “Instrumento de trabajo” de la II Asamblea especial para África del Sínodo de los obispos, que tendrá lugar en octubre aquí, en el Vaticano; proseguiré luego a Luanda, capital de Angola, un país que, después de una larga guerra interna, ha reencontrado la paz y ahora está llamado a reconstruirse en la justicia. Con esta visita deseo abrazar idealmente a todo el continente africano: sus mil diferencias y su profundo espíritu religioso; sus antiguas culturas y su arduo camino de desarrollo y de reconciliación; sus graves problemas, sus dolorosas heridas y sus enormes potencialidades y esperanzas. Quiero confirmar en la fe a los católicos, animar a los cristianos en el compromiso ecuménico y llevar a todos el anuncio de paz confiado a la Iglesia por el Señor resucitado.

Mientras me preparo para este viaje misionero, resuenan en mi alma las palabras del apóstol san Pablo que la liturgia propone a nuestra meditación en este tercer domingo de Cuaresma: “Nosotros predicamos a Cristo crucificado -escribe el Apóstol a los cristianos de Corinto-, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero para los llamados, lo mismo judíos que griegos,

Cristo es fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (1 Co 1, 23-24). Sí, queridos hermanos y hermanas, viajo a África con la convicción de que no tengo nada que proponer o dar a aquéllos con los que me encuentre si no es Cristo y la buena nueva de su cruz, misterio de amor supremo, de amor divino que vence toda resistencia humana y hace posible incluso el perdón y el amor a los enemigos. Ésta es la gracia del Evangelio, capaz de transformar el mundo; esta es la gracia que puede renovar también a África, porque genera una fuerza irresistible de paz y de reconciliación profunda y radical. Por tanto, la Iglesia no persigue objetivos económicos, sociales o políticos; la Iglesia anuncia a Cristo, convencida de que el Evangelio puede tocar el corazón de todos y transformarlo, renovando de este modo desde dentro a las personas y las sociedades.

El 19 de marzo, precisamente durante la visita pastoral a África, celebraremos la solemnidad de san José,

patrono de la Iglesia universal, y también mío personal. San José, avisado en sueños por un ángel, tuvo que huir con María a Egipto, en África, para poner a salvo a Jesús recién nacido, a quien el rey Herodes quería matar. Así se cumplieron las Escrituras: Jesús siguió los pasos de los antiguos patriarcas y, como el pueblo de Israel, volvió a la Tierra prometida después de haber estado en el exilio en Egipto. A la intercesión celestial de este gran santo encomiendo mi próxima peregrinación y a las poblaciones de toda África, con los desafíos que la marcan y las esperanzas que la animan. En particular, pienso en las víctimas del hambre, de las enfermedades, de las injusticias, de los conflictos fratricidas y de todas las formas de violencia que, por desgracia, sigue afectando a adultos y niños, así como a misioneros, sacerdotes, religiosos, religiosas y voluntarios. Hermanos y hermanas, acompañadme en este viaje con vuestra oración, invocando a María, Madre y Reina de África.

AUDIENCIAS GENERALES

Miércoles 11 de marzo de 2009

San Bonifacio

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy vamos a reflexionar sobre un gran misionero del siglo VIII, que difundió el cristianismo en Europa

central, precisamente también en mi patria: san Bonifacio, que ha pasado a la historia como “el apóstol de los germanos”. Poseemos muchas noticias sobre su vida gracias a la diligencia de sus biógrafos: nació en una familia anglosajona en Wessex alrededor del año 675 y fue bautizado con el nombre

de Winfrido. Entró muy joven en un monasterio, atraído por el ideal monástico. Poseyendo notables capacidades intelectuales, parecía encaminado a una tranquila y brillante carrera de estudioso: fue profesor de gramática latina, escribió algunos tratados y compuso también varias poesías en latín.

Ordenado sacerdote cuando tenía cerca de treinta años, se sintió llamado al apostolado entre los paganos del continente. Gran Bretaña, su tierra, evangelizada apenas cien años antes por los benedictinos encabezados por san Agustín, mostraba una fe tan sólida y una caridad tan ardiente que enviaba misioneros a Europa central para anunciar allí el Evangelio. En el año 716, Winfrido, con algunos compañeros, se dirigió a Frisia (la actual Holanda), pero se encontró con la oposición del jefe local y el intento de evangelización fracasó. Volvió a su patria, pero no se desalentó: dos años después vino a Roma para hablar con el Papa, Gregorio II, y recibir directrices. El Papa, según el relato de un biógrafo, lo acogió “con el rostro sonriente y con la mirada llena de dulzura”, y en los días siguientes mantuvo con él “coloquios importantes” (Willibaldo, *Vita S. Bonifatii*, ed. Levison, pp. 13-14) y, al final, tras haberle impuesto el nuevo nombre de Bonifacio, con cartas oficiales le encomendó la misión de predicar el Evangelio entre los pueblos de Alemania.

Confortado y sostenido por el apoyo del Papa, san Bonifacio se dedicó a la

predicación del Evangelio en aquellas regiones, luchando contra los cultos paganos y reforzando las bases de la moralidad humana y cristiana. Con gran sentido del deber escribió en una de sus cartas: “Estamos firmes en la lucha en el día del Señor, porque han llegado días de aflicción y miseria... No somos perros mudos, ni observadores taciturnos, ni mercenarios que huyen ante los lobos. En cambio, somos pastores diligentes que velan por el rebaño de Cristo, que anuncian a las personas importantes y a las comunes, a los ricos y a los pobres, la voluntad de Dios... a tiempo y a destiempo” (*Epistulae*, 3, 352. 354: mgh).

Con su actividad incansable, con sus dotes organizadoras y con su carácter dúctil y amable, a pesar de su firmeza, san Bonifacio obtuvo grandes resultados. El Papa entonces “declaró que quería imponerle la dignidad episcopal, para que así pudiera corregir con mayor determinación y devolver al camino de la verdad a los equivocados, se sintiera apoyado por la mayor autoridad de la dignidad apostólica y fuera tanto más aceptado por todos en el oficio de la predicación cuanto más parecía que por este motivo había sido ordenado por el prelado apostólico” (Otloho, *Vita S. Bonifatii*, ed. Levison, lib. I, p. 127).

Fue el mismo Sumo Pontífice quien consagró “obispo regional” -es decir, para toda Alemania- a san Bonifacio, el cual retomó sus fatigas apostólicas en los territorios que se le confiaron y ex-

tendió su acción también a la Iglesia de la Galia: con gran prudencia restauró la disciplina eclesiástica, convocó varios sínodos para garantizar la autoridad de los sagrados cánones y reforzó la necesaria comunión con el Romano Pontífice: esta era una de sus principales preocupaciones. También los sucesores del Papa Gregorio II lo tuvieron en gran aprecio: Gregorio III lo nombró arzobispo de todas las tribus germánicas, le envió el palio y le dio facultad para organizar la jerarquía eclesiástica en aquellas regiones (cf. *Epist.* 28: *S. Bonifatii Epistulae*, ed. Tangl, Berolini 1916); el Papa Zacarías lo confirmó en su cargo y alabó su labor (cf. *Epist.* 51, 57, 58, 60, 68, 77, 80, 86, 87, 89: *op. cit.*); el Papa Esteban III, recién elegido, recibió de él una carta en la que le expresaba su adhesión filial (cf. *Epist.* 108: *op. cit.*).

El gran obispo, además de esta labor de evangelización y organización de la Iglesia mediante la fundación de diócesis y la celebración de sínodos, favoreció la fundación de varios monasterios, masculinos y femeninos, a fin de que fueran un faro para irradiar la fe y la cultura humana y cristiana en el territorio. De los cenobios benedictinos de su patria había llamado a monjes y monjas, que le prestaron una ayuda eficaz y valiosa en la tarea de anunciar el Evangelio y de difundir las ciencias humanas y las artes entre las poblaciones.

En efecto, con razón consideraba que el trabajo por el Evangelio debía

ser también trabajo en favor de una verdadera cultura humana. Sobre todo el monasterio de Fulda -fundado hacia el año 743- fue el corazón y el centro de irradiación de la espiritualidad y de la cultura religiosa: allí los monjes, en la oración, en el trabajo y en la penitencia, se esforzaban por tender a la santidad, se formaban en el estudio de las disciplinas sagradas y profanas, y se preparaban para el anuncio del Evangelio, para ser misioneros. Así pues, por mérito de san Bonifacio, de sus monjes y de sus monjas -también las mujeres desempeñaron un papel muy importante en esta obra de evangelización- floreció asimismo la cultura humana que es inseparable de la fe y que revela su belleza.

San Bonifacio mismo nos ha dejado obras intelectuales significativas. Ante todo, su abundante epistolario, donde las cartas pastorales se alternan con las cartas oficiales y las de carácter privado, que revelan hechos sociales y sobre todo su rico temperamento humano y su profunda fe. También compuso un tratado de *Ars grammatica*, en el que explicaba las declinaciones, los verbos y la sintaxis del latín, pero que para él era también un instrumento para difundir la fe y la cultura. Además, le atribuyen una *Ars metrica*, es decir, una introducción a cómo hacer poesía, varias composiciones poéticas y, por último, una colección de 15 sermones.

Aunque ya era de edad avanzada -tenía alrededor de 80 años- se preparó

para una nueva misión evangelizadora: con cerca de cincuenta monjes volvió a Frisia, donde había comenzado su obra. Casi como presagio de su muerte inminente, aludiendo al viaje de la vida, escribió al obispo Lullo, su discípulo y sucesor en la sede de Maguncia: “Deseo llevar a término el propósito de este viaje; de ningún modo puedo renunciar al deseo de partir. Está cerca el día de mi fin y se aproxima el tiempo de mi muerte; abandonando los despojos mortales, subiré al premio eterno. Pero tú, hijo queridísimo, exhorta sin cesar al pueblo a salir del laberinto del error, lleva a término la edificación de la basílica de Fulda, ya comenzada, y en ella sepulta mi cuerpo envejecido por largos años de vida” (Willibaldo, *Vita S. Bonifatii*, ed. cit., p. 46).

El 5 de junio del año 754, al comenzar la celebración de la misa en Dokkum (actualmente, en el norte de Holanda), fue asaltado por una banda de paganos. Avanzando con frente serena, «prohibió a los suyos que combatieran diciendo: “Cesad, hijos, de combatir, abandonad la guerra, porque el testimonio de la Escritura nos advierte que no devolvamos mal por mal, sino bien por mal. Éste es el día deseado hace tiempo; ha llegado el tiempo de nuestro fin. ¡Ánimo en el Señor!”» (*ib.*, pp. 49-50). Fueron sus últimas palabras antes de caer bajo los golpes de sus agresores. Los restos mortales del obispo mártir fueron llevados al monasterio de Fulda, donde recibieron digna sepultura. Ya uno de sus primeros bió-

grafos dio este juicio sobre él: “El santo obispo Bonifacio puede llamarse padre de todos los habitantes de Alemania, porque fue el primero en engendrarlos para Cristo con la palabra de su santa predicación, los confirmó con el ejemplo y, por último, dio la vida por ellos, y no puede haber caridad mayor que esta” (Otloho, *Vita S. Bonifatii*, ed. cit., lib. I, p. 158).

A distancia de siglos, ¿qué mensaje podemos recoger de la enseñanza y de la prodigiosa actividad de este gran misionero y mártir? Una primera evidencia se impone a quien se acerca a san Bonifacio: *la centralidad de la Palabra de Dios*, vivida e interpretada en la fe de la Iglesia, Palabra que él vivió, predicó, testimonió hasta el don supremo de sí mismo en el martirio. Era tan ardiente su celo por la Palabra de Dios que sentía la urgencia y el deber de llevarla a los demás, incluso con riesgo personal suyo. En ella apoyaba la fe a cuya difusión se había comprometido solemnemente en el momento de su consagración episcopal: “Profeso íntegramente la pureza de la santa fe católica y con la ayuda de Dios quiero permanecer en la unidad de esta fe, en la que sin duda alguna está toda la salvación de los cristianos” (*Epist. 12*, en *S. Bonifatii Epistolae*, ed. cit., p. 29).

La segunda evidencia, muy importante, que emerge de la vida de san Bonifacio es su *fiel comunión con la Sede apostólica*, que era un punto firme y central de su trabajo misionero;

siempre conservó esta comunión como norma de su misión y la dejó casi como su testamento. En una carta al Papa Zacarías afirma: “Yo no dejo nunca de invitar y de someter a la obediencia de la Sede apostólica a aquéllos que quieren permanecer en la fe católica y en la unidad de la Iglesia romana, y a todos aquellos que en esta misión Dios me da como oyentes y discípulos” (*Epist.* 50: en *ib.* p. 81). Fruto de este empeño fue el firme espíritu de cohesión en torno al Sucesor de Pedro que san Bonifacio transmitió a las Iglesias en su territorio de misión, uniendo a Inglaterra, Alemania y Francia con Roma, y contribuyendo así de modo decisivo a poner las raíces cristianas de Europa que habrían de producir frutos fecundos en los siglos sucesivos.

San Bonifacio merece nuestra atención también por una tercera característica: promovió *el encuentro entre la cultura romano-cristiana y la cultura germánica*. En efecto, sabía que humanizar y evangelizar la cultura era parte integrante de su misión de obispo. Transmitiendo el antiguo patrimonio de valores cristianos, implantó en las poblaciones germánicas un nuevo estilo de vida más humano, gracias al cual se respetaban mejor los derechos inalienables de la persona. Como auténtico hijo de san Benito, supo unir oración y trabajo (manual e intelectual), pluma y arado.

El valiente testimonio de san Bonifacio es una invitación para todos a aco-

ger en nuestra vida la Palabra de Dios como punto de referencia esencial, a amar apasionadamente a la Iglesia, a sentirnos corresponsables de su futuro, a buscar la unidad en torno al Sucesor de Pedro. Al mismo tiempo, nos recuerda que el cristianismo, favoreciendo la difusión de la cultura, promueve el progreso del hombre. A nosotros nos corresponde ahora estar a la altura de un patrimonio tan prestigioso y hacerlo fructificar para bien de las futuras generaciones.

Me impresiona siempre su celo ardiente por el Evangelio: a los cuarenta años abandonó una vida monástica tranquila y fructífera, una vida de monje y profesor, para anunciar el Evangelio a los sencillos, a los bárbaros; a los ochenta años, una vez más, fue a una zona donde preveía su martirio. Comparando su fe ardiente, su celo por el Evangelio, con nuestra fe a menudo tan tibia y burocrática, vemos qué debemos hacer y cómo renovar nuestra fe, para dar como don a nuestro tiempo la perla preciosa del Evangelio.

Miércoles 1 de abril de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Con mi reciente viaje apostólico en Camerún y Angola, he querido abrazar y bendecir a todos los pueblos africanos. En Camerún pude comprobar el alma religiosa de este gran Continente,

y sus profundas raíces cristianas. A los obispos recordé la urgencia de la evangelización, y les animé a ser ejemplares, a promover la pastoral matrimonial y familiar, y al ejercicio de la caridad hacia los más pobres. A los sacerdotes, consagrados y fieles laicos, les invité a ser siempre fieles a su vocación. Uno de los momentos culminantes fue la entrega del *Instrumentum laboris* del segundo Sínodo para África. En Angola quise alentar el proceso de reconciliación y reconstrucción nacional, en el que la

Iglesia está llamada a ocupar un papel importante. También rendí homenaje al servicio que las mujeres ofrecen a la fe, a la vida y a la familia. Los pueblos africanos, apoyándose en la Palabra de Dios y en su rico patrimonio religioso y cultural, podrán realmente construir un futuro de reconciliación y de paz. Demos gracias al Señor por las maravillas que ha hecho, y sigue haciendo, en África, y recemos para que se enfrenten con ánimo a los grandes desafíos del presente.

CARTAS

***Carta del Papa, Benedicto XVI,
a los Obispos de la Iglesia Católica
sobre la remisión de la excomunión
de los cuatro obispos consagrados
por el Arzobispo Lefebvre***

*Queridos Hermanos en el ministerio
episcopal*

La remisión de la excomunión a los cuatro Obispos consagrados en el año 1988 por el Arzobispo Lefebvre sin mandato de la Santa Sede, ha suscitado por múltiples razones dentro y fuera de la Iglesia católica una discusión de una vehemencia como no se había visto desde hace mucho tiempo. Muchos Obispos se han sentido perplejos ante un acontecimiento sucedido inesperadamente y difícil de encuadrar positivamente en las cues-

tiones y tareas de la Iglesia de hoy. A pesar de que muchos Obispos y fieles estaban dispuestos en principio a considerar favorablemente la disposición del Papa a la reconciliación, a ello se contraponía, sin embargo, la cuestión sobre la conveniencia de dicho gesto ante las verdaderas urgencias de una vida de fe en nuestro tiempo. Algunos grupos, en cambio, acusaban abiertamente al Papa de querer volver atrás, hasta antes del Concilio. Se desencadenó así una avalancha de protestas, cuya amargura mostraba heridas que se remontaban más allá de este momento. Por eso, me siento impulsado a dirigiros a vosotros, queridos Hermanos, una palabra clarificadora, que debe ayudar a comprender las intenciones que me han guiado en esta iniciativa, a mí y a los organismos competentes

de la Santa Sede. Espero contribuir de este modo a la paz en la Iglesia.

Una contrariedad para mí imprevisible fue el hecho de que el caso Williamson se sobrepusiera a la remisión de la excomunión. El gesto discreto de misericordia hacia los cuatro Obispos, ordenados válidamente pero no legítimamente, apareció de manera inesperada como algo totalmente diverso: como la negación de la reconciliación entre cristianos y judíos y, por tanto, como la revocación de lo que, en esta materia, el Concilio había aclarado para el camino de la Iglesia. Una invitación a la reconciliación con un grupo eclesial implicado en un proceso de separación, se transformó así en su contrario: un aparente volver atrás respecto a todos los pasos de reconciliación entre los cristianos y judíos que se han dado a partir del Concilio, pasos compartidos y promovidos desde el inicio como un objetivo de mi trabajo personal teológico. Que esta superposición de dos procesos contrapuestos haya sucedido y, durante un tiempo haya enturbiado la paz entre cristianos y judíos, así como también la paz dentro de la Iglesia, es algo que sólo puedo lamentar profundamente. Me han dicho que seguir con atención las noticias accesibles por Internet habría dado la posibilidad de conocer tempestivamente el problema. De ello saco la lección de que, en el futuro, en la Santa Sede deberemos prestar más atención a esta fuente de noticias. Me ha entristecido el hecho de que también los católicos, que en

el fondo hubieran podido saber mejor cómo están las cosas, hayan pensado deberme herir con una hostilidad dispuesta al ataque. Justamente por esto doy gracias a los amigos judíos que han ayudado a deshacer rápidamente el malentendido y a restablecer la atmósfera de amistad y confianza que, como en el tiempo del Papa, Juan Pablo II, también ha habido durante todo el período de mi Pontificado y, gracias a Dios, sigue habiendo.

Otro desacierto, del cual me lamento sinceramente, consiste en el hecho de que el alcance y los límites de la iniciativa del 21 de enero de 2009 no se hayan ilustrado de modo suficientemente claro en el momento de su publicación. La excomunión afecta a las personas, no a las instituciones. Una ordenación episcopal sin el mandato pontificio significa el peligro de un cisma, porque cuestiona la unidad del colegio episcopal con el Papa. Por esto, la Iglesia debe reaccionar con la sanción más dura, la excomunión, con el fin de llamar a las personas sancionadas de este modo al arrepentimiento y a la vuelta a la unidad. Por desgracia, veinte años después de la ordenación, este objetivo no se ha alcanzado todavía. La remisión de la excomunión tiende al mismo fin al que sirve la sanción: invitar una vez más a los cuatro Obispos al retorno. Este gesto era posible después de que los interesados reconocieran en línea de principio al Papa y su potestad de Pastor, a pesar de las reservas sobre la obediencia a su autoridad doctrinal y a la del Concilio.

Con esto, vuelvo a la distinción entre persona e institución. La remisión de la excomunión ha sido un procedimiento en el ámbito de la disciplina eclesiástica: las personas venían liberadas del peso de conciencia provocado por la sanción eclesiástica más grave. Hay que distinguir este ámbito disciplinar del ámbito doctrinal. El hecho de que la Fraternidad San Pío X no posea una posición canónica en la Iglesia, no se basa al fin y al cabo en razones disciplinares sino doctrinales. Hasta que la Fraternidad no tenga una posición canónica en la Iglesia, tampoco sus ministros ejercen ministerios legítimos en la Iglesia. Por tanto, es preciso distinguir entre el plano disciplinar, que concierne a las personas en cuanto tales, y el plano doctrinal, en el que entran en juego el ministerio y la institución. Para precisarlo una vez más: hasta que las cuestiones relativas a la doctrina no se aclaren, la Fraternidad no tiene ningún estado canónico en la Iglesia, y sus ministros, no obstante hayan sido liberados de la sanción eclesiástica, no ejercen legítimamente ministerio alguno en la Iglesia.

A la luz de esta situación, tengo la intención de asociar próximamente la Pontificia Comisión “Ecclesia Dei”, institución competente desde 1988 para esas comunidades y personas que, proviniendo de la Fraternidad San Pío X o de agrupaciones similares, quieren regresar a la plena comunión con el Papa, con la Congregación para la Doctrina de la Fe. Con esto se aclara que los problemas que deben ser tratados

ahora son de naturaleza esencialmente doctrinal, y se refieren sobre todo a la aceptación del Concilio Vaticano II y del magisterio postconciliar de los Papas. Los organismos colegiales con los cuales la Congregación estudia las cuestiones que se presentan (especialmente la habitual reunión de los Cardenales el miércoles y la Plenaria anual o bienal) garantizan la implicación de los Prefectos de varias Congregaciones romanas y de los representantes del Episcopado mundial en las decisiones que se hayan de tomar. No se puede congelar la autoridad magisterial de la Iglesia al año 1962, lo cual debe quedar bien claro a la Fraternidad. Pero a algunos de los que se muestran como grandes defensores del Concilio se les debe recordar también que el Vaticano II lleva consigo toda la historia doctrinal de la Iglesia. Quien quiere ser obediente al Concilio, debe aceptar la fe profesada en el curso de los siglos y no puede cortar las raíces de las que el árbol vive.

Espero, queridos Hermanos, que, con esto, quede claro el significado positivo, como también sus límites, de la iniciativa del 21 de enero de 2009. Sin embargo, queda ahora la cuestión: ¿Era necesaria tal iniciativa? ¿Constituía realmente una prioridad? ¿No hay cosas mucho más importantes? Ciertamente hay cosas más importantes y urgentes. Creo haber señalado las prioridades de mi Pontificado en los discursos que pronuncié en sus comienzos. Lo que dije entonces sigue siendo de manera inalterable mi línea directiva. La prime-

ra prioridad para el Sucesor de Pedro fue fijada por el Señor en el Cenáculo de manera inequívoca: “Tú... confirma a tus hermanos” (*Lc 22,32*). El mismo Pedro formuló de modo nuevo esta prioridad en su primera Carta: “Estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere” (*1 Pe 3,15*). En nuestro tiempo, en el que en amplias zonas de la tierra la fe está en peligro de apagarse como una llama que no encuentra ya su alimento, la prioridad que está por encima de todas es hacer presente a Dios en este mundo y abrir a los hombres el acceso a Dios. No a un dios cualquiera, sino al Dios que habló en el Sinaí; al Dios cuyo rostro reconocemos en el amor llevado hasta el extremo (cf. *Jn 13,1*), en Jesucristo crucificado y resucitado. El auténtico problema en este momento actual de la historia es que Dios desaparece del horizonte de los hombres y, con el apagarse de la luz que proviene de Dios, la humanidad se ve afectada por la falta de orientación, cuyos efectos destructivos se ponen cada vez más de manifiesto.

Conducir a los hombres hacia Dios, hacia el Dios que habla en la Biblia: Ésta es la prioridad suprema y fundamental de la Iglesia y del Sucesor de Pedro en este tiempo. De esto se deriva, como consecuencia lógica, que debemos tener muy presente la unidad de los creyentes. En efecto, su discordia, su contraposición interna, pone en duda la credibilidad de su hablar de Dios. Por eso, el esfuerzo con miras al testimonio común de fe de los cristia-

nos –al ecumenismo– está incluido en la prioridad suprema. A esto se añade la necesidad de que todos los que creen en Dios busquen juntos la paz, intenten acercarse unos a otros, para caminar juntos, incluso en la diversidad de su imagen de Dios, hacia la fuente de la Luz. En esto consiste el diálogo interreligioso. Quien anuncia a Dios como Amor “hasta el extremo” debe dar testimonio del amor. Dedicarse con amor a los que sufren, rechazar el odio y la enemistad, es la dimensión social de la fe cristiana, de la que hablé en la Encíclica *Deus caritas est*.

Por tanto, si el compromiso laborioso por la fe, por la esperanza y el amor en el mundo es en estos momentos (y, de modos diversos, siempre) la auténtica prioridad para la Iglesia, entonces también forman parte de ella las reconciliaciones pequeñas y medianas. Que el humilde gesto de una mano tendida haya dado lugar a un revuelo tan grande, convirtiéndose precisamente así en lo contrario de una reconciliación, es un hecho del que debemos tomar nota. Pero ahora me pregunto: ¿Era y es realmente una equivocación, también en este caso, salir al encuentro del hermano que “tiene quejas contra ti” (cf. *Mt 5,23s*) y buscar la reconciliación? ¿Acaso la sociedad civil no debe intentar también prevenir las radicalizaciones y reintegrar a sus eventuales partidarios –en la medida de lo posible– en las grandes fuerzas que plasman la vida social, para evitar su segregación con todas sus consecuencias? ¿Puede ser totalmente

desacertado el comprometerse en la disolución de las rigideces y restricciones, para dar espacio a lo que haya de positivo y recuperable para el conjunto? Yo mismo he visto en los años posteriores a 1988 cómo, mediante el regreso de comunidades separadas anteriormente de Roma, ha cambiado su clima interior; cómo el regreso a la gran y amplia Iglesia común ha hecho superar posiciones unilaterales y ablandado rigideces, de modo que luego han surgido fuerzas positivas para el conjunto. ¿Puede dejarnos totalmente indiferentes una comunidad en la cual hay 491 sacerdotes, 215 seminaristas, 6 seminarios, 88 escuelas, 2 institutos universitarios, 117 hermanos, 164 hermanas y millares de fieles? ¿Debemos realmente dejarlos tranquilamente ir a la deriva lejos de la Iglesia? Pienso por ejemplo en los 491 sacerdotes. No podemos conocer la trama de sus motivaciones. Sin embargo, creo que no se hubieran decidido por el sacerdocio si, junto a varios elementos distorsionados y enfermos, no existiera el amor por Cristo y la voluntad de anunciarlo y, con Él, al Dios vivo. ¿Podemos simplemente excluirlos, como representantes de un grupo marginal radical, de la búsqueda de la reconciliación y de la unidad? ¿Qué será de ellos luego?

Ciertamente, desde hace mucho tiempo y, después, de nuevo en esta ocasión concreta hemos escuchado de representantes de esa comunidad muchas cosas fuera de tono: soberbia y presunción, obcecaciones sobre unilateralismos, etc. Por amor a la verdad, debo

añadir que he recibido también una serie de impresionantes testimonios de gratitud, en los cuales se percibía una apertura de los corazones. ¿Acaso no debe la gran Iglesia permitirse ser también generosa, siendo consciente de la envergadura que posee; en la certeza de la promesa que le ha sido confiada? ¿No debemos como buenos educadores ser capaces también de dejar de fijarnos en diversas cosas no buenas y apresurarnos a salir fuera de las estrecheces? ¿Y acaso no debemos admitir que también en el ámbito eclesial se ha dado alguna salida de tono? A veces se tiene la impresión de que nuestra sociedad tenga necesidad de un grupo al menos con el cual no tener tolerancia alguna; contra el cual pueda tranquilamente arremeter con odio. Y si alguno intenta acercársele —en este caso el Papa— también él pierde el derecho a la tolerancia y puede también ser tratado con odio, sin temor ni reservas.

Queridos Hermanos, por circunstancias fortuitas, en los días en que me vino a la mente escribir esta carta, tuve que interpretar y comentar en el Seminario Romano el texto de *Ga* 5,13-15. Percibí con sorpresa la inmediatez con que estas frases nos hablan del momento actual: «No una libertad para que se aproveche el egoísmo; al contrario, sed esclavos unos de otros por amor. Porque toda la ley se concentra en esta frase: “Amarás al prójimo como a ti mismo”. Pero, atención: que si os mordéis y devoráis unos a otros, terminaréis por destruirlos mutuamente». Siempre fui propenso a considerar esta frase como

una de las exageraciones retóricas que a menudo se encuentran en San Pablo. Bajo ciertos aspectos puede ser también así. Pero desgraciadamente este “morder y devorar” existe también hoy en la Iglesia como expresión de una libertad mal interpretada. ¿Sorprende acaso que tampoco nosotros seamos mejores que los Gálatas? Que ¿quizás estemos amenazados por las mismas tentaciones? ¿Que debamos aprender nuevamente el justo uso de la libertad? ¿Y que una y otra vez debamos aprender la prioridad suprema: el amor? El día en que hablé de esto en el Seminario Mayor, en Roma se celebraba la fiesta de la Virgen de la Confianza. En efecto, María nos enseña la confianza. Ella nos conduce al Hijo, del cual todos nosotros podemos fiarnos. Él nos guiará, incluso en tiempos turbulentos. De este modo, quisiera dar las gracias de corazón a todos los numerosos Obispos que en este tiempo

me han dado pruebas conmovedoras de confianza y de afecto y, sobre todo, me han asegurado sus oraciones. Este agradecimiento sirve también para todos los fieles que en este tiempo me han dado prueba de su fidelidad intacta al Sucesor de San Pedro. El Señor nos proteja a todos nosotros y nos conduzca por la vía de la paz. Es un deseo que me brota espontáneo del corazón al comienzo de esta Cuaresma, que es un tiempo litúrgico particularmente favorable a la purificación interior y que nos invita a todos a mirar con esperanza renovada al horizonte luminoso de la Pascua.

Con una especial Bendición Apostólica me confirmo

Vuestro en el Señor
Benedictus PP. XVI

Vaticano, 10 de marzo de 2009.

DISCURSOS

Palabras del Papa, Benedicto XVI, al final de los Ejercicios Espirituales de la Curia Romana

Sábado, 7 de marzo de 2009.

Eminencia; queridos y venerados hermanos:

Una de las gratas funciones del Papa es decir “gracias”. En este momento quiero darle las gracias, en nombre de todos no-

sotros y de todos vosotros, a usted, eminencia, por estas meditaciones que nos ha dado. Nos ha dirigido, iluminado, ayudado a renovar nuestro sacerdocio. No ha hecho una acrobacia teológica. No nos ha ofrecido acrobacias teológicas, sino que nos ha dado una doctrina sana, el pan bueno de nuestra fe.

Al escuchar sus palabras, me vino a la mente una profecía del profeta Eze-

quiel interpretada por san Agustín. En el libro de Ezequiel, el Señor, el Dios pastor, dice al pueblo: “Pastorearé a mis ovejas por los montes de Israel (...). Las apacentaré en buenos pastos” (cf. *Ez* 34, 13-14). Y san Agustín se pregunta dónde se encuentran esos montes de Israel y cuáles son esos buenos pastos, y dice: los montes de Israel, los buenos pastos son la Sagrada Escritura, la Palabra de Dios que nos proporciona el verdadero alimento.

Su predicación ha estado impregnada de Sagrada Escritura, con una gran familiaridad con la Palabra de Dios leída en el contexto de la Iglesia viva, desde los santos Padres hasta el Catecismo de la Iglesia católica, siempre contextualizada en la lectura, en la liturgia. Precisamente así la Escritura ha estado presente con su plena actualidad. Su teología, como nos ha dicho, no ha sido una teología abstracta, sino marcada por un sano realismo.

He admirado y me ha agradado esta experiencia concreta de sus cincuenta años de sacerdocio, de los que ha hablado y a la luz de los cuales nos ha ayudado a concretar nuestra fe. Nos ha dirigido palabras apropiadas, concretas, para nuestra vida, para nuestro comportamiento como sacerdotes. Y espero que muchos lean también estas palabras y las aprecien.

Al inicio comenzó con el hermoso relato, siempre fascinante, de los primeros discípulos que siguieron a Jesús.

Todavía un poco inciertos y tímidos preguntan: “Maestro, ¿dónde vives?”. Y la respuesta, que usted nos ha interpretado, es: “Venid y lo veréis” (*Jn* 1, 38-39). Para ver debemos ir, debemos caminar y seguir a Jesús, que siempre nos precede. Sólo caminando y siguiendo a Jesús podemos también ver. Usted nos ha mostrado dónde vive Jesús, dónde tiene su morada: en la Iglesia, en su Palabra, en la santísima Eucaristía.

Gracias, eminencia, por habernos dirigido. Con nuevo impulso y con nueva alegría emprendemos el camino hacia la Pascua. A todos os deseo una buena Cuaresma y una feliz Pascua.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en su visita al Capitolio de Roma***

Lunes, 9 de marzo de 2009.

Señor alcalde; señor presidente del concejo; señores y señoras asesores y concejales del Ayuntamiento de Roma; ilustres autoridades; queridos amigos:

Como se ha recordado, no es la primera vez que un Papa es acogido con tanta cordialidad en este palacio senatorial y toma la palabra en esta solemne sala del Concejo, en la que se reúnen los más altos representantes de la administración ciudadana. Los anales de la historia registran, en primer lugar, la breve parada del beato Pío IX en la pla-

za del Capitolio, tras la visita a la basílica del “Ara Coeli”, el 16 de septiembre de 1870. Mucho más reciente es la visita que realizó el Papa Pablo VI el 16 de abril de 1966, a la que siguió la de mi venerado predecesor, Juan Pablo II, el 15 de enero de 1998. Son gestos que atestiguan el afecto y la estima que los Sucesores de Pedro, Pastores de la comunidad católica romana y de la Iglesia universal, albergan desde siempre hacia Roma, centro de la civilización latina y cristiana, “madre acogedora de los pueblos” (cf. Prudencio, *Peristephanon*, poema 11, 191) y “discípula de la verdad” (cf. san León Magno, *Tract. septem et nonaginta*).

Por tanto, con emoción comprensible, tomo ahora la palabra durante esta visita. La tomo para expresar ante todo, señor alcalde, mi gratitud por la amable invitación a visitar el Capitolio que usted me dirigió al inicio de su mandato de primer magistrado de la urbe. También le agradezco las profundas expresiones con que me ha acogido, interpretando el pensamiento de los presentes. Mi saludo se extiende al señor presidente del concejo, a quien agradezco los nobles sentimientos que ha expresado también en nombre de sus compañeros.

He seguido con gran atención las reflexiones tanto del alcalde como del presidente, y he percibido en ellas la voluntad decidida de la Administración de servir a esta ciudad buscando su bienestar material, social y espiritual

verdadero e integral. Mi cordial saludo va, por último, a los asesores y concejales del Ayuntamiento, a los representantes del Gobierno, a las autoridades y a las personalidades, así como a todos los ciudadanos de Roma.

Con mi presencia hoy en esta colina, sede y emblema de la historia y de la misión de Roma, quiero renovar la seguridad de la atención paternal que el Obispo de la comunidad católica presta no solamente a los miembros de esta comunidad, sino también a todos los romanos y a quienes vienen a la capital desde las distintas partes de Italia y del mundo por razones religiosas, turísticas, de trabajo, o para quedarse en ella integrándose en el tejido ciudadano. Estoy aquí hoy para animar vuestro compromiso, no fácil, de administradores al servicio de esta metrópolis singular; para compartir las esperanzas y expectativas de los habitantes; y para escuchar sus preocupaciones y problemas, de los que vosotros os hacéis intérpretes responsables en este palacio, que constituye el centro natural y dinámico de los proyectos que se fraguan en las “obras” de la Roma del tercer milenio.

Señor alcalde, en su intervención he percibido el firme propósito de trabajar para que Roma siga siendo faro de vida y libertad, de civilización moral y de desarrollo sostenible, promovido en el respeto de la dignidad de todo ser humano y de su fe religiosa. Le aseguro a usted y a sus colaboradores que la Iglesia católica, como siempre, prestará

su apoyo activo a toda iniciativa cultural y social encaminada a promover el bien auténtico de cada persona y de la ciudad en su conjunto. El regalo del *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, que hago con afecto al alcalde y a los demás administradores, quiere ser un signo de esta colaboración.

Señor alcalde, Roma siempre ha sido una ciudad acogedora. Especialmente en los últimos siglos, ha abierto sus instituciones universitarias y centros de investigación civiles y eclesiásticos a estudiantes procedentes de todas las partes del mundo, los cuales, al volver a sus países, son llamados a desempeñar papeles y cargos de alta responsabilidad en varios sectores de la sociedad, así como en la Iglesia. Esta ciudad nuestra, como por lo demás Italia y la humanidad entera, están afrontando hoy desafíos culturales, sociales y económicos inéditos, a causa de las profundas transformaciones y de los numerosos cambios que se han producido en las últimas décadas. Roma se ha ido poblando de gente procedente de otras naciones y perteneciente a culturas y tradiciones religiosas diversas; y, como consecuencia de ello, hoy tiene el rostro de una metrópolis multiétnica y multirreligiosa en la que la integración tal vez resulta difícil y compleja.

La comunidad católica dará siempre una aportación convencida para encontrar los modos cada vez más adecuados de defender los derechos fundamentales de la persona dentro del respeto

de la legalidad. Yo también estoy persuadido, como usted, señor alcalde, ha afirmado, que Roma, extrayendo nueva savia de las raíces de su historia plasmada por el derecho antiguo y por la fe cristiana, sabrá encontrar la fuerza para exigir a todos el respeto a las normas de la convivencia civil y rechazar toda forma de intolerancia y discriminación.

Asimismo, permitidme notar que los episodios de violencia, deplorados por todos, manifiestan un malestar más profundo; yo diría que son signo de una verdadera pobreza espiritual que aflige al corazón del hombre contemporáneo. Efectivamente, la eliminación de Dios y de su ley, como condición de la realización de la felicidad del hombre, no ha alcanzado su objetivo; al contrario, priva al hombre de las certezas espirituales y de la esperanza necesarias para afrontar las dificultades y los desafíos diarios. Por ejemplo, una rueda, cuando le falta el eje central, pierde su función motriz. Así la moral no cumple su fin último si no tiene como perno la inspiración y la sumisión a Dios, fuente y juez de todo bien.

Ante el preocupante debilitamiento de los ideales humanos y espirituales que han convertido a Roma en “modelo” de civilización para el mundo entero, la Iglesia, a través de las comunidades parroquiales y de las demás realidades eclesiales, está comprometida en una obra educativa capilar, orientada a ayudar, en particular a las nuevas generaciones, a redescubrir esos

valores perennes. En la época posmoderna, Roma debe volver a apropiarse de su alma más profunda, de sus raíces civiles y cristianas, si quiere hacerse promotora de un nuevo humanismo que ponga en el centro la cuestión del hombre reconocido en su realidad plena. El hombre, desvinculado de Dios, quedaría privado de su vocación trascendente. El cristianismo es portador de un mensaje luminoso sobre la verdad del hombre, y la Iglesia, depositaria de este mensaje, es consciente de su propia responsabilidad con respecto a la cultura contemporánea.

¡Cuántas otras cosas quisiera decir en este momento! Como Obispo de esta ciudad no puedo olvidar que también en Roma, a causa de la actual crisis económica a la que me referí antes, está aumentando el número de quienes, por haber perdido su empleo, se encuentran en condiciones precarias y quizás no consiguen hacer frente a los compromisos financieros asumidos, por ejemplo, para la compra o el alquiler de la casa. Es necesario hacer un esfuerzo concorde entre las distintas instituciones para salir al encuentro de quienes viven en la pobreza. La comunidad cristiana, a través de las parroquias y las instituciones caritativas, ya está comprometida en sostener diariamente a numerosas familias que tienen dificultades para mantener un nivel digno de vida; y, como ya ha sucedido recientemente, está dispuesta a colaborar con las autoridades civiles a la consecución del bien común.

También en este caso los valores de la solidaridad y la generosidad, que están arraigados en el corazón de los romanos, podrán ser sostenidos por la luz del Evangelio, para que todos se hagan cargo nuevamente de las exigencias de los más necesitados, sintiéndose miembros de una única familia. En efecto, cuanto más madure en cada ciudadano la conciencia de sentirse responsable en primera persona de la vida y del futuro de los habitantes de nuestra ciudad, tanto más crecerá la confianza en poder superar las dificultades del momento presente.

¿Y qué decir de las familias, de los niños y de los jóvenes? Gracias, señor alcalde, porque con ocasión de mi visita, me ha dado como regalo un signo de esperanza para los jóvenes llamándolo con mi nombre, el de un anciano Pontífice que mira con confianza a los jóvenes y que reza por ellos cada día. Las familias, los jóvenes pueden esperar un futuro mejor en la medida en que el individualismo deje espacio a los sentimientos de colaboración fraterna entre todos los componentes de la sociedad civil y de la comunidad cristiana. Ojalá que esta obra sea un estímulo para Roma a fin de que realice un tejido social de acogida y respeto, donde el encuentro entre la cultura y la fe, entre la vida social y el testimonio religioso, contribuya a formar comunidades verdaderamente libres y animadas por sentimientos de paz. A esto podrá dar una aportación singular también el futuro "Observatorio para la libertad religiosa", al que usted acaba de aludir.

Señor alcalde, queridos amigos, permitidme que, al final de mi intervención, dirija la mirada hacia la Virgen con el Niño, que desde hace varios siglos vela maternalmente en esta sala sobre los trabajos de la Administración ciudadana. A ella os encomiendo a cada uno de vosotros, así como vuestro trabajo y los buenos propósitos que os animan. Que siempre estéis todos concordados al servicio de esta amada ciudad, en la que el Señor me ha llamado a desempeñar mi ministerio episcopal. Sobre cada uno de vosotros invoco de corazón la abundancia de las bendiciones divinas y aseguro a todos un recuerdo en la oración. ¡Gracias por vuestra acogida!

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
a la población de Roma desde el
Capitolio***

Lunes, 9 de marzo de 2009.

Queridos hermanos y hermanas:

Después de mi encuentro con los administradores de la ciudad, me alegra saludaros cordialmente a todos vosotros, reunidos en esta plaza del Capitolio, hacia la cual se proyecta, en un abrazo ideal, la columnata con la que Bernini completó la espléndida estructura de la basílica vaticana. Viviendo en Roma desde hace muchos años, ya me he convertido un poco en romano; pero más romano me siento como vuestro

obispo. Por eso, con una participación más viva, dirijo, a través de cada uno de vosotros, mi saludo a todos “nuestros” conciudadanos, a quienes en cierto modo vosotros representáis hoy: a las familias, a las comunidades y a las parroquias, a los niños, a los jóvenes y a los ancianos, a los discapacitados y a los enfermos, a los voluntarios y a los agentes sociales, a los inmigrantes y a los peregrinos. Doy las gracias al cardinal vicario, que me acompaña en esta visita, y animo a proseguir en su empeño a cuantos -sacerdotes, personas consagradas y fieles laicos- colaboran activamente con las administraciones públicas por el bien de Roma, de sus periferias y barrios.

Hace unos días, cuando me encontré con los párrocos y sacerdotes de Roma, dije que el corazón romano es un “corazón de poesía”, subrayando que la belleza es casi “un privilegio suyo, un carisma natural suyo”. Roma es bella por los vestigios de su antigüedad, por sus instituciones culturales y por los monumentos que narran su historia, por las iglesias y sus múltiples obras maestras de arte. Pero Roma es bella sobre todo por la generosidad y la santidad de tantos hijos suyos, que han dejado huellas elocuentes de su pasión por la belleza de Dios, la belleza del amor que no se marchita ni envejece.

De esta belleza, fueron testigos los apóstoles san Pedro y san Pablo y la multitud de mártires de los inicios del cristianismo; y han sido testigos mu-

chos hombres y mujeres que, romanos por nacimiento o por adopción, a lo largo de los siglos se han entregado al servicio de la juventud, de los enfermos, de los pobres y de todos los necesitados. Me limito a citar algunos: el diácono san Lorenzo, santa Francisca Romana, cuya fiesta se celebra precisamente hoy, san Felipe Neri, san Gaspar del Búfalo, san Juan Bautista De Rossi, san Vicente Pallotti, la beata Ana María Taigi, los beatos esposos Luis y María Beltrami Quatrocchi. Su ejemplo muestra que, cuando una persona se encuentra con Cristo, no se cierra en sí misma, sino que se abre a las necesidades de los demás y, en los diversos ámbitos de la sociedad, antepone el bien de todos a su propio interés.

También nuestro tiempo tiene verdadera necesidad de hombres y mujeres así, porque no pocas familias, no pocos jóvenes y adultos se encuentran en situaciones precarias y a veces incluso dramáticas; situaciones que sólo juntos es posible superar, como enseña también la historia de Roma, que ha atravesado otros muchos momentos difíciles. A este respecto, me viene a la mente un verso del gran poeta latino Ovidio que, en una elegía, animaba así a los romanos de su tiempo: “*Perfer et obdura: multo graviora tulisti*”, “Soporta y resiste: has superado situaciones mucho más difíciles” (cf. *Trist.*, lib. V, el. XI, v. 7). Además de la necesaria solidaridad y el debido compromiso de todos, podemos contar siempre con la ayuda cierta de Dios, que nunca abandona a sus hijos.

Queridos amigos, al volver a vuestras casas, comunidades y parroquias, decid a cuantos encontréis que el Papa asegura a todos su comprensión, su cercanía espiritual y su oración. A todos y cada uno, especialmente a los enfermos, a los que sufren y a los que se encuentran en graves dificultades, llevad mi recuerdo y la bendición de Dios, que ahora invoco sobre vosotros por intercesión de san Pedro y san Pablo, de santa Francisca Romana, copatrona de Roma, y especialmente de María *Salus populi romani*. Que Dios bendiga y proteja siempre a Roma y a sus habitantes.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la visita al Monasterio de Santa Francisca Romana en Tor De' Specchi

Lunes, 9 de marzo de 2009.

Queridas hermanas Oblatas:

Con gran alegría, tras la visita al cercano Capitolio, vengo a encontrarme con vosotras en este histórico monasterio de santa Francisca Romana, mientras se está celebrando el IV centenario de su canonización, que tuvo lugar el 29 de mayo de 1608. Además, precisamente hoy cae la fiesta de esta gran santa, en recuerdo de la fecha de su nacimiento al cielo. Por tanto, me siento particularmente agradecido al Señor porque me permite rendir este homenaje a la “más

romana de las santas”, en feliz sucesión con el encuentro que he tenido con los administradores en la sede del gobierno de la ciudad. Al dirigir mi saludo cordial a vuestra comunidad, y en particular a la presidenta, madre Maria Camilla Rea -a la que agradezco las cordiales palabras con las que ha expresado vuestros sentimientos comunes-, lo extendiendo al obispo auxiliar, monseñor Ernesto Mandara, a las estudiantes huéspedes y a todos los presentes.

Como sabéis, junto con mis colaboradores de la Curia romana acabo de hacer los ejercicios espirituales, que coinciden con la primera semana de Cuaresma. En estos días he experimentado una vez más cuán indispensables son el silencio y la oración. Y he pensado también en santa Francisca Romana, en su entrega total a Dios y al prójimo, de la que brotó la experiencia de vida comunitaria aquí, en Tor de’ Specchi. Contemplación y acción, oración y servicio de caridad, ideal monástico y compromiso social: todo esto encontró aquí un “laboratorio” lleno de frutos, en estrecho contacto con los monjes Olivetanos de Santa María Nova. Pero el verdadero motor de cuanto se ha realizado aquí a lo largo del tiempo ha sido el corazón de Francisca, en el que el Espíritu Santo derramó sus dones espirituales y a la vez suscitó numerosas iniciativas de bien.

Vuestro monasterio se encuentra en el corazón de la ciudad. ¿Cómo no ver

en esto casi el símbolo de la necesidad de hacer que la dimensión espiritual ocupe de nuevo el centro de la convivencia civil, para dar pleno sentido a las múltiples actividades del ser humano? Precisamente desde esta perspectiva, vuestra comunidad, junto con las demás comunidades de vida contemplativa, está llamada a ser una especie de “pulmón” espiritual de la sociedad, para que a toda la actividad, a todo el activismo de una ciudad, no le falte la “respiración” espiritual, la referencia a Dios y a su designio de salvación.

Éste es el servicio que prestan en particular los monasterios, lugares de silencio y de meditación de la Palabra divina, lugares donde se preocupan por tener siempre la tierra abierta hacia el cielo. Vuestro monasterio, además, tiene una peculiaridad, que refleja naturalmente el carisma de santa Francisca Romana. Aquí se vive un singular equilibrio entre vida religiosa y vida laical, entre vida en el mundo y fuera del mundo. Un modelo que no nació en un papel, sino en la experiencia concreta de una joven romana: escrito -se diría- por Dios mismo en la extraordinaria existencia de Francisca, en su historia de niña, de adolescente, de jovencísima esposa y madre, de mujer madura, conquistada por Jesucristo, como diría san Pablo. No por nada las paredes de estos locales están decoradas con imágenes de su vida, para demostrar que el verdadero edificio que Dios quiere construir es la vida de los santos.

También en nuestros días Roma necesita mujeres -naturalmente también hombres, pero aquí quiero subrayar la dimensión femenina- mujeres, decía, totalmente de Dios y totalmente del prójimo; mujeres capaces de recogimiento y de servicio generoso y discreto; mujeres que sepan obedecer a sus pastores, pero también sostenerlos y estimularlos con sus sugerencias, maduradas en el coloquio con Cristo y en la experiencia directa en el campo de la caridad, de la asistencia a los enfermos, a los marginados, a los menores en dificultad.

Es el don de una maternidad que se integra en unidad con la oblación religiosa, según el modelo de María santísima. Pensemos en el misterio de la Visitación: María, después de concebir en el corazón y en la carne al Verbo de Dios, en seguida se pone en camino para ayudar a su anciana pariente Isabel. El corazón de María es el claustro donde la Palabra sigue hablando en el silencio y, al mismo tiempo, es el horno de una caridad que impulsa a gestos valientes, así como a una generosidad perseverante y oculta.

Queridas hermanas, gracias por la oración con que acompañáis siempre el ministerio del Sucesor de Pedro, y gracias por vuestra preciosa presencia en el corazón de Roma. Os deseo que experimentéis cada día la alegría de no anteponer nada al amor de Cristo, un lema que hemos heredado de san Benito, pero que refleja bien la espiritualidad del apóstol san Pablo, al que veneráis

como patrón de vuestra congregación. A vosotras, a los monjes Olivetanos y a todos los presentes, imparto de corazón una bendición apostólica especial.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
a una delegación del Gran Rabinato
de Israel***

Jueves, 12 de marzo de 2009.

Distinguidos representantes del Gran Rabinato de Israel; queridos delegados católicos:

Me alegra mucho daros la bienvenida a vosotros, miembros de la delegación del Gran Rabinato de Israel, junto con los participantes católicos guiados por la Comisión de la Santa Sede para las relaciones religiosas con el judaísmo. El importante diálogo en el que estáis comprometidos es fruto de la histórica visita de mi venerado predecesor, el Papa Juan Pablo II, a Tierra Santa en marzo del año 2000. Tenía el deseo de entablar un diálogo con instituciones religiosas judías en Israel, y su apoyo fue decisivo para conseguir este objetivo. Al recibir a los dos rabinos jefes de Israel en enero del año 2004, dijo que este diálogo era un “signo de gran esperanza”.

Durante estos siete años no sólo se ha reforzado la amistad entre la Comisión y el Gran Rabinato, sino que además vosotros habéis podido reflexionar sobre temas importantes tanto para la tradi-

ción judía como para la cristiana. Dado que reconocemos un rico patrimonio espiritual común, es necesario y posible un diálogo basado en la comprensión mutua y en el respeto, como recomienda la declaración *Nostra aetate* (n. 4).

Trabajando unidos, habéis tomado cada vez mayor conciencia de los valores comunes que están en la base de nuestras respectivas tradiciones religiosas, estudiándolos durante los siete encuentros mantenidos tanto en Roma como en Jerusalén. Habéis reflexionado sobre la santidad de la vida, los valores de la familia, la justicia social y la conducta ética, la importancia de la Palabra de Dios expresada en las Sagradas Escrituras para la sociedad y la educación, la relación entre la autoridad religiosa y la civil, y la libertad de religión y de conciencia.

En las declaraciones comunes realizadas tras cada encuentro, se pusieron de relieve las ideas arraigadas en nuestras respectivas convicciones religiosas y a la vez se tomó conciencia de las diferencias de comprensión. La Iglesia reconoce que los comienzos de su fe se remontan a la histórica intervención divina en la vida del pueblo judío y que aquí se funda nuestra relación única. El pueblo judío, que fue escogido como el pueblo elegido, comunica a toda la familia humana el conocimiento del Dios uno, único y verdadero, y la fidelidad a él. Los cristianos reconocen de buen grado que sus raíces se hunden en la misma autorrevelación de Dios,

de la que se alimenta la experiencia religiosa del pueblo judío.

Como sabéis, estoy preparando mi visita como peregrino a Tierra Santa. Mi intención es orar especialmente por el precioso don de la unidad y la paz, tanto en la región como para toda la familia humana. Como recuerda el salmo 125, Dios protege a su pueblo: “Jerusalén está rodeada de montañas, y el Señor rodea a su pueblo ahora y por siempre”. Ojalá que mi visita ayude a profundizar el diálogo de la Iglesia con el pueblo judío, de forma que los judíos y los cristianos, como también los musulmanes, puedan vivir en paz y en armonía en Tierra Santa.

Os agradezco vuestra visita y os renuevo mi compromiso personal de promover la visión establecida para las generaciones futuras en la declaración *Nostra aetate* del concilio Vaticano II.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a la Asamblea Plenaria de la
Congregación para el Culto Divino y
la Disciplina de los Sacramentos***

Sala del Consistorio. Viernes, 13 de marzo de 2009.

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos:

Con gran alegría y con gratitud siempre viva os recibo con ocasión de

la plenaria de la Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos. En esta importante ocasión me complace dirigir mi saludo cordial, en primer lugar, al prefecto, el señor cardenal Antonio Cañizares Llovera, a quien agradezco las palabras con que ha explicado los trabajos llevados a cabo en estos días y ha expresado los sentimientos de quienes están aquí presentes hoy. Extiendo mi saludo afectuoso y mi cordial agradecimiento a todos los miembros y oficiales del dicasterio, comenzando por el secretario, monseñor Malcolm Ranjith, y por el subsecretario, hasta todos los demás que, en las diversas tareas, prestan con competencia y dedicación su servicio para la “ordenación y promoción de la sagrada liturgia” (*Pastor bonus*, 62).

En la plenaria, habéis reflexionado sobre el misterio eucarístico y, de modo particular, sobre el tema de la adoración eucarística. Sé bien que, después de la publicación de la instrucción *Eucharisticum mysterium* del 25 de mayo de 1967 y de la promulgación, el 21 de junio de 1973, del documento *De sacra communione et cultu mysterii eucharistici extra missam*, la insistencia sobre el tema de la Eucaristía como fuente inagotable de santidad ha sido una urgencia de primer orden del dicasterio.

Por eso, acepté con agrado la propuesta de que la plenaria se ocupara del tema de la adoración eucarística, confiando en que una renovada reflexión colegial sobre esta práctica podría con-

tribuir a poner en claro, en los límites de competencia del dicasterio, los medios litúrgicos y pastorales con los que la Iglesia de nuestro tiempo puede promover la fe en la presencia real del Señor en la sagrada Eucaristía y asegurar a la celebración de la santa misa toda la dimensión de la adoración.

Ya subrayé este aspecto en la exhortación apostólica *Sacramentum caritatis*, en la que recogí los frutos de la XI Asamblea general ordinaria del Sínodo, que tuvo lugar en octubre de 2005. En ella, poniendo de relieve la importancia de la relación intrínseca entre celebración de la Eucaristía y adoración (cf. n. 66), cité la enseñanza de san Agustín: “*Nemo autem illam carnem manducat, nisi prius adoraverit; peccemus non adorando*” (*Enarrationes in Psalmos*, 98, 9: CCL 39, 1385). Los Padres sinodales habían manifestado su preocupación por cierta confusión generada, después del concilio Vaticano II, sobre la relación entre la misa y la adoración del Santísimo Sacramento (cf. *Sacramentum caritatis*, 66). Así me hacía eco de lo que mi predecesor, el Papa Juan Pablo II, ya había dicho sobre las desviaciones que en ocasiones han contaminado la renovación litúrgica posconciliar, revelando “una comprensión muy limitada del Misterio eucarístico” (*Ecclesia de Eucharistia*, 10).

El concilio Vaticano II puso de manifiesto el papel singular que el misterio eucarístico desempeña en la vida de los fieles (*Sacrosanctum Concilium*, 48-

54, 56). Del mismo modo, el Papa Pablo VI reafirmó muchas veces: “La Eucaristía es un altísimo misterio; más aún, hablando con propiedad, como dice la sagrada liturgia, es el *misterio de fe*” (*Mysterium fidei*, 15). En efecto, la Eucaristía está en el origen mismo de la Iglesia (cf. *Ecclesia de Eucharistia*, 21) y es la fuente de la gracia, constituyendo una incomparable ocasión tanto para la santificación de la humanidad en Cristo como para la glorificación de Dios.

En este sentido, por una parte, todas las actividades de la Iglesia están ordenadas al misterio de la Eucaristía (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 10; *Lumen gentium*, 11; *Presbyterorum ordinis*, 5; *Sacramentum caritatis*, 17); y, por otra, en virtud de la Eucaristía “la Iglesia vive y crece continuamente” también hoy (*Lumen gentium*, 26). Nuestro deber es percibir el preciosísimo tesoro de este inefable misterio de fe “tanto en la celebración misma de la misa como en el culto de las sagradas especies que se reservan después de la misa para prolongar la gracia del sacrificio” (*Eucharisticum mysterium*, 3, g).

La doctrina de la transustanciación del pan y del vino y de la presencia real son verdades de fe evidentes ya en la misma Sagrada Escritura y confirmadas después por los Padres de la Iglesia. El Papa Pablo VI, al respecto, recordaba que “la Iglesia católica no sólo ha enseñado siempre la fe sobre la presencia del cuerpo y la sangre de Cristo en la Eucaristía, sino que la ha vivido

también, adorando en todos los tiempos sacramento tan grande con el culto latréutico, que tan sólo a Dios es debido” (*Mysterium fidei*, 56; cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1378).

Conviene recordar, al respecto, las diversas acepciones que tiene el vocablo “adoración” en la lengua griega y en la latina. La palabra griega *proskýnesis* indica el gesto de sumisión, el reconocimiento de Dios como nuestra verdadera medida, cuya norma aceptamos seguir. La palabra latina *ad-oratio*, en cambio, denota el contacto físico, el beso, el abrazo, que está implícito en la idea de amor. El aspecto de la sumisión prevé una relación de unión, porque aquél a quien nos sometemos es Amor. En efecto, en la Eucaristía la adoración debe convertirse en unión: unión con el Señor vivo y después con su Cuerpo místico.

Como dije a los jóvenes en la explanada de Marienfeld, en Colonia, durante la XX Jornada mundial de la juventud, el 21 de agosto de 2005: “Dios no solamente está frente a nosotros, como el totalmente Otro. Está dentro de nosotros, y nosotros estamos en él. Su dinámica nos penetra y desde nosotros quiere propagarse a los demás y extenderse a todo el mundo, para que su amor sea realmente la medida dominante del mundo” (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 26 de agosto de 2005, p. 13). Desde esta perspectiva, recordé a los jóvenes que en la Eucaristía se vive la “transformación fundamental de la violencia en amor, de la

muerte en vida, la cual lleva consigo las demás transformaciones. Pan y vino se convierten en su Cuerpo y su Sangre. Llegados a este punto la transformación no puede detenerse; antes bien, es aquí donde debe comenzar plenamente. El Cuerpo y la Sangre de Cristo se nos dan para que también nosotros mismos seamos transformados” (*ib.*).

Mi predecesor el Papa Juan Pablo II en la carta apostólica *Spiritus et Sponsa*, con ocasión del 40° aniversario de la constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada liturgia, exhortó a emprender los pasos necesarios para profundizar la experiencia de la renovación. Esto es importante también con respecto al tema de la adoración eucarística. Esa profundización sólo será posible mediante un conocimiento mayor del misterio en plena fidelidad a la sagrada Tradición e incrementando la vida litúrgica dentro de nuestras comunidades (cf. *Spiritus et Sponsa*, 6-7). Al respecto, aprecio de modo particular que la plenaria haya reflexionado también sobre el tema de la formación de todo el pueblo de Dios en la fe, con una atención especial a los seminaristas, para favorecer su crecimiento en un espíritu de auténtica adoración eucarística. En efecto, santo Tomás explica: “La presencia del verdadero Cuerpo de Cristo y de la verdadera Sangre de Cristo en este sacramento no se conoce por los sentidos, sino sólo por la fe, la cual se apoya en la autoridad de Dios” (*Summa theologiae* III, 75, 1; cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1381).

Estamos viviendo los días de la santa Cuaresma, que no sólo constituye un camino de más intenso ejercicio espiritual, sino también una preparación eficaz para celebrar mejor la santa Pascua. Recordando tres prácticas penitenciales muy arraigadas en la tradición bíblica y cristiana -la oración, el ayuno, la limosna-, animémosnos mutuamente a redescubrir y vivir con renovado fervor el ayuno, no sólo como práctica ascética, sino también como preparación a la Eucaristía y como arma espiritual para luchar contra todo eventual apego desordenado a nosotros mismos.

Que este intenso período de la vida litúrgica nos ayude a alejar todo aquello que distrae el espíritu y a intensificar lo que alimenta el alma, abriéndola al amor a Dios y al prójimo. Con estos sentimientos, formulo ya desde ahora a todos vosotros mis mejores deseos para las próximas fiestas pascales y, a la vez que os agradezco el trabajo que habéis realizado en esta sesión plenaria, así como todo el trabajo de la Congregación, imparto a cada uno con afecto mi bendición.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en la Asamblea
Plenaria de la Congregación para el
Clero***

Lunes 16 de marzo de 2009

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio:

Me alegra poder acogerlos en audiencia especial, en la víspera de mi partida hacia África, a donde iré para entregar el *Instrumentum laboris* de la II Asamblea especial del Sínodo para África, que tendrá lugar aquí en Roma el próximo mes de octubre. Agradezco al prefecto de la Congregación, el señor cardenal Claudio Hummes, las amables palabras con las que ha interpretado los sentimientos de todos; y también os agradezco la hermosa carta que me habéis escrito. Asimismo os saludo a todos vosotros, superiores, oficiales y miembros de la Congregación, y os expreso mi gratitud por todo el trabajo que lleváis a cabo al servicio de un sector tan importante en la vida de la Iglesia.

El tema que habéis elegido para esta plenaria -"La identidad misionera del presbítero en la Iglesia, como dimensión intrínseca del ejercicio de los *tria munera*"- permite algunas reflexiones para el trabajo de estos días y para los abundantes frutos que ciertamente traerá. Si toda la Iglesia es misionera y si todo cristiano, en virtud del Bautismo y de la Confirmación, *quasi ex officio* (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1305) recibe el mandato de profesar públicamente la fe, el sacerdocio ministerial, también desde este punto de vista, se distingue ontológicamente, y no sólo en grado, del sacerdocio bautismal, llamado también sacerdocio común. En efecto, del primero es constitutivo el mandato apostólico: "Id a todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura" (*Mc* 16, 15). Como sa-

bemos, este mandato no es un simple encargo encomendado a colaboradores; sus raíces son más profundas y deben buscarse mucho más lejos.

La dimensión misionera del presbítero nace de su configuración sacramental con Cristo Cabeza, la cual conlleva, como consecuencia, una adhesión cordial y total a lo que la tradición eclesial ha reconocido como la *apostolica vivendi forma*. Ésta consiste en la participación en una "vida nueva" entendida espiritualmente, en el "nuevo estilo de vida" que inauguró el Señor Jesús y que hicieron suyo los Apóstoles.

Por la imposición de las manos del obispo y la oración consagratória de la Iglesia, los candidatos se convierten en hombres nuevos, llegan a ser "presbíteros". A esta luz, es evidente que los *tria munera* son en primer lugar un don y sólo como consecuencia un oficio; son ante todo participación en una vida, y por ello una *potestas*. Ciertamente, la gran tradición eclesial con razón ha desvinculado la eficacia sacramental de la situación existencial concreta del sacerdote; así se salvaguardan adecuadamente las legítimas expectativas de los fieles. Pero esta correcta precisión doctrinal no quita nada a la necesaria, más aún, indispensable tensión hacia la perfección moral, que debe existir en todo corazón auténticamente sacerdotal.

Precisamente para favorecer esta tensión de los sacerdotes hacia la perfección espiritual, de la cual depende

sobre todo la eficacia de su ministerio, he decidido convocar un “Año sacerdotal” especial, que tendrá lugar desde el próximo 19 de junio hasta el 19 de junio de 2010. En efecto, se conmemora el 150° aniversario de la muerte del santo cura de Ars, Juan María Vianney, verdadero ejemplo de pastor al servicio del rebaño de Cristo. Corresponderá a vuestra Congregación, de acuerdo con los Ordinarios diocesanos y con los superiores de los institutos religiosos, promover y coordinar las diversas iniciativas espirituales y pastorales que parezcan útiles para hacer que se perciba cada vez más la importancia del papel y de la misión del sacerdote en la Iglesia y en la sociedad contemporánea.

La misión del presbítero, como muestra el tema de la plenaria, se lleva a cabo “en la Iglesia”. Esta dimensión eclesial, de comunión, jerárquica y doctrinal es absolutamente indispensable para toda auténtica misión y sólo ella garantiza su eficacia espiritual. Se debe reconocer siempre que los cuatro aspectos mencionados están íntimamente relacionados: la misión es “eclesial” porque nadie anuncia o se lleva a sí mismo, sino que, dentro y a través de su propia humanidad, todo sacerdote debe ser muy consciente de que lleva a Otro, a Dios mismo, al mundo. Dios es la única riqueza que, en definitiva, los hombres desean encontrar en un sacerdote.

La misión es “de comunión” porque se lleva a cabo en una unidad y

comunión que sólo de forma secundaria tiene también aspectos relevantes de visibilidad social. Éstos, por otra parte, derivan esencialmente de la intimidad divina, de la cual el sacerdote está llamado a ser experto, para poder llevar, con humildad y confianza, las almas a él confiadas al mismo encuentro con el Señor. Por último, las dimensiones “jerárquica” y “doctrinal” sugieren reafirmar la importancia de la disciplina (el término guarda relación con “discípulo”) eclesial y de la formación doctrinal, y no sólo teológica, inicial y permanente.

La conciencia de los cambios sociales radicales de las últimas décadas debe mover las mejores energías eclesiales a cuidar la formación de los candidatos al ministerio. En particular, debe estimular la constante solicitud de los pastores hacia sus primeros colaboradores, tanto cultivando relaciones humanas verdaderamente paternas, como preocupándose por su formación permanente, sobre todo en el ámbito doctrinal y espiritual.

La misión tiene sus raíces de modo especial en una buena formación, llevada a cabo en comunión con la Tradición eclesial ininterrumpida, sin rupturas ni tentaciones de discontinuidad. En este sentido, es importante fomentar en los sacerdotes, sobre todo en las generaciones jóvenes, una correcta recepción de los textos del concilio ecuménico Vaticano II, interpretados a la luz de todo el patrimonio doctrinal de la Iglesia.

También parece urgente la recuperación de la convicción que impulsa a los sacerdotes a estar presentes, identificables y reconocibles tanto por el juicio de fe como por las virtudes personales, e incluso por el vestido, en los ámbitos de la cultura y de la caridad, desde siempre en el corazón de la misión de la Iglesia.

Como Iglesia y como sacerdotes anunciamos a Jesús de Nazaret, Señor y Cristo, crucificado y resucitado, Soberano del tiempo y de la historia, con la alegre certeza de que esta verdad coincide con las expectativas más profundas del corazón humano. En el misterio de la encarnación del Verbo, es decir, en el hecho de que Dios se hizo hombre como nosotros, está tanto el contenido como el método del anuncio cristiano. La misión tiene su verdadero centro propulsor precisamente en Jesucristo.

La centralidad de Cristo trae consigo la valoración correcta del sacerdocio ministerial, sin el cual no existiría la Eucaristía ni, por tanto, la misión

y la Iglesia misma. En este sentido, es necesario vigilar para que las “nuevas estructuras” u organizaciones pastorales no estén pensadas para un tiempo en el que se debería “prescindir” del ministerio ordenado, partiendo de una interpretación errónea de la debida promoción de los laicos, porque en tal caso se pondrían los presupuestos para la ulterior disolución del sacerdocio ministerial y las presuntas “soluciones” coincidirían dramáticamente con las causas reales de los problemas actuales relacionados con el ministerio.

Estoy seguro de que en estos días el trabajo de la asamblea plenaria, bajo la protección de la *Mater Ecclesiae*, podrá profundizar estos breves puntos de reflexión que me permito someter a la atención de los señores cardenales y de los arzobispos y obispos, invocando sobre todos la copiosa abundancia de los dones celestiales, en prenda de los cuales os imparto a vosotros y a vuestros seres queridos una especial y afectuosa bendición apostólica.

MENSAJES

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
a los jóvenes del mundo con ocasión
de la XXIV Jornada Mundial de la
Juventud 2009***

*«Hemos puesto nuestra esperanza en el
Dios vivo» (1 Tm 4,10)*

Queridos amigos:

El próximo domingo de Ramos celebraremos en el ámbito diocesano la XXIV Jornada Mundial de la Juventud. Mientras nos preparamos a esta celebración anual, recuerdo con enor-

me gratitud al Señor el encuentro que tuvimos en Sydney, en julio del año pasado. Un encuentro inolvidable, durante el cual el Espíritu Santo renovó la vida de tantos jóvenes que acudieron desde todos los lugares del mundo. La alegría de la fiesta y el entusiasmo espiritual experimentados en esos días, fueron un signo elocuente de la presencia del Espíritu de Cristo. Ahora nos encaminamos hacia el encuentro internacional programado para 2011 en Madrid y que tendrá como tema las palabras del apóstol Pablo: «Arrraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe» (cf. *Col 2,7*). Teniendo en cuenta esta cita mundial de jóvenes, queremos hacer juntos un camino formativo, reflexionando en 2009 sobre la afirmación de san Pablo: «Hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo» (*1 Tm 4,10*), y en 2010 sobre la pregunta del joven rico a Jesús: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?» (*Mc 10,17*).

La juventud, tiempo de esperanza

En Sydney, nuestra atención se centró en lo que el Espíritu Santo dice hoy a los creyentes y, concretamente a vosotros, queridos jóvenes. Durante la Santa Misa final os exhorté a dejaros plasmar por Él para ser mensajeros del amor divino, capaces de construir un futuro de esperanza para toda la humanidad. Verdaderamente, la cuestión de la esperanza está en el centro de nuestra vida de seres humanos y de nuestra misión de cristianos, sobre todo en la

época contemporánea. Todos advertimos la necesidad de esperanza, pero no de cualquier esperanza, sino de una esperanza firme y creíble, como he subrayado en la Encíclica *Spe salvi*. La juventud, en particular, es tiempo de esperanzas, porque mira hacia el futuro con diversas expectativas. Cuando se es joven se alimentan ideales, sueños y proyectos; la juventud es el tiempo en el que maduran opciones decisivas para el resto de la vida. Y tal vez por esto, es la etapa de la existencia en la que afloran con fuerza las preguntas de fondo: ¿Por qué estoy en el mundo? ¿Qué sentido tiene vivir? ¿Qué será de mi vida? Y también, ¿cómo alcanzar la felicidad? ¿Por qué el sufrimiento, la enfermedad y la muerte? ¿Qué hay más allá de la muerte? Preguntas que son apremiantes cuando nos tenemos que medir con obstáculos que, a veces, parecen insuperables: dificultades en los estudios, falta de trabajo, incomprendimientos en la familia, crisis en las relaciones de amistad y en la construcción de un proyecto de pareja, enfermedades o incapacidades, carencia de recursos adecuados a causa de la actual y generalizada crisis económica y social. Nos preguntamos entonces: ¿Dónde encontrar y cómo mantener viva en el corazón la llama de la esperanza?

En búsqueda de la «gran esperanza»

La experiencia demuestra que las cualidades personales y los bienes materiales no son suficientes para asegurar esa esperanza que el ánimo humano

busca constantemente. Como he escrito en la citada Encíclica *Spe salvi*, la política, la ciencia, la técnica, la economía o cualquier otro recurso material por sí solos no son suficientes para ofrecer la *gran esperanza* a la que todos aspiramos. Esta esperanza «sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar» (n. 31). Por eso, una de las consecuencias principales del olvido de Dios es la desorientación que caracteriza nuestras sociedades, que se manifiesta en la soledad y la violencia, en la insatisfacción y en la pérdida de confianza, llegando incluso a la desesperación. Fuerte y clara es la llamada que nos llega de la Palabra de Dios: «Maldito quien confía en el hombre, y en la carne busca su fuerza, apartando su corazón del Señor. Será como un cardo en la estepa, no verá llegar el bien» (*Jr* 17,5-6).

La crisis de esperanza afecta más fácilmente a las nuevas generaciones que, en contextos socio-culturales faltos de certezas, de valores y puntos de referencia sólidos, tienen que afrontar dificultades que parecen superiores a sus fuerzas. Pienso, queridos jóvenes amigos, en tantos coetáneos vuestros heridos por la vida, condicionados por una inmadurez personal que es frecuentemente consecuencia de un vacío familiar, de opciones educativas permisivas y libertarias, y de experiencias negativas y traumáticas. Para algunos —y desgraciadamente no pocos—, la única salida posible es una huída alienante hacia

comportamientos peligrosos y violentos, hacia la dependencia de drogas y alcohol, y hacia tantas otras formas de malestar juvenil. A pesar de todo, incluso en aquéllos que se encuentran en situaciones penosas por haber seguido los consejos de «malos maestros», no se apaga el deseo del verdadero amor y de la auténtica felicidad. Pero ¿cómo anunciar la esperanza a estos jóvenes? Sabemos que el ser humano encuentra su verdadera realización sólo en Dios. Por tanto, el primer compromiso que nos atañe a todos es el de una nueva evangelización, que ayude a las nuevas generaciones a descubrir el rostro auténtico de Dios, que es Amor. A vosotros, queridos jóvenes, que buscáis una esperanza firme, os digo las mismas palabras que san Pablo dirigía a los cristianos perseguidos en la Roma de entonces: «El Dios de la esperanza os colme de todo gozo y paz en vuestra fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo» (*Rm* 15,13). Durante este año jubilar dedicado al Apóstol de las gentes, con ocasión del segundo milenio de su nacimiento, aprendamos de él a ser testigos creíbles de la esperanza cristiana.

San Pablo, testigo de la esperanza

Cuando se encontraba en medio de dificultades y pruebas de distinto tipo, Pablo escribía a su fiel discípulo Timoteo: «Hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo» (*1 Tm* 4,10). ¿Cómo había nacido en él esta esperanza? Para responder a esta pregunta hemos de par-

tir de su encuentro con Jesús resucitado en el camino de Damasco. En aquel momento, Pablo era un joven como vosotros, de unos veinte o veinticinco años, observante de la ley de Moisés y decidido a combatir con todos los medios a quienes él consideraba enemigos de Dios (cf. *Hch* 9,1). Mientras iba a Damasco para arrestar a los seguidores de Cristo, una luz misteriosa lo deslumbró y sintió que alguien lo llamaba por su nombre: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». Cayendo a tierra, preguntó: «¿Quién eres, Señor?». Y aquella voz respondió: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (cf. *Hch* 9,3-5). Después de aquel encuentro, la vida de Pablo cambió radicalmente: recibió el bautismo y se convirtió en apóstol del Evangelio. En el camino de Damasco fue transformado interiormente por el Amor divino que había encontrado en la persona de Jesucristo. Un día llegará a escribir: «Mientras vivo en esta carne, vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí» (*Ga* 2,20). De perseguidor se transformó en testigo y misionero; fundó comunidades cristianas en Asia Menor y en Grecia, recorriendo miles de kilómetros y afrontando todo tipo de vicisitudes, hasta el martirio en Roma. Todo por amor a Cristo.

La gran esperanza está en Cristo

Para Pablo, la esperanza no es sólo un ideal o un sentimiento, sino una persona viva: Jesucristo, el Hijo de Dios. Impregnado en lo más profundo por esta certeza, podrá decir a Timo-

teo: «Hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo» (*1 Tm* 4,10). El «Dios vivo» es Cristo resucitado y presente en el mundo. Él es la verdadera esperanza: Cristo que vive con nosotros y en nosotros y que nos llama a participar de su misma vida eterna. Si no estamos solos, si Él está con nosotros, es más, si Él es nuestro presente y nuestro futuro, ¿por qué temer? La esperanza del cristiano consiste por tanto en aspirar «al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 1817).

El camino hacia la gran esperanza

Jesús, del mismo modo que un día encontró al joven Pablo, quiere encontrarse con cada uno de vosotros, queridos jóvenes. Sí, antes que un deseo nuestro, este encuentro es un deseo ardiente de Cristo. Pero alguno de vosotros me podría preguntar: ¿Cómo puedo encontrarlo yo, hoy? O más bien, ¿de qué forma Él viene hacia mí? La Iglesia nos enseña que el deseo de encontrar al Señor es ya fruto de su gracia. Cuando en la oración expresamos nuestra fe, incluso en la oscuridad lo encontramos, porque Él se nos ofrece. La oración perseverante abre el corazón para acogerlo, como explica san Agustín: «Nuestro Dios y Señor [...] pretende ejercitar con la oración nuestros deseos, y así prepara la capacidad para

recibir lo que nos ha de dar» (*Carta* 130,8,17). La oración es don del Espíritu que nos hace hombres y mujeres de esperanza, y rezar mantiene el mundo abierto a Dios (cf. *Enc. Spe salvi*, 34).

Dad espacio en vuestra vida a la oración. Está bien rezar solos, pero es más hermoso y fructuoso rezar juntos, porque el Señor nos ha asegurado su presencia cuando dos o tres se reúnen en su nombre (cf. *Mt* 18,20). Hay muchas formas para familiarizarse con Él; hay experiencias, grupos y movimientos, encuentros e itinerarios para aprender a rezar y de esta forma crecer en la experiencia de fe. Participad en la liturgia en vuestras parroquias y alimentaos abundantemente de la Palabra de Dios y de la participación activa en los sacramentos. Como sabéis, culmen y centro de la existencia y de la misión de todo creyente y de cada comunidad cristiana es la Eucaristía, sacramento de salvación en el que Cristo se hace presente y ofrece como alimento espiritual su mismo Cuerpo y Sangre para la vida eterna. ¡Misterio realmente inefable! Alrededor de la Eucaristía nace y crece la Iglesia, la gran familia de los cristianos, en la que se entra con el Bautismo y en la que nos renovamos constantemente por el sacramento de la Reconciliación. Los bautizados, además, reciben mediante la Confirmación la fuerza del Espíritu Santo para vivir como auténticos amigos y testigos de Cristo, mientras que los sacramentos del Orden y del Matrimonio los hacen aptos para realizar

sus tareas apostólicas en la Iglesia y en el mundo. La Unción de los enfermos, por último, nos hace experimentar el consuelo divino en la enfermedad y en el sufrimiento.

Actuar según la esperanza cristiana

Si os alimentáis de Cristo, queridos jóvenes, y vivís inmersos en Él como el apóstol Pablo, no podréis por menos que hablar de Él, y haréis lo posible para que vuestros amigos y coetáneos lo conozcan y lo amen. Convertidos en sus fieles discípulos, estaréis preparados para contribuir a formar comunidades cristianas impregnadas de amor como aquéllas de las que habla el libro de los *Hechos de los Apóstoles*. La Iglesia cuenta con vosotros para esta misión exigente. Que no os hagan retroceder las dificultades y las pruebas que encontréis. Sed pacientes y perseverantes, venciendo la natural tendencia de los jóvenes a la prisa, a querer obtener todo y de inmediato.

Queridos amigos, como Pablo, sed testigos del Resucitado. Dadlo a conocer a quienes, jóvenes o adultos, están en busca de la «gran esperanza» que dé sentido a su existencia. Si Jesús se ha convertido en vuestra esperanza, comunicadlo con vuestro gozo y vuestro compromiso espiritual, apostólico y social. Alcanzados por Cristo, después de haber puesto en Él vuestra fe y de haberle dado vuestra confianza, difundid esta esperanza a vuestro alrededor. Tomad opciones que manifiesten vuestra fe; haced ver que habéis entendido las

insidias de la idolatría del dinero, de los bienes materiales, de la carrera y el éxito, y no os dejéis atraer por estas falsas ilusiones. No cedáis a la lógica del interés egoísta; por el contrario, cultivad el amor al prójimo y haced el esfuerzo de poner os vosotros mismos, con vuestras capacidades humanas y profesionales al servicio del bien común y de la verdad, siempre dispuestos a dar respuesta «a todo el que os pida razón de vuestra esperanza» (1 P 3,15). El auténtico cristiano nunca está triste, aun cuando tenga que afrontar pruebas de distinto tipo, porque la presencia de Jesús es el secreto de su gozo y de su paz.

María, Madre de la esperanza

San Pablo es para vosotros un modelo de este itinerario de vida apostólica. Él alimentó su vida de fe y esperanza constantes, siguiendo el ejemplo de Abraham, del cual escribió en la *Carta a los Romanos*: «Creyó, contra toda esperanza, que llegaría a ser padre de muchas naciones» (4,18). Sobre estas mismas huellas del pueblo de la esperanza –formado por los profetas y por los santos de todos los tiempos– nosotros continuamos avanzando hacia la realización del Reino, y en nuestro camino espiritual nos acompaña la Virgen María, Madre de la Esperanza. Ella, que encarnó la esperanza de Israel, que donó al mundo el Salvador y permaneció, firme en la esperanza, al pie de la cruz, es para nosotros modelo y apoyo. Sobre todo, María intercede por nosotros y nos guía en la oscuridad de nuestras dificultades

hacia el alba radiante del encuentro con el Resucitado. Quisiera concluir este mensaje, queridos jóvenes amigos, haciendo mía una bella y conocida exhortación de San Bernardo inspirada en el título de María *Stella maris*, Estrella del mar: «Cualquiera que seas el que en la impetuosa corriente de este siglo te miras, fluctuando entre borrascas y tempestades más que andando por tierra, ¡no apartes los ojos del resplandor de esta estrella, si quieres no ser oprimido de las borrascas! Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas con los escollos de las tribulaciones, mira a la estrella, llama a María... En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María... Siguiéndola, no te desviarás; rogándole, no desesperarás; pensando en ella, no te perderás. Si ella te tiene de la mano no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; no te fatigarás si es tu guía; llegarás felizmente al puerto si ella te es propicia» (*Homilias en alabanza de la Virgen Madre*, 2,17).

María, Estrella del mar, guía a los jóvenes de todo el mundo al encuentro con tu divino Hijo Jesús, y sé tú la celeste guardiana de su fidelidad al Evangelio y de su esperanza.

Al mismo tiempo que os aseguro mi recuerdo cotidiano en la oración por cada uno de vosotros, queridos jóvenes, os bendigo de corazón junto a vuestros seres queridos.

Vaticano, 22 de febrero de 2009.

VIAJES APOSTÓLICOS - CAMERÚN Y ANGOLA DEL 17 AL 23 DE MARZO DE 2009

Entrevista concedida por el Papa, Benedicto XVI, a los periodistas durante el vuelo hacia África

Martes, 17 de marzo de 2009.

Durante el vuelo de Roma a Yaundé, el martes 17 de marzo por la mañana, el Santo Padre respondió a varias preguntas de los periodistas. Ofrecemos seguidamente el texto íntegro de la conferencia de prensa.

Santidad, bienvenido entre el grupo de colegas: somos cerca de setenta los que vamos a vivir este viaje con usted. Le expresamos nuestros mejores deseos y esperamos poder acompañarle con nuestro servicio, haciendo que también muchas otras personas participen en esta aventura. Como es habitual, le estamos muy agradecidos por la conversación que ahora nos concede; la hemos preparado recogiendo en días pasados diversas preguntas de los colegas -he recibido unas treinta- y luego hemos elegido algunas que pudieran abarcar un panorama completo de este viaje y que pudieran interesar a todos. Le agradecemos mucho las respuestas que nos dé. (*Padre Federico Lombardi, director de la Sala de prensa de la Santa Sede*).

Pregunta. *Santidad, desde hace tiempo -especialmente después de su última carta a los obispos del mundo- muchos*

periódicos hablan de «soledad del Papa». Usted, ¿qué piensa al respecto? ¿Se siente realmente solo? Y, tras las recientes vicisitudes, ¿con qué sentimientos vuela ahora a África con nosotros? (Lucio Brunelli, de la televisión italiana).

Respuesta. A decir verdad, este mito de mi soledad me da ganas de reír: de ningún modo me siento solo. Cada día, en las visitas de trabajo, recibo a mis más estrechos colaboradores, desde el Secretario de Estado hasta la Congregación de Propaganda Fide, etc.; me reúno además regularmente con todos los responsables de los Dicasterios; cada día recibo a obispos en visita *ad limina*, últimamente a todos los obispos de Nigeria, uno tras otro, y luego a los obispos de Argentina... Hemos tenido dos plenarias en estos días, la de la Congregación para el Culto Divino y la de la Congregación para el Clero; tengo conversaciones amistosas; es una red de amistad. Incluso mis compañeros de ordenación han venido recientemente de Alemania para estar un día conmigo, para charlar conmigo...

Por tanto, la soledad no es un problema; realmente estoy rodeado de amigos en una colaboración espléndida con obispos, con colaboradores, con laicos, y estoy agradecido por esto. A África voy con gran alegría: yo amo a África, tengo muchos amigos africanos, ya desde los tiempos en que era

profesor y hasta hoy; amo la alegría de la fe, la fe gozosa que se encuentra en África. Como sabéis, el Señor dio al Sucesor de Pedro el mandato de «confirmar a los hermanos en la fe»: yo trato de hacerlo. Pero estoy seguro de que volveré yo mismo confirmado por los hermanos, contagiado, por decirlo así, de su fe gozosa.

P. Santidad, usted viaja a África mientras se está viviendo una crisis económica mundial que tiene sus repercusiones también en los países pobres. Por otro lado, África debe afrontar en este momento una crisis alimentaria. Quisiera preguntarle tres cosas: Esta situación ¿encontrará eco en su viaje? ¿Se dirigirá usted a la comunidad internacional para que se haga cargo de los problemas de África? ¿Se hablará también de estos problemas en la encíclica que está preparando? (John Thavis, responsable de la sección romana de la agencia de noticias católica de Estados Unidos).

R. Gracias por la pregunta. Naturalmente, yo no voy a África con un programa político-económico, porque me falta competencia en este campo. Voy con un programa religioso, de fe, de moral, pero precisamente esto es también una contribución esencial al problema de la crisis económica que vivimos en este momento. Todos sabemos que un elemento fundamental de la crisis es precisamente un déficit de ética en las estructuras económicas; se ha comprendido que la ética no es algo que está «fuera» de la economía, sino «dentro», y que la

economía no funciona si no lleva consigo el elemento ético. Por ello, hablando de Dios y hablando de los grandes valores espirituales que constituyen la vida cristiana, trataré de contribuir también a superar esta crisis, para renovar el sistema económico desde dentro, donde está el verdadero núcleo de la crisis.

Naturalmente, haré un llamamiento a la solidaridad internacional: la Iglesia es católica, es decir, universal, abierta a todas las culturas, a todos los continentes; está presente en todos los sistemas políticos, de modo que la solidaridad es un principio interno, fundamental para el catolicismo. Desde luego, quisiera hacer un llamamiento ante todo a la solidaridad católica, pero extendiéndolo también a la solidaridad de todos los que reconocen su responsabilidad en la sociedad humana de hoy.

Obviamente, también hablaré de esto en la encíclica: éste es uno de los motivos del retraso. Ya casi estábamos a punto de publicarla, cuando se desencadenó esta crisis y hemos retomado el texto para responder de modo más adecuado, en el ámbito de nuestra competencia, en el ámbito de la doctrina social de la Iglesia, pero haciendo referencia a los elementos reales de la crisis actual. De este modo, espero que la encíclica pueda ser también un elemento, una fuerza para superar la difícil situación actual.

P. El Consejo especial para África del Sínodo de los obispos ha pedido que

el fuerte crecimiento cuantitativo de la Iglesia africana se transforme también en un crecimiento cualitativo. A veces, los responsables de la Iglesia son considerados un grupo de ricos y privilegiados, y sus comportamientos no son coherentes con el anuncio del Evangelio. ¿Invitará usted a la Iglesia en África a comprometerse en un examen de conciencia y de purificación de sus estructuras? (Isabelle de Gaulmyn, de «La Croix»).

R. Tengo una visión muy positiva de la Iglesia en África: es una Iglesia muy cercana a los pobres, una Iglesia cercana a los que sufren, a las personas que necesitan ayuda; por tanto, me parece que la Iglesia es realmente una institución que aún funciona, mientras que otras instituciones ya no funcionan; con su sistema de educación, de hospitales, de ayuda, en todas estas situaciones está presente en el mundo de los pobres y de los que sufren. Naturalmente, el pecado original también está presente en la Iglesia; no existe una sociedad perfecta y, por tanto, hay pecados y deficiencias en la Iglesia en África. En este sentido, siempre hace falta un examen de conciencia, una purificación interior, y yo recordaría este sentido en la liturgia eucarística: se inicia siempre con una purificación de la conciencia y un comienzo en la presencia del Señor. Y más que una purificación de las estructuras, que siempre resulta necesaria, hace falta una purificación de los corazones, porque las estructuras son un reflejo de los corazones, y hacemos todo lo posible para dar

una nueva fuerza a la espiritualidad, a la presencia de Dios en nuestro corazón, tanto para purificar las estructuras de la Iglesia como para contribuir a la purificación de las estructuras de la sociedad.

P. Santo Padre, ¡buen viaje! Cuando usted se dirige a Europa, habla a menudo de un horizonte del que Dios parece estar desapareciendo. En África no es así, pero se da una presencia agresiva de las sectas; y también están las religiones tradicionales africanas. ¿Cuál es, por tanto, lo específico del mensaje de la Iglesia católica que usted quiere presentar en este contexto? (Christa Kramer, del Sankt Ulrich Verlag).

R. En primer lugar, todos reconocemos que en África el problema del ateísmo casi no se plantea, porque la realidad de Dios está tan presente, es tan real en el corazón de los africanos, que no creer en Dios, vivir sin Dios, no constituye una tentación. Es verdad que existe el problema de las sectas: nosotros no anunciamos, como hacen algunos, un Evangelio de prosperidad, sino un realismo cristiano; no anunciamos milagros, como hacen otros, sino la sobriedad de la vida cristiana. Estamos convencidos de que esta sobriedad, este realismo que anuncia un Dios que se ha hecho hombre -un Dios, por tanto, profundamente humano, un Dios que también sufre con nosotros, que da un sentido a nuestro sufrimiento- es un anuncio con un horizonte más amplio, que tiene más futuro.

Sabemos que estas sectas no son muy estables en su consistencia: de momento puede funcionar el anuncio de la prosperidad, de curaciones milagrosas, etc., pero después de poco tiempo se ve que la vida es difícil, que un Dios humano, un Dios que sufre con nosotros es más convincente, más verdadero, y brinda una ayuda más grande para la vida. También es importante el hecho de que nosotros tenemos la estructura de la Iglesia católica. No representamos a un pequeño grupo que, después de cierto tiempo, se aísla y se pierde, sino que entramos en la gran red universal de la catolicidad, no sólo trans-temporal, sino presente sobre todo como una gran red de amistad que nos une y nos ayuda también a superar el individualismo para llegar a la unidad en la diversidad, que es la verdadera promesa.

P. Santidad, entre los muchos males que afligen a África, destaca el de la difusión del sida. La postura de la Iglesia católica sobre el modo de luchar contra él a menudo no se considera realista ni eficaz. ¿Afrontará este tema durante el viaje? (Philippe Visseyrias de France 2).

R. Yo diría lo contrario: pienso que la realidad más eficiente, más presente en el frente de la lucha contra el sida es precisamente la Iglesia católica, con sus movimientos, con sus diversas realidades. Pienso en la Comunidad de San Egidio que hace mucho, visible e invisiblemente, en la lucha contra el sida, en los Camilos, en tantas otras cosas, en todas las religiosas que están al servicio

de los enfermos... Diría que no se puede superar este problema del sida sólo con dinero, aunque éste sea necesario; pero si no hay alma, si los africanos no ayudan (*comprometiendo la responsabilidad personal*), no se puede solucionar este flagelo distribuyendo preservativos; al contrario, aumentan el problema. La solución sólo puede ser doble: la primera, una humanización de la sexualidad, es decir, una renovación espiritual y humana que conlleve una nueva forma de comportarse el uno con el otro; y la segunda, una verdadera amistad también y sobre todo con las personas que sufren; una disponibilidad, aun a costa de sacrificios, con renunciaciones personales, a estar con los que sufren. Éstos son los factores que ayudan y que traen progresos visibles.

Por tanto, yo diría que nuestras dos fuerzas son éstas: renovar al hombre interiormente, darle fuerza espiritual y humana para un comportamiento correcto con respecto a su propio cuerpo y al de los demás, y esa capacidad de sufrir con los que sufren, de permanecer presente en las situaciones de prueba. Me parece que ésta es la respuesta correcta, y la Iglesia hace esto; así da una contribución muy grande e importante. Damos las gracias a todos los que lo hacen.

P. Santidad, ¿qué signos de esperanza ve la Iglesia en el continente africano? ¿Cree que podrá dirigir a África un mensaje de esperanza? (María Burgos, corresponsal de la televisión católica chilena).

R. Nuestra fe es esperanza por definición: lo dice la Sagrada Escritura. Por eso, quien lleva la fe está convencido de que también lleva la esperanza. Me parece que, a pesar de todos los problemas que conocemos bien, hay grandes signos de esperanza. Nuevos gobiernos, nueva disponibilidad a colaborar, lucha contra la corrupción -un gran mal que es preciso superar- y también la apertura de las religiones tradicionales a la fe cristiana, porque en las religiones tradicionales todos conocen a Dios, al Dios único, aunque les parece un poco lejano. Esperan que se acerque. Y en el anuncio del Dios que se hizo hombre reconocen que Dios realmente se nos ha acercado.

Además, la Iglesia católica tiene mucho en común con ellos: el culto de los antepasados encuentra su respuesta en la comunión de los santos, en el purgatorio. Los santos no son sólo los canonizados, son todos nuestros difuntos. De este modo, en el Cuerpo de Cristo, se realiza precisamente también lo que intuía el culto a los antepasados. Y así sucesivamente. De esta manera, se produce un encuentro profundo que realmente da esperanza. Y también crece el diálogo interreligioso: he hablado ahora con más de la mitad de los obispos africanos, y las relaciones con los musulmanes, a pesar de los problemas que pueda haber, son muy prometedoras, según me han dicho; el diálogo crece en el respeto mutuo y la colaboración en las responsabilidades éticas comunes.

Por lo demás, crece también ese sentido de catolicidad que ayuda a superar el tribalismo, uno de los grandes problemas, y de allí brota la alegría de ser cristianos. Un problema de las religiones tradicionales es el miedo a los espíritus. Uno de los obispos africanos me ha dicho: uno se convierte realmente al cristianismo, se ha hecho plenamente cristiano, cuando sabe que Cristo es verdaderamente más fuerte. Ya no hay temor. También éste es un fenómeno cada vez más frecuente. Así, yo diría que, a pesar de muchos elementos y problemas, que no pueden faltar, crecen las fuerzas espirituales, económicas y humanas que nos dan esperanza, y yo quisiera precisamente poner de relieve los elementos de esperanza.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en la ceremonia de bienvenida a
Camerún***

*Aeropuerto internacional Nsimalen de
Yaundé*

Martes, 17 de marzo de 2009.

Señor Presidente, distinguidas Autoridades Civiles, señor Cardenal Tumi, queridos hermanos en el Episcopado, hermanos y hermanas:

Gracias por la bienvenida que me han dispensado. Gracias, Señor Presidente, por sus amables palabras. Aprecio mucho la invitación a visitar Camerún, y

por ello le doy las gracias, así como al Presidente de la Conferencia Episcopal Nacional, Arzobispo Tonyé Bakot. Saludo a todos los que me habéis honrado con vuestra presencia en esta ocasión, y deseo que sepáis la alegría que da el estar aquí, en tierra africana, por primera vez desde mi elección a la Sede de Pedro. Saludo con afecto a mis hermanos Obispos así como al clero y a los fieles laicos aquí presentes. Mi saludo deferente se dirige también a los representantes del Gobierno, a las autoridades civiles y al cuerpo diplomático. Ya que este país, como muchos otros en África, se está acercando al cincuenta aniversario de su independencia, deseo unir mi voz al coro de felicitaciones y buenos augurios que vuestros amigos de todo el mundo os harán llegar en esta feliz conmemoración. Aprecio mucho también la presencia de miembros de otras confesiones cristianas así como fieles de otras religiones. Al uniros a nosotros ofrecéis un signo claro de la buena voluntad y armonía que existe en este País entre las personas de tradiciones religiosas diferentes.

Vengo a estar con vosotros como pastor. Vengo para confirmar a mis hermanos y hermanas en la fe. Éste fue el papel que Cristo confió a Pedro en la Última Cena, y éste es también el papel de los sucesores de Pedro. Cuando Pedro predicó a la multitud en Jerusalén el día de Pentecostés, había allí peregrinos venidos de África. Después, el testimonio de muchos grandes santos de este continente

durante los primeros siglos del cristianismo –como san Cipriano, santa Mónica, san Agustín, san Atanasio, por nombrar sólo algunos– pone a África en un puesto destacado en los anales de la historia de la Iglesia. Muchedumbres de misioneros y mártires han dado testimonio de Cristo por toda África, también hasta nuestros días, y hoy la Iglesia aquí es bendecida con la presencia de ciento cincuenta millones de fieles aproximadamente. Por tanto, es muy apropiada la decisión del Sucesor de Pedro de venir a África para celebrar con vosotros la fe vivificante en Cristo, que sostiene y alimenta a tantos hijos e hijas de este gran Continente.

En 1995, aquí en Yaundé, mi venerado predecesor, el Papa Juan Pablo II, promulgó la Exhortación Apostólica Post-Sinodal *Ecclesia in Africa*, fruto de la Primera Asamblea Especial para África del Sínodo de Obispos, que tuvo lugar en Roma un año antes. No hace mucho tiempo, y también en esta misma ciudad, se celebró con gran solemnidad el décimo aniversario de aquel momento histórico. He venido aquí para presentar el *Instrumentum Laboris* de la Segunda Asamblea Especial, que tendrá lugar en Roma el próximo mes de octubre. Los Padres del Sínodo reflexionarán juntos sobre el tema: «La Iglesia en África al servicio de la reconciliación, la justicia y la paz: “Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo” (Mt 5,13-14)». Después de casi diez años

del nuevo milenio, este momento de gracia es un llamamiento a todos los Obispos, sacerdotes, religiosos y fieles laicos del Continente, a entregarse de nuevo a la misión de la Iglesia para llevar la esperanza a los corazones del pueblo de África, y con ello también a los pueblos de todo el mundo.

También en medio del mayor sufrimiento, el mensaje cristiano lleva siempre consigo esperanza. La vida de santa Josefina Bakhita ofrece un espléndido ejemplo de la transformación que el encuentro con el Dios vivo puede producir en una situación de gran penalidad e injusticia. Ante el dolor o la violencia, ante la pobreza o el hambre, la corrupción o el abuso de poder, un cristiano nunca puede permanecer callado. El mensaje de salvación del Evangelio debe ser proclamado con brío y claridad, de modo que la luz de Cristo pueda brillar en la oscuridad de la vida de las personas. Aquí en África, como en tantas partes del mundo, un sinnúmero de hombres y mujeres anhelan oír una palabra de esperanza y consuelo. Los conflictos locales dejan a millares sin hogar e indigentes, huérfanos y viudas. En un Continente que en el pasado ha visto tantos de los suyos raptados cruelmente y llevados a ultramar a trabajar como esclavos, el tráfico de seres humanos, especialmente de mujeres y niños indefensos, se ha convertido en una forma moderna de esclavitud. En tiempo de escasez global de alimentos, de desbarajuste financiero, de modelos

alterados del cambio climático, África sufre en mayor proporción: cada vez más habitantes termina siendo víctima del hambre, de la pobreza y la enfermedad. Ellos imploran a gran voz reconciliación, justicia y paz, y esto es lo que la Iglesia les ofrece. No nuevas formas de opresión económica o política, sino la libertad gloriosa de los hijos de Dios (cf. *Rm* 8, 21). No imposición de modelos culturales que ignoren el derecho a la vida de los niños no nacidos, sino el agua pura y sanadora del Evangelio de la vida. No amargas rivalidades interétnicas o interreligiosas, sino la rectitud, la paz y la alegría del Reino de Dios, tan propiamente descrito por el Papa Pablo VI como la «civilización de amor» (cf. *Regina Caeli*, domingo de Pentecostés, 1970).

Aquí en Camerún, donde más de un cuarto de la población es católica, la Iglesia está bien preparada para llevar adelante su misión de salvación y reconciliación. En el Centro Cardenal Léger, podré observar personalmente la solicitud pastoral de esta Iglesia por los enfermos y los que sufren; y es particularmente encomiable que se cure gratuitamente a los enfermos del sida. Otro elemento clave del ministerio de la Iglesia es el compromiso educativo, y ahora vemos cómo los esfuerzos de generaciones de maestros misioneros han dado su fruto en la obra de la Universidad Católica para África Central, un signo de gran esperanza para el futuro de la región.

En efecto, Camerún es una tierra de esperanza para muchos en África Central. Miles de refugiados de los países de la región, desgarrados por la guerra, han encontrado acogida aquí. Es una tierra de vida, con un Gobierno que habla claramente en defensa de los derechos de los no nacidos. Es una tierra de paz, resolviendo mediante el diálogo el contencioso sobre la península de Bakassi, Camerún y Nigeria han mostrado al mundo que la diplomacia paciente puede efectivamente dar fruto. Es una tierra de juventud, bendecida con una población joven llena de vitalidad e impaciente de construir un mundo más justo y pacífico. Ha sido descrita justamente como un «África en miniatura», la patria de más de doscientos grupos étnicos diferentes, que conviven en armonía unos con otros. Todo esto son motivos para alabar y dar gracias a Dios.

Al estar hoy con vosotros, pido para que la Iglesia, aquí y en toda África, siga creciendo en santidad, en su servicio a la reconciliación, la justicia y la paz. Rezo para que los trabajos de la Segunda Asamblea Especial del Sínodo de Obispos alienten sobre el fuego de los dones que el Espíritu ha derramado sobre la Iglesia en África. Ruego por cada uno de vosotros, por vuestras familias y seres queridos, y os pido que os unáis a mí en la oración por todos los habitantes de este inmenso Continente. Que Dios bendiga a Camerún. Que Dios bendiga a África.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, en el encuentro con los obispos de Camerún

*Iglesia Cristo Rey de Tsinga – Yaundé.
Miércoles, 18 de marzo de 2009*

Señor cardenal, queridos hermanos en el Episcopado:

Es una gran alegría para mí este encuentro con los Pastores de la Iglesia católica en Camerún. Agradezco al Presidente de vuestra Conferencia Episcopal, Mons. Simon-Victor Tonyé Bakot, Arzobispo de Yaundé, las amables palabras que me ha dirigido en vuestro nombre. Es la tercera vez que vuestro País acoge al Sucesor de Pedro y, como sabéis, el motivo de mi viaje es, ante todo, tener una ocasión para encontrarme con los pueblos del querido Continente africano, y también para entregar a los Presidentes de las Conferencias Episcopales el *Instrumentum laboris* de la Segunda Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para África. Esta mañana, por medio de vosotros, quisiera saludar afectuosamente a todos los fieles encomendados a vuestros cuidados pastorales. Que la gracia y la paz del Señor Jesús sea con todos vosotros, con todas las familias de vuestro grande y hermoso País, con los sacerdotes, religiosos y religiosas, catequistas y cuantos están comprometidos con vosotros en el anuncio del Evangelio.

En este año dedicado a San Pablo, es particularmente oportuno recordar

la necesidad urgente de anunciar el Evangelio a todos. Este mandato, que la Iglesia ha recibido de Cristo, sigue siendo una prioridad, porque todavía hay muchas personas aguardando el mensaje de esperanza y de amor que les permita «entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios» (*Rm* 8,21). Con vosotros, pues, queridos Hermanos, también vuestras comunidades están llamadas a dar testimonio del Evangelio. El Concilio Vaticano II recordó con énfasis que «la actividad misionera dimana íntimamente de la naturaleza misma de la Iglesia» (*Ad gentes*, n. 6). Para guiar y alentar al Pueblo de Dios en esta tarea, los Pastores, ante todo, deben ser ellos mismos predicadores de la fe para llevar a Cristo nuevos discípulos. Anunciar el Evangelio es propio del Obispo, quien, como San Pablo, puede decir también: «El hecho de predicar no es para mí motivo de soberbia. No tengo más remedio, y ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (*I Co* 9,16). Los fieles necesitan la palabra de su Obispo, que es el catequista por excelencia, para confirmar y purificar su fe.

Para cumplir esta misión de evangelización y responder a los numerosos desafíos de la vida del mundo de hoy, es indispensable, más allá de las reuniones institucionales, en sí mismas necesarias, una profunda comunión que una a los Pastores de la Iglesia entre sí. La calidad de los trabajos de vuestra Conferencia Episcopal, que reflejan la vida de la Iglesia y la socie-

dad en Camerún, os permiten buscar juntos respuestas a los múltiples retos que la Iglesia debe afrontar, ofreciendo directrices comunes mediante vuestras cartas pastorales para ayudar a los fieles en su vida eclesial y social. La honda conciencia de la dimensión colegial de vuestro ministerio os debe impulsar a realizar entre vosotros diversos gestos de hermandad sacramental, que van desde la acogida y estima mutua hasta las diferentes iniciativas de caridad y colaboración concreta (cf. *Pastores gregis*, n. 59). Una cooperación efectiva entre las diócesis, particularmente para una mejor distribución de los sacerdotes en vuestro País, favorecerá las relaciones de solidaridad fraterna con las Iglesias diocesanas más necesitadas, de modo que el anuncio del Evangelio no se resienta por la falta de ministros. Esta solidaridad apostólica ha de extenderse con generosidad a las necesidades de otras Iglesias particulares, especialmente de las de vuestro Continente. Así se mostrará claramente que vuestras comunidades cristianas, a ejemplo de las que os han traído el mensaje del Evangelio, son también una Iglesia misionera.

Queridos Hermanos en el Episcopado, el Obispo y sus sacerdotes están llamados a mantener estrechas relaciones de comunión, fundadas en su especial participación en el único sacerdocio de Cristo, aunque en grado diferente. También es de capital importancia una relación de calidad con los sacerdotes, que son vuestros principales e

irrenunciables colaboradores. Al ver en su Obispo un padre y un hermano que los ama, los escucha y conforta en las pruebas, que presta una atención especial a su bienestar humano y material, se verán alentados a hacerse cargo plenamente de su ministerio de manera digna y eficaz. El ejemplo y la palabra de su Obispo es para ellos una valiosa ayuda para dar un espacio central en su ministerio a su vida espiritual y sacramental, animándoles a vivir y descubrir cada vez más profundamente que lo específico del pastor es ser, ante todo, una persona de oración, y que la vida espiritual y sacramental es una riqueza extraordinaria, que se nos da para nosotros mismos y para el bien del pueblo que se nos ha encomendado. Os invito, en fin, a poner una atención especial a la fidelidad de los sacerdotes y personas consagradas a los compromisos contraídos con su ordenación o entrada en la vida religiosa, para que perseveren en su vocación, con vistas a una mayor santidad de la Iglesia y la gloria de Dios. La autenticidad de su testimonio exige que no haya diferencia alguna entre lo que enseñan y lo que viven cotidianamente.

En vuestras diócesis, muchos jóvenes se presentan como candidatos al sacerdocio. Hemos de dar gracias al Señor por ello. Lo esencial es que se haga un discernimiento serio. Para eso, os animo, no obstante las dificultades organizativas en el plano pastoral que pudieran surgir, a dar prioridad a la selección y preparación de formadores

y directores espirituales. Éstos han de tener un conocimiento personal y profundo de los candidatos al sacerdocio y ser capaces de asegurar una formación humana, espiritual y pastoral sólida, que haga de ellos hombres maduros y equilibrados, bien preparados para la vida sacerdotal. Vuestro constante apoyo fraterno ayudará a los formadores a desempeñar su tarea con amor por la Iglesia y su misión.

Desde los orígenes de la fe cristiana en Camerún, los religiosos y religiosas han dado una contribución fundamental a la vida de la Iglesia. Doy gracias a Dios con vosotros y me alegro del desarrollo de la vida consagrada entre los hijos e hijas de vuestro País, que ha permitido también manifestar los carismas propios de África en las comunidades nacidas en vuestro País. En efecto, la profesión de los consejos evangélicos es como «un signo que puede y debe atraer eficazmente a todos los miembros de la Iglesia a realizar con decisión las tareas de su vocación cristiana» (*Lumen gentium*, 44).

En vuestro ministerio de anunciar el Evangelio os ayudan también otros agentes de pastoral, especialmente los catequistas. En la evangelización de vuestro País han tenido y desempeñan todavía un papel determinante. Les agradezco su generosidad y fidelidad en el servicio a la Iglesia. Por medio de ellos se lleva a cabo una auténtica inculturación de la fe. Por tanto, su formación humana, espiritual y doctrinal

es esencial. El apoyo material, moral y espiritual que los Pastores les ofrecen para cumplir su misión en buenas condiciones de vida y de trabajo, es también para ellos una expresión del reconocimiento por parte de la Iglesia de la importancia de su compromiso en el anuncio y el desarrollo de la fe.

Entre los muchos retos que encontraréis en vuestra responsabilidad como Pastores, os preocupa particularmente la situación de la familia. Las dificultades, debidas de manera especial al impacto de la modernidad y la secularización en la sociedad tradicional, os impulsan a preservar con determinación los valores fundamentales de la familia africana, haciendo de su evangelización de manera profunda una de las principales prioridades. Al promover la pastoral familiar, os comprometéis a favorecer una mejor comprensión de la naturaleza, la dignidad y el papel del matrimonio, que supone un amor indisoluble y estable.

La liturgia ocupa un lugar importante en la expresión de la fe de vuestras comunidades. Por lo general, estas celebraciones eclesiales son festivas y alegres, manifestando el fervor de los fieles, felices de estar juntos, como Iglesia, para alabar al Señor. Es esencial, por tanto, que la alegría demostrada no sea un obstáculo, sino un medio, para entrar en diálogo y comunión con Dios a través de una verdadera interiorización de las estructuras y las palabras que componen la liturgia, con el fin de

que ésta refleje realmente lo que sucede en el corazón de los creyentes, en una unión real con todos los participantes. Un signo elocuente de ello es la dignidad de las celebraciones, sobre todo cuando tienen lugar con gran afluencia de participantes.

El desarrollo de las sectas y movimientos esotéricos, así como la creciente influencia de una religiosidad supersticiosa y del relativismo, son una invitación apremiante a dar un renovado impulso a la formación de jóvenes y adultos, especialmente en el ámbito universitario e intelectual. A este respecto, quisiera felicitar y alentar los esfuerzos del Instituto Católico de Yaundé, y de todas las instituciones eclesísticas cuya misión es hacer accesible y comprensible a todos la Palabra de Dios y las enseñanzas de la Iglesia. Me alegra saber que son cada vez más en vuestro País los fieles comprometidos en la vida de la Iglesia y la sociedad. Las numerosas asociaciones de laicos que florecen en vuestras diócesis, son signo de la acción del Espíritu en el corazón de los fieles y contribuyen a un renovado anuncio del Evangelio. Me complace destacar y alentar la participación activa de las asociaciones femeninas en diferentes sectores de la misión de la Iglesia, demostrando así una toma de conciencia real de la dignidad de la mujer y de su vocación específica en la comunidad eclesial y en la sociedad. Doy gracias a Dios por la voluntad que muestran los laicos en vuestras comunidades de contribuir al futuro de la Iglesia y al anun-

cio del Evangelio. Por los sacramentos de la iniciación cristiana y los dones del Espíritu Santo, tienen la capacidad y el compromiso de anunciar el Evangelio, sirviendo a la persona y a la sociedad. Os animo encarecidamente a perseverar en vuestros esfuerzos por ofrecerles una sólida formación cristiana que les permita «desarrollar plenamente su papel de animación cristiana del orden temporal (político, cultural, económico, social), que es compromiso característico de la vocación secular del laicado» (*Ecclesia in Africa*, n. 75).

En el contexto de la globalización que bien conocemos, la Iglesia tiene un interés particular por los más necesitados. La misión del Obispo le lleva a ser el principal defensor de los derechos de los pobres, a favorecer y promover el ejercicio de la caridad, que es una manifestación del amor del Señor por los pequeños. De esta manera, se ayuda a los fieles a comprender concretamente que la Iglesia es una verdadera familia de Dios, reunida en amor fraterno, lo cual excluye todo tipo de etnocentrismo y particularismo excesivo, y contribuye a la reconciliación y la colaboración entre los grupos étnicos para el bien de todos. Por otra parte, la Iglesia, mediante su doctrina social, quiere despertar la esperanza en el corazón de los excluidos. Y es también un deber de los cristianos, especialmente de los laicos que tienen responsabilidades sociales, económicas o políticas, dejarse guiar por la doctrina social de la Iglesia, con el fin de contribuir a la construcción de

un mundo más justo, en el que todos puedan vivir dignamente.

Señor Cardenal, queridos Hermanos en el Episcopado, al término de nuestro encuentro, quisiera manifestar una vez más mi alegría por estar en vuestro País y encontrar al pueblo camerunés. Os agradezco vuestra calurosa bienvenida, signo de la generosa hospitalidad africana. Que la Virgen María, Nuestra Señora de África, vele por todas vuestras comunidades diocesanas. A Ella confío a todo el pueblo de Camerún, y os imparto de corazón una afectuosa Bendición Apostólica, que hago extensiva a los sacerdotes, religiosos y religiosas, catequistas y a todos los fieles de vuestras diócesis.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, en la celebración de las Vísperas

Basilica María Reina de los Apóstoles, barrio de Mvolyé – Yaundé. Miércoles, 18 de marzo de 2009

Queridos Hermanos Cardenales y Obispos, queridos sacerdotes y diáconos, queridos hermanos y hermanas consagrados, queridos amigos miembros de otras Confesiones cristianas, queridos hermanos y hermanas:

Tenemos la alegría de reunirnos para dar gracias a Dios en esta basílica dedicada a María Reina de los Apóstoles, de Mvolyé, construida en el lugar

donde fue edificada la primera iglesia levantada por los misioneros Espiritanos venidos para traer la Buena Nueva a Camerún. Así como el ardor apostólico de aquellos hombres abrazaba en su corazón a todo el País, este lugar abarca simbólicamente cada rincón de vuestra tierra. Por eso, esta tarde dirigimos nuestra alabanza al Padre de las luces, queridos hermanos y hermanas, en un ambiente de gran cercanía espiritual con todas las comunidades cristianas en las que ejercéis vuestro servicio.

En presencia de los representantes de las otras Confesiones cristianas, a los que dirijo un saludo respetuoso y fraterno, os propongo contemplar los rasgos característicos de San José a través de las palabras de la Sagrada Escritura que nos ofrece esta liturgia vespertina.

Jesús dijo a la multitud y a sus discípulos: «Uno solo es vuestro Padre» (Mt 23,9). En efecto, no hay más paternidad que la de Dios Padre, el único Creador «de todo lo visible y lo invisible». Pero al hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, se le ha hecho partícipe de la única paternidad de Dios (cf. Ef 3,15). San José muestra esto de manera sorprendente, él que es padre sin ejercer una paternidad carnal. No es el padre biológico de Jesús, del cual sólo Dios es el Padre, y sin embargo, desempeña una plena y completa paternidad. Ser padre es, ante todo, ser servidor de la vida y del crecimiento. En este sentido, San José ha demostrado una gran dedicación. Por Cristo, ha sufrido la per-

secución, el exilio y la pobreza que de ello se deriva. Tuvo que establecerse en un lugar distinto de su aldea. Su única recompensa fue la de estar con Cristo. Esta disponibilidad explica las palabras de San Pablo: «Servid a Cristo Señor» (Col 3,24).

No se trata de ser un servidor mediocre, sino un siervo «fiel y juicioso». La unión de estos dos adjetivos no es casual: sugiere que tanto la inteligencia sin lealtad como la fidelidad sin sabiduría son cualidades insuficientes. La una sin la otra no permiten asumir plenamente la responsabilidad que Dios nos confía.

Queridos hermanos sacerdotes, debéis vivir en vuestro ministerio cotidiano esta paternidad. En efecto, la Constitución Conciliar *Lumen Gentium* subraya: los sacerdotes «han de preocuparse de los fieles que engendraron espiritualmente con el bautismo y la doctrina» (n. 28). Entonces, ¿cómo no volver sin cesar a la raíz de nuestro sacerdocio, el Señor Jesucristo? La relación personal con Él es constitutiva de lo que queremos vivir, la relación con Él, que nos llama sus amigos, pues todo lo que ha aprendido de su Padre, nos lo ha dado a conocer (cf. Jn 15,15). Viviendo esta profunda amistad con Cristo, encontraréis la verdadera libertad y la alegría de vuestro corazón. El sacerdocio ministerial conlleva una honda relación con Cristo que se nos da en la Eucaristía. Que la celebración de la Eucaristía sea verdaderamente

el centro de vuestra vida sacerdotal, y así será también el centro de vuestra misión eclesial. En efecto, Cristo nos llama a participar en su misión durante toda nuestra vida, a ser sus testigos, para que se anuncie a todos su Palabra. Al celebrar este sacramento en nombre y en la persona del Señor, no es la persona del sacerdote la que ha de ponerse en primer plano: él es un servidor, un humilde instrumento que señala a Cristo, porque Cristo mismo se ofrece en sacrificio para la salvación del mundo. «*El que gobierne, pórtese como el que sirve*» (Lc 22,26), dijo Jesús. Y Orígenes ha escrito: «José entiende que Jesús era superior a él mientras le era sumiso, y a sabiendas de la superioridad de su menor, José le mandaba con temor y mesura. Que todos reflexionen: a menudo, una persona de menor valía es colocada por encima de gente mejor que él, y a veces ocurre que el inferior vale más que aquél que parece mandar sobre él. Cuando alguien que ha sido elevado en dignidad comprenda esto, ya no se hinchará de orgullo por su rango más alto, sino que sabrá que su inferior puede ser mejor que él, al igual que Jesús estaba sujeto a José» (*Homilía sobre San Lucas*, XX, 5, SC p. 287).

Queridos hermanos en el sacerdocio, vuestro ministerio pastoral exige muchas renunciaciones, pero también es una fuente de alegría. En una relación de confianza con vuestros obispos, fraternamente unidos a todo el presbiterio, y con el apoyo del Pueblo de Dios que se os ha confiado, sabréis responder

con fidelidad a la llamada que el Señor os hizo un día, como llamó a José para que cuidara de María y del Niño Jesús. Queridos sacerdotes, que seáis fieles a las promesas que habéis hecho a Dios ante vuestro Obispo y ante la asamblea. El Sucesor de Pedro os agradece vuestro generoso compromiso al servicio de la Iglesia y os alienta a no dejaros turbar por las dificultades del camino. A los jóvenes que se preparan para unirse a vosotros, así a como los que aún tienen inquietudes, quisiera reiterarles esta tarde la alegría que comporta el entregarse totalmente al servicio de Dios y de la Iglesia. Tened la valentía de ofrecer un «sí» generoso a Cristo.

También a vosotros, hermanos y hermanas comprometidos en la vida consagrada o en los movimientos eclesiales, os invito a dirigir la mirada a San José. Cuando María recibió la visita del Ángel en la Anunciación, ella ya estaba prometida con José. Puesto que se dirige personalmente a María, el Señor asocia ya íntimamente a José al misterio de la Encarnación. Él aceptó unirse a esta historia que Dios había comenzado a escribir en el seno de su esposa. Por tanto, tomó consigo a María. Acogió el misterio que había en ella y el misterio que era ella misma. La amó con ese gran respeto que es el sello del amor auténtico. San José nos enseña que se puede amar sin poseer. Al contemplarle, cualquier hombre o mujer, con la gracia de Dios, puede ser llevado a la superación de sus dificulta-

des afectivas, a condición de que entre en el proyecto que Dios ha comenzado a realizar ya en los que están cerca de Él, como José entró en la obra de la redención a través de la figura de María y gracias a lo que Dios ya había hecho en ella. Que vosotros, queridos hermanas y hermanos comprometidos en los movimientos eclesiales estéis atentos a los que os circundan y mostréis el rostro amoroso de Dios a los más humildes, especialmente mediante la práctica de las obras de misericordia, la educación humana y cristiana de la juventud, el servicio de promoción de la mujer y de tantos otros modos.

También es muy significativa e indispensable para la vida de la Iglesia la contribución espiritual de las personas consagradas. Esta llamada a seguir a Cristo es un don para todo el Pueblo de Dios. Con la adhesión a vuestra vocación, imitando a Cristo casto, pobre y obediente, totalmente consagrado a la gloria de su Padre y al amor de sus hermanas y hermanos, tenéis como misión dar testimonio ante nuestro mundo, tan necesitado de ello, de la primacía de Dios y de los bienes futuros (cf. *Vita consecrata*, n. 85). Con vuestra fidelidad incondicional a vuestros compromisos, sois en la Iglesia un germen de vida que crece al servicio del Reino de Dios. En todo momento, pero de modo particular cuando la fidelidad es sometida a prueba, San José os recuerda el sentido y el valor de vuestros compromisos. La vida consagrada es una imitación radical de Cristo. Por tanto,

es necesario que vuestro estilo de vida manifieste con toda claridad lo que os hace vivir y que vuestra actividad no oculte vuestra identidad profunda. No tengáis miedo de vivir plenamente la consagración de vosotros mismos que habéis hecho a Dios, y de testimoniarlo con autenticidad en vuestro entorno. Un ejemplo que impulsa de manera particular a buscar esta santidad de vida es el del Padre Simon Mpeke, llamado Baba Simon. Sabéis cómo «el misionero descalzo» empleó todas las fuerzas de su ser en una humildad desinteresada, con la preocupación de salvar las almas, sin escatimar los desvelos y los esfuerzos del servicio material a sus hermanos.

Queridos hermanos y hermanas, la meditación sobre el itinerario humano y espiritual de San José nos invita a apreciar la magnitud de la riqueza de su vocación y del modelo que él representa para todos los que han querido consagrar su vida a Cristo, tanto en el sacerdocio como en la vida consagrada o en diversas formas de compromiso en el laicado. En efecto, José ha vivido a la luz del misterio de la Encarnación. No sólo con una cercanía física, sino también con la atención del corazón. José nos desvela el secreto de una humanidad que vive en presencia del misterio, abierta a él mediante los detalles más concretos de la existencia. En él no hay separación entre fe y acción. Su fe orienta de manera decisiva su acción. Paradójicamente, es actuando, asumiendo por tanto las propias respon-

sabilidades, como mejor se aparta él, para dejar a Dios la libertad de llevar a cabo su obra, sin interponer obstáculos. José es un «hombre justo» (*Mt* 1,19), porque su vida está «ajustada» a la Palabra de Dios.

La vida de San José, transcurrida en la obediencia a la Palabra, es un signo elocuente para todos los discípulos de Jesús que aspiran a la unidad de la Iglesia. Su ejemplo nos impulsa a entender que es abandonándose totalmente a la voluntad de Dios como el hombre se convierte en cumplidor eficaz del designio de Dios, que quiere reunir a los hombres en una sola familia, una sola asamblea, una sola *ecclesia*. Queridos amigos miembros de otras Confesiones cristianas, esta búsqueda de la unidad de los discípulos de Cristo es un gran reto para nosotros. Nos lleva ante todo a convertirnos a la persona de Cristo, a dejarnos atraer por Él. En Él es donde estamos llamados a reconocernos como hermanos, hijos de un mismo Padre. En este año dedicado al Apóstol Pablo, el gran predicador de Jesucristo, el Apóstol de las Naciones, dirijámonos juntos a él para escuchar y aprender «la fe y la verdad», en las que están enraizadas las razones de la unidad entre los discípulos de Cristo.

Para terminar, volvamos la mirada a la esposa de San José, la Virgen María, «*Reina de los Apóstoles*», advocación bajo la cual es venerada como patrona de Camerún. A ella confío la consagración de todos vosotros, vuestro deseo de responder más fielmente

a la llamada que habéis recibido y a la misión que se os ha confiado. Por último, invoco su intercesión por vuestro hermoso País. Amén.

***Saludo del Papa, Benedicto XVI,
en el encuentro con los
representantes de la Comunidad
Musulmana de Camerún***

*Nunciatura Apostólica de Yaundé.
Jueves, 19 de marzo de 2009*

Queridos amigos:

Agradezco la oportunidad que se me brinda de tener este encuentro con los representantes de la comunidad musulmana de Camerún, y quiero expresar igualmente mi cordial agradecimiento al Señor Bello Amadou por las amables palabras de saludo que me ha dirigido en vuestro nombre. Nuestro encuentro es un signo elocuente del deseo, que compartimos con todas las personas de buena voluntad –en Camerún, en África y en todo el mundo–, de buscar ocasiones para intercambiar ideas sobre la contribución esencial que la religión a la comprensión de la cultura y del mundo, y a la coexistencia pacífica de todos los miembros de la familia humana. En Camerún, iniciativas como la *Asociación Camerunesa para el Diálogo Interreligioso*, muestran cómo dicho diálogo incrementa el entendimiento mutuo y ayuda a la formación de un orden político estable y justo.

Camerún es patria de miles de cristianos y musulmanes, que a menudo viven, trabajan y practican su fe en el mismo ambiente. Los fieles de una y otra religión creen en un Dios único y misericordioso, que en el último día juzgará a la humanidad (cf. *Lumen gentium*, 16). Unos y otros dan testimonio de los valores fundamentales de la familia, de la responsabilidad social, de la obediencia a la ley de Dios y del amor a los enfermos y a los que sufren. Fundando sus vidas en estas virtudes, y enseñándoselas a los jóvenes, los cristianos y los musulmanes no sólo muestran que se puede fomentar el desarrollo integral de la persona humana, sino también que es posible establecer vínculos de solidaridad con el prójimo, promoviendo el bien común.

Amigos, creo que una tarea particularmente urgente de la religión en el momento actual es desvelar el gran potencial que tiene la razón humana, la cual es en sí misma un don de Dios, y que es elevada por la revelación y por la fe. Creer en Dios, en vez de limitar nuestra capacidad de conocernos a nosotros mismos y al mundo, la amplía. En vez de enemistarnos con el mundo, nos compromete con él. Estamos llamados a ayudar a los demás a que reconozcan las huellas discretas y la presencia misteriosa de Dios en el mundo, que ha sido maravillosamente creado por Él y continua sosteniéndolo con su amor inefable, que todo lo abarca. Aunque su gloria infinita nunca puede ser percibida directamente en esta vida

por nuestra mente finita, podemos descubrir, sin embargo, sus reflejos en la hermosura que nos rodea. Cuando los hombres y las mujeres dejan que el orden admirable del mundo y el esplendor de la dignidad humana iluminen su mente, descubren que aquello que es «razonable» va más allá de lo que las matemáticas pueden calcular, lo que la lógica puede deducir, o lo que la experimentación científica puede demostrar; lo «razonable» incluye también la bondad y la intrínseca atracción de una vida honesta y de acuerdo con la ética, que se nos manifiesta a través del lenguaje mismo de la creación.

Esta visión nos mueve a buscar todo lo que es recto y justo, a salir de lo que es el reducido ámbito de nuestro interés egoísta y a actuar buscando el bien de los demás. De este modo, una religión genuina alarga el horizonte de la comprensión humana y está en la base de toda verdadera cultura. Ésta, basada no sólo en principios de fe, sino también en la recta razón, rechaza toda forma de violencia o totalitarismo. En realidad, religión y razón se refuerzan mutuamente, porque la religión se purifica y estructura por la razón, y el pleno potencial de la razón se despliega por la revelación y la fe.

Así pues, os animo, queridos amigos musulmanes, a impregnar la sociedad de los valores que surgen de esta perspectiva y hacen crecer la cultura humana, mientras trabajamos juntos para edificar la civilización del amor. Que

la cooperación entusiasta entre musulmanes, católicos y otros cristianos en Camerún sea un faro que ilumine en las otras naciones las grandes posibilidades de un compromiso interreligioso por la paz, la justicia y el bien común.

Con estos sentimientos, quisiera expresar una vez más mi agradecimiento por esta prometedora oportunidad de encontrarme con vosotros durante mi visita a Camerún. Agradezco a Dios Todopoderoso las bendiciones que ha derramado sobre vosotros y sobre vuestros conciudadanos, y le pido que los lazos que unen a cristianos y musulmanes en su profunda veneración al único Dios, sigan reforzándose, para que sean un reflejo más claro de la sabiduría del Omnipotente, que ilumina los corazones de toda la humanidad.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Celebración Eucarística
con ocasión de la publicación del
Instrumentum Laboris***

*Estadio Amadou Ahidjo de Yaundé.
Jueves, 19 de marzo de 2009*

*Queridos Hermanos en el Episcopado,
queridos hermanos y hermanas:*

Alabado sea Jesucristo que nos reúne hoy en este estadio, para que ahondemos más profundamente en su vida.

Jesucristo nos reúne en el día en que la Iglesia, aquí en Camerún, como en

toda la tierra, celebra la fiesta de San José, esposo de la Virgen María. Empiezo deseando feliz fiesta a todos los que, como yo, han recibido la gracia de llevar este hermoso nombre, y pido a san José que les conceda una protección especial, guiándoles todos los días de su vida hacia Jesucristo Nuestro Señor. Saludo también a las parroquias, escuelas y colegios, a las instituciones que llevan el nombre de san José. Agradezco a Mons. Tonyé Bakot, Arzobispo de Yaundé, por sus amables palabras y dirijo un cordial saludo a los representantes de las Conferencias Episcopales de África, venidos a Yaundé con ocasión de la publicación del *Instrumentum laboris* de la Segunda Asamblea Especial para África del Sínodo de Obispos.

¿Cómo podemos adentrarnos en la gracia específica de este día? Dentro de poco, al final de la misa, la liturgia nos mostrará el punto culminante de nuestra meditación, cuando diremos: «Señor, protege sin cesar a esta familia tuya, que ha celebrado con gozo la festividad de san José participando en la eucaristía; y conserva en ella los dones que con tanta bondad le concedes». Como veis, pedimos al Señor que proteja sin cesar a la Iglesia –y lo hace– exactamente como José protegió a su familia y veló durante los primeros años sobre el Niño Jesús.

Nos lo acaba de recordar el Evangelio. El Ángel le había dicho: «No tengas reparo en llevarte a María, tu mu-

jer» (*Mt* 1,20); y es exactamente lo que hizo: «hizo lo que le había mandado el Ángel del Señor» (*Mt* 1,24). ¿Por qué motivo señala San Mateo la fidelidad a las palabras recibidas del mensajero de Dios, sino es para invitarnos a imitar esa fidelidad llena de amor?

La primera lectura que acabamos de escuchar no habla explícitamente de san José, pero nos enseña muchas cosas de él. El profeta Natán se acerca a David, por orden del Señor mismo, para decirle: «Estableceré después de ti a un descendiente tuyo» (2 S 7,12). David tiene que aceptar morir sin ver la realización de la promesa que se cumplirá «cuando haya llegado al término de su vida» y descanse «con sus padres». Así, vemos cómo uno de los deseos más queridos del hombre, el de ser testigo de la fecundidad de su actuación, no siempre es escuchado por Dios. Pienso en aquéllos de vosotros que son padres y madres de familia: tienen muy legítimamente el deseo de dar lo mejor de sí mismos a sus hijos y quieren verles triunfar verdaderamente. Sin embargo, no hay que equivocarse en ese triunfo: lo que Dios pide a David, es que confíe en Él. David no verá a su sucesor, «cuyo trono durará por siempre» (2 S 7,16), porque este sucesor anunciado veladamente en la profecía es Jesús. David confía en Dios. Igualmente, José confía en Dios cuando escucha al mensajero, al Ángel, que le dice: «José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu San-

to» (*Mt* 1,20). En la historia, José es el hombre que ha dado a Dios la mayor prueba de confianza, incluso ante un anuncio tan sorprendente.

Y vosotros, queridos padres y queridas madres de familia que me escucháis, ¿confiáis en que Dios os hace padres y madres de sus hijos de adopción? ¿Aceptáis que Él cuente con vosotros para transmitir a vuestros hijos los valores humanos y espirituales que habéis recibido y que les harán vivir en el amor y el respeto de su santo nombre? Hoy, cuando tantas personas sin escrúpulos tratan de imponer el reino del dinero, despreciando a los más necesitados, debéis estar muy atentos. África en general, y Camerún en particular, corren peligro si no reconocen al verdadero Autor de la Vida. Hermanos y hermanas de Camerún y de África, que habéis recibido de Dios tantas cualidades humanas, tened cuidado de vuestras almas. No os dejéis fascinar por falsas glorias y falsos ideales. Creed, sí, seguid creyendo que Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es el único que os ama como esperáis, que es el único que puede llenaros, que puede dar la estabilidad a vuestras vidas. Cristo es el único camino de Vida.

Sólo Dios podía dar a José la fuerza para confiar en el Ángel. Sólo Dios os dará, queridos hermanos y hermanas que estáis casados, la fuerza para educar a vuestra familia como Él quiere. Pedídselo. A Dios le gusta que se le pida lo que quiere dar. Pedidle la gra-

cia de un amor verdadero y cada vez más fiel, a imagen de su propio amor. Como dice maravillosamente el salmo: «Tu misericordia es un edificio eterno, más que el cielo has afianzado tu fidelidad» (*Sal* 88,3).

Igual que en otros continentes, la familia pasa efectivamente, en vuestro país y en el resto de África, un período difícil, que superará gracias a su fidelidad a Dios. Algunos valores de la vida tradicional se han trastocado. Las relaciones entre generaciones han evolucionado de tal manera que ya no favorecen como antes la transmisión de los conocimientos antiguos y de la sabiduría heredada de los antepasados. Con demasiada frecuencia, se asiste a un éxodo rural comparable al de otros muchos períodos humanos. La calidad de los vínculos familiares queda profundamente afectada. Desarraigados y frágiles, y frecuentemente, por desgracia, sin un verdadero trabajo, los miembros de las jóvenes generaciones buscan remedios a su malvivir refugiándose en paraísos efímeros y artificiales importados, que sabemos no consiguen nunca asegurar al hombre una felicidad profunda y duradera. A veces, también el hombre africano se ve obligado a huir de sí mismo y a abandonar todo lo que era su riqueza interior. Enfrentado al fenómeno de una urbanización galopante, deja su tierra, física y moralmente, no como Abrahán para responder a la llamada del Señor, sino por una especie de exilio interior que le aparta de su mismo ser, de sus

hermanos y hermanas de sangre y de Dios mismo.

¿Se trata de un fatalismo, de una evolución inevitable? Ciertamente no. Más que nunca hemos de «esperar contra toda esperanza» (*Rm* 4,18). Quiero felicitar aquí con admiración y agradecimiento el importante trabajo llevado a cabo por innumerables asociaciones que alientan la vida de fe y la práctica de la caridad. Merecen un cordial agradecimiento. Que encuentren en la Palabra de Dios nueva fuerza para llevar a cabo sus proyectos al servicio de un desarrollo integral de la persona humana en África, y sobre todo en Camerún.

La principal prioridad será volver a dar sentido a la acogida de la vida como don de Dios. Para la Sagrada Escritura, así como para la mejor sabiduría de vuestro continente, la llegada de un niño es una gracia, una bendición de Dios. La humanidad está hoy invitada a modificar su mirada: en efecto, todo ser humano, por pequeño y pobre que sea, es creado «a imagen y semejanza de Dios» (*Gn* 1,27). Tiene que vivir. La muerte no ha de prevalecer sobre la vida. Nunca la muerte tendrá la última palabra.

Hijas e hijos de África, no tengáis miedo de creer, de esperar y de amar, no tengáis miedo de decir a Jesús que es el Camino, la Verdad y la Vida, y que sólo por Él podemos ser salvados. San Pablo es el autor inspirado que el Espíritu Santo ha dado a la Iglesia para ser el «maestro de todas las naciones» (*I*

Tm 2,7), cuando nos dice que Abrahán «esperando contra toda esperanza creyó que sería padre de muchos pueblos, según le había sido prometido: Así será tu descendencia» (*Rm* 4,18).

«Esperando contra toda esperanza» ¿no es una magnífica definición del cristiano? África está llamada a la esperanza a través de vosotros y en vosotros. Con Jesucristo, que ha pisado la tierra africana, África puede llegar a ser el continente de la esperanza. Todos nosotros somos miembros de los pueblos que Dios ha dado como descendencia a Abrahán. Cada una y cada uno de nosotros ha sido pensado, querido y amado por Dios. Todos y cada uno de nosotros tiene su papel en el plan de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Si os asalta el desánimo, pensad en la fe de José; si os invade la inquietud, pensad en la esperanza de José, descendiente de Abrahán, que esperaba contra toda esperanza; si la desgana o el odio os embarga, pensad en el amor de José, que fue el primer hombre que descubrió el rostro humano de Dios en la persona del Niño, concebido por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María. Bendigamos a Cristo por haberse hecho tan cercano a nosotros y démosle gracias por habernos dado a José como ejemplo y modelo de amor a Él.

Queridos hermanos y hermanas, de nuevo os digo de corazón: como José, no tengáis reparo en llevaros a María con vosotros, es decir no tengáis reparo en amar a la Iglesia. María, madre

de la Iglesia, os enseñará a seguir a sus pastores, a amar a vuestros obispos, a vuestros sacerdotes, a vuestros diáconos y vuestros catequistas, a cumplir lo que os enseñan y a rezar por sus intenciones. Los que estáis casados, mirad el amor de José a María y a Jesús; los que os preparáis al matrimonio, respetad a vuestro futuro cónyuge como hizo José; los que os habéis consagrado a Dios en el celibato, pensad en la enseñanza de la Iglesia nuestra Madre: «La virginidad y el celibato por el Reino de Dios no sólo no contradicen la dignidad del matrimonio, sino que la presuponen y la confirman. El matrimonio y la virginidad son dos modos de expresar y vivir el único misterio de la Alianza de Dios con su pueblo» (*Redemptoris custos*, 20).

Quisiera dirigir una exhortación particular a los padres de familia, puesto que san José es su modelo. San José revela el misterio de la paternidad de Dios sobre Cristo y sobre cada uno de nosotros. Él puede enseñarles el secreto de su propia paternidad, él, que custodió al Hijo del Hombre. También cada padre recibe de Dios a sus hijos, creados a imagen y a semejanza de Él. San José fue el esposo de María. A cada padre de familia se le confía igualmente, mediante su propia esposa, el misterio de la mujer. Como San José, queridos padres de familia, respetad y amad a vuestra esposa, y guiad a vuestros hijos hacia Dios, hacia donde deben ir (cf. *Lc* 2,49), con amor y con vuestra presencia responsable.

Finalmente, a todos los jóvenes que estáis aquí, os dirijo palabras de amistad y de ánimo: ante las dificultades de la vida, sed valientes. Vuestra vida tiene un valor infinito a los ojos de Dios. Dejaos cautivar por Cristo, entregadle gustosamente vuestro amor y, ¿por qué no?, ofrecedle vuestra propia vida en el sacerdocio o la vida consagrada. Es el servicio más grande. A los hijos huérfanos de padre o que viven abandonados en la miseria de la calle, a los que han sido separados violentamente de sus padres, maltratados y sometidos a abusos, y reclutados por la fuerza en ciertos grupos militares que asolan algunos países, quisiera decirles: Dios os ama, no os olvida y san José os protege. Invocadle con confianza.

Que Dios os bendiga y os guarde a todos. Que os conceda la gracia de ir hacia Él con fidelidad. Que dé a vuestras vidas la estabilidad, para alcanzar el fruto que Él espera de vosotros. Que os haga testigos de su amor, aquí, en Camerún, y hasta los confines de la tierra. Le pido fervientemente que os haga gustar la alegría de pertenecerle, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
con ocasión de la publicación del
Instrumentum Laboris***

*Estadio Amadou Ahidjo de Yaundé.
Jueves, 19 de marzo de 2009*

Queridos Hermanos en el Episcopado,

Presidentes de las Conferencias Episcopales nacionales y regionales de África y Madagascar

Hace catorce años, el 14 de septiembre de 1995, mi venerado Predecesor, el Papa Juan Pablo II, firmaba precisamente aquí, en Yaundé la Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Africa*. Hoy es para un mí motivo de gran alegría entregaros el texto del *Instrumentum laboris* de la Segunda Asamblea Especial para África del Sínodo de los Obispos, que se celebrará en Roma el próximo mes de octubre. El tema de esta Asamblea «*La Iglesia en África al servicio de la reconciliación, la justicia y la paz*», que está en continuidad con la *Ecclesia in Africa*, tiene gran importancia para la vida de vuestro Continente, pero también para la vida de la Iglesia universal. El *Instrumentum laboris* es fruto de vuestra reflexión, a partir de los aspectos relevantes de la situación eclesial y social de vuestro País de origen. Refleja el gran dinamismo de la Iglesia en África, pero también los desafíos con los que tiene que enfrentarse, y que el Sínodo tendrá que examinar. Esta tarde tendré ocasión de tratar más detenidamente este tema con los miembros del Consejo especial para África del Sínodo de los Obispos. Deseo ardientemente que los trabajos de la Asamblea sinodal contribuyan a hacer crecer la esperanza para vuestros pueblos y para el Continente en su conjunto; que sirvan para infundir en cada una de vuestras Iglesias parti-

culares un nuevo impulso evangélico y misionero al servicio de la reconciliación, la justicia y la paz, según el programa expresado por el Señor mismo: «*Vosotros sois la sal de la tierra [...]. Vosotros sois la luz del mundo*» (Mt 5,13.14). Que la alegría de la Iglesia en África por la celebración de este Sínodo sea también la alegría de la Iglesia universal.

Queridos hermanos y hermanas que os unís estrechamente en torno a vuestros Obispos, representando en cierto modo la Iglesia que peregrina en todos los pueblos de África, os invito a acoger en vuestra plegaria la preparación y el desarrollo de este gran acontecimiento eclesial. Que la Reina de la Paz aliente los esfuerzos de todos los «artesanos» de reconciliación, justicia y paz. Nuestra Señora de África, ruega por nosotros.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en el encuentro con el mundo del
sufrimiento***

*Centro Card. Paul Emile Léger -
CNRH de Yaundé. Jueves, 19 de marzo
de 2009*

Señores Cardenales, Señora Ministra para los Asuntos Sociales, Señora Ministra de la Salud, Queridos Hermanos en el Episcopado y querido Monseñor Joseph Djida, Señor Director del Centro Léger, Querido personal auxiliar, Queridos enfermos:

He deseado vivamente pasar estos momentos con vosotros, y me es grato poder saludaros. Os dirijo un saludo particular a vosotros, hermanos y hermanas que soportáis el peso de la enfermedad y el sufrimiento. Sabéis que no estáis solos en vuestro dolor, porque Cristo mismo es solidario con los que sufren. Él revela, a quienes padecen, el lugar que tienen en el corazón de Dios y en la sociedad. El evangelista Marcos nos ofrece como ejemplo la curación de la suegra de Pedro. Dice que le hablan a Jesús de la enferma sin más preámbulos, y «Jesús se acercó, la cogió de la mano y la levantó» (Mc 1,30-31). En este pasaje del Evangelio, vemos a Jesús pasar un día con los enfermos para confortarlos. Así, con gestos concretos, nos manifiesta su ternura y bondad para con todos los que tienen el corazón roto y el cuerpo herido.

Desde este Centro que lleva el nombre del Cardenal Paul-Émile Léger, que vino de Canadá a estar con vosotros para curar los cuerpos y las almas, no me olvido de los que en su casa, en el hospital, en los ambientes especializados o en los ambulatorios, tienen una discapacidad motriz o mental, ni de los que llevan en su cuerpo la marca de la violencia o la guerra. Pienso también en todos los enfermos y, sobre todo aquí, en África, en los que padecen enfermedades como el sida, la malaria y la tuberculosis. Sé bien que, entre vosotros, la Iglesia católica está intensamente comprometida en una lucha eficaz contra estos males terribles, y la

animo a proseguir con determinación esta obra urgente. Deseo portaros a todos vosotros, probados por la enfermedad y el dolor, así como a vuestras familias, un poco de consuelo de parte del Señor, renovaros mi cercanía e invitaros a dirigiros a Cristo y a María, que Él nos ha dado como Madre. Ella conoció el dolor y siguió a su Hijo en el camino del Calvario, guardando en su corazón el mismo amor que Jesús vino a traer a todos los hombres.

Ante el sufrimiento, la enfermedad y la muerte, el hombre tiene la tentación de gritar a causa del dolor, como hizo Job, cuyo nombre significa «el que sufre» (cf. Gregorio Magno, *Moralia in Job*, I, 1,15). Jesús mismo gritó poco antes de morir (cf. *Mc* 15,37; *Hb* 5,7). Cuando nuestra condición se deteriora, aumenta la ansiedad; a algunos les viene la tentación de dudar de la presencia de Dios en su vida. Por el contrario, Job es consciente de que Dios está presente en su existencia; su grito no es de rebelión, sino que, desde lo más hondo de su desventura, hace asomar su confianza (cf. *Jb* 19; 42,2-6). Sus amigos, como todos nosotros ante el sufrimiento de un ser querido, tratan de consolarlo, pero utilizan palabras vanas.

Ante la presencia de sufrimientos atroces, nos sentimos desarmados y no encontramos las palabras adecuadas. Ante un hermano o hermana sumido en el misterio de la Cruz, el silencio respetuoso y compasivo, nuestra presencia apoyada por la oración, una

mirada, una sonrisa, pueden valer más que tantos razonamientos. Un pequeño grupo de hombres y mujeres vivió esta experiencia, entre ellos la Virgen María y el Apóstol Juan, que siguieron a Jesús hasta el culmen de su sufrimiento en su pasión y muerte en la cruz. Entre ellos, nos dice el Evangelio, había un africano, Simón de Cirene. A él le encargaron ayudar a Jesús a llevar su cruz en el camino del Gólgota. Este hombre, aunque involuntariamente, ha ayudado al Hombre de dolores, abandonado por todos y entregado a una violencia ciega. La historia, pues, nos recuerda que un africano, un hijo de vuestro Continente, participó con su propio sufrimiento en la pena infinita de Aquél que ha redimido a todos los hombres, incluidos sus perseguidores. Simón de Cirene no podía saber que tenía ante sí a su Salvador. Fue «reclutado» para ayudar (cf. *Mc* 15,21); se vio obligado, forzado a hacerlo. Es difícil aceptar llevar la cruz de otro. Sólo después de la resurrección pudo entender lo que había hecho. Así sucede con cada uno de nosotros, hermanos y hermanas: en la cúspide de la desesperación, de la rebelión, Cristo nos propone su presencia amorosa, aunque cueste entender que Él está a nuestro lado. Sólo la victoria final del Señor nos revelará el sentido definitivo de nuestras pruebas.

¿Acaso no puede decirse que todo africano es de algún modo miembro de la familia de Simón de Cirene? Cada africano y cada uno que sufre, ayudan a Cristo a llevar su Cruz y ascienden

con Él al Gólgota para resucitar un día con Él. Al ver la infamia que se le hace a Jesús, contemplando su rostro en la Cruz y reconociendo la atrocidad de su dolor, podemos vislumbrar, por la fe, el rostro radiante del Resucitado que nos dice que el sufrimiento y la enfermedad no tendrán la última palabra en nuestra vida humana. Rezo, queridos hermanos y hermanas, para que os sepáis reconocer en este «Simón de Cirene». Pido, queridos hermanos y hermanas enfermos, que se acerquen también a vuestra cabecera muchos «Simón de Cirene».

Después de la resurrección, y hasta hoy, hay muchos testigos que se han dirigido, con fe y esperanza, al Salvador de los hombres, reconociendo su presencia en medio de su prueba. El Padre de toda misericordia acoge siempre con benevolencia la oración de quien se dirige a Él. Responde a nuestra invocación y nuestra plegaria como quiere y cuando quiere, para nuestro bien y no según nuestros deseos. A nosotros nos toca discernir su respuesta y acoger como una gracia los dones que nos ofrece. Fijemos nuestros ojos en el Crucificado, con fe y valor, pues de Él proviene la Vida, el consuelo, la sanación. Miremos a Aquél que desea nuestro bien y sabe enjugar las lágrimas de nuestros ojos; aprendamos a abandonarnos en sus brazos como un niño pequeño en los brazos de su madre.

Los santos nos han dado un buen ejemplo con su vida totalmente entre-

gada a Dios, nuestro Padre. Santa Teresa de Ávila, que había puesto a su nuevo monasterio bajo el patrocinio de San José, fue curada de una enfermedad el mismo día de su fiesta. Decía que nunca le había implorado en vano, y recomendaba a todos los que pensaban que no sabían rezar: «No sé, escribía, cómo se puede pensar en la Reina de los ángeles en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no le den gracias a San José por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso santo por maestro y no errará en el camino» (*Vida*, 6). Como intercesor por la salud del cuerpo, la santa veía en san José un intercesor para la salud del alma, un maestro de oración, de plegaria.

Escojámoslo, también nosotros, como maestro de oración. No sólo quienes estamos sanos, sino también vosotros, queridos enfermos, y todas las familias. Pienso sobre todo en los que formáis parte del personal hospitalario, y en todos los que trabajan en el mundo de la sanidad. Al acompañar a los que sufren con vuestra atención y las curas que les dispensáis, practicáis una obra de caridad y amor, que Dios tiene en cuenta: «Estuve enfermo y me visitasteis» (*Mt* 25,40). Corresponde a vosotros, médicos e investigadores, llevar a cabo todo lo que sea legítimo para aliviar el dolor; os compete, en primer lugar, proteger la vida humana, ser defensores de la vida desde su concepción hasta su término natural. Para toda persona, el respeto de la vida es un derecho y, al mismo tiem-

po, un deber, porque cada vida es un don de Dios. Deseo dar gracias al Señor con vosotros por todos los que, de una u otra manera, trabajan al servicio de las personas que sufren. Animo a los sacerdotes y a quienes visitan a los enfermos a comprometerse de forma activa y amable en la pastoral sanitaria en los hospitales o en asegurar una presencia eclesial a domicilio, para consuelo y apoyo espiritual de los enfermos. Según su promesa, Dios os pagará el salario justo y os recompensará en el cielo.

Antes de saludaros personalmente y despedirme de vosotros, quisiera aseguraros a todos mi cercanía afectuosa y mi oración. También quiero expresar mi deseo de que cada uno de vosotros nunca se sienta solo. En efecto, corresponde a cada hombre, creado a imagen de Cristo, convertirse en prójimo de quien tiene cerca. Os encomiendo a todos a la intercesión de la Virgen María, Madre nuestra, y a la de San José. Que Dios nos conceda ser unos para otros, mensajeros de la misericordia, la ternura y el amor de nuestro Dios, y que Él os bendiga.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en el encuentro con el Consejo
Especial del Sínodo para África***

*Nunciatura Apostólica de Yaundé.
Jueves, 19 de marzo de 2009*

Señores Cardenales, Queridos Hermanos en el Episcopado:

Con profunda alegría os saludo a todos, en esta tierra de África. En 1994, mi amado predecesor, el Siervo de Dios Juan Pablo II, convocó para ella la Primera Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos, como muestra de solicitud pastoral por este Continente tan rico tanto en promesas como en urgentes necesidades humanas, culturales y espirituales. Esta mañana lo he llamado «el continente de la esperanza». Recuerdo con gratitud la firma de la Exhortación Apostólica postsinodal *Ecclesia in Africa*, que tuvo lugar hace 14 años en la Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, el 14 de septiembre de 1995.

Expreso mi agradecimiento a Mons. Nikola Eterović, Secretario General del Sínodo de los Obispos, por las palabras que me ha dirigido en vuestro nombre al comienzo de este encuentro con vosotros en tierra africana, y estoy muy reconocido por cuanto me habéis dicho; eso me da una idea más realista de la situación sobre la que hemos de hablar y orar, sobre todo durante este Sínodo queridos miembros del Consejo Especial para África. Toda la Iglesia mira con atención a este encuentro con vistas a la Segunda Asamblea Especial para África del Sínodo de los Obispos, que, si Dios quiere, se celebrará el próximo octubre. El tema es: «La Iglesia en África al servicio de la reconciliación, la justicia y la paz. “Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo” (Mt 5,13.14)».

Agradezco vivamente a los Cardenales, a los Arzobispos y a los Obispos, miembros del Consejo Especial para África, por su colaboración cualificada en la redacción de los *Lineamenta* y del *Instrumentum laboris*. Os estoy muy reconocido, queridos Hermanos en el Episcopado, por haber presentado también en vuestras aportaciones aspectos importantes de la situación eclesial y social actual de vuestros países de origen y de la región. De este modo, habéis destacado el gran dinamismo de la Iglesia en África, pero también habéis evocado los desafíos, los grandes problemas de África que el Sínodo tendrá que examinar, para que el crecimiento de la Iglesia en África no sea solamente cuantitativo sino también cualitativo.

Queridos Hermanos, al comienzo de mi reflexión, me parece importante subrayar que vuestro Continente ha sido santificado por Jesús mismo, Nuestro Señor. En los albores de su vida terrestre, tristes circunstancias hicieron que pisara el suelo africano. Dios escogió vuestro Continente como morada de su Hijo. A través de Jesús, Dios ha salido ciertamente al encuentro de cada hombre, pero de una manera particular del hombre africano. África ofreció al Hijo de Dios una tierra que lo ha alimentado y una protección eficaz. Por Jesús, hace dos mil años, Dios ha traído en persona la luz y la sal a África. Desde entonces, la semilla de su presencia es en el fondo de los corazones de este querido Continente y germina poco a poco más allá y a través de los

avatares de la historia humana de vuestra tierra. África marcó una etapa importante en la Encarnación, el primer momento de la *kénosis*, porque acogió el abajamiento y el despojo del Hijo de Dios antes de volver a la Tierra Prometida. Gracias a la venida de Cristo, que la ha santificado con su presencia física, África recibió una llamada especial para conocer a Cristo. Que los africanos se sientan orgullosos. Meditando y ahondando espiritual y teológicamente en esta primera etapa, el africano podrá encontrar fuerzas suficientes para afrontar su diario caminar, a veces duro, y descubrir así inmensos espacios de fe y de esperanza que le ayuden a crecer en Dios.

Algunos momentos significativos de la historia cristiana de este Continente pueden recordarnos los lazos profundos que existen desde sus orígenes entre África y el cristianismo. Según una venerable tradición patristica, el evangelista san Marcos, que «transmitió por escrito lo que Pedro predicó» (Ireneo, *Adversus Haereses* III, I,1), vino a Alejandría a avivar la semilla plantada por el Señor. Este evangelista dio testimonio en África de la muerte en cruz del Hijo de Dios —último momento de la *kénosis*— y de su exaltación, para que «toda lengua proclame: “Jesucristo es el Señor” para gloria de Dios Padre» (*Flp* 2, 11). La Buena Nueva de la venida del Reino de Dios se extendió rápidamente por el norte de vuestro Continente, donde hubo ilustres mártires y santos, y engendró insignes teólogos.

Tras haber sido probado por vicisitudes históricas, el cristianismo sólo permaneció, durante casi un milenio, en la parte nororiental del Continente. Con la llegada de los europeos, que buscaban la ruta de las Indias, en los siglos XV y XVI, las poblaciones subsaharianas encontraron a Cristo. Fueron las poblaciones litorales las primeras que recibieron el bautismo. En los siglos XIX y XX, el África subsahariana vio llegar misioneros, hombres y mujeres que provenían de todo el Occidente, de Latinoamérica y también de Asia. Quiero rendirles un homenaje por la generosidad de su respuesta incondicional a la llamada del Señor y por su ardiente celo apostólico. Y siguiendo adelante, quisiera hablar de los catequistas africanos, compañeros inseparables de los misioneros en la evangelización. Dios había preparado el corazón de algunos laicos africanos, hombres y mujeres, jóvenes y mayores, para recibir sus dones y para llevar la luz de su Palabra a sus hermanos. Laicos con laicos, supieron encontrar en la lengua de sus padres las palabras de Dios que tocaron el corazón de sus hermanos. Supieron compartir el sabor de la sal de la Palabra y dar esplendor a la luz de los Sacramentos que anunciaban. Acompañaron a las familias en su crecimiento espiritual, alentaron las vocaciones sacerdotales y religiosas, y sirvieron de enlace entre sus comunidades y los sacerdotes y los obispos. Con toda naturalidad, llevaron a cabo una inculturación eficaz, que produjo excelentes frutos (cf. *Mc* 4,20). Fueron los

catequistas quienes consiguieron que la «luz brille ante los hombres» (*Mt* 5,16), porque, viendo el bien que hacían, poblaciones enteras pudieron dar gloria a Nuestro Padre que está en los cielos. Africanos que evangelizaron a africanos. Evocando su gloriosa memoria, saludo y animo a sus dignos sucesores que trabajan hoy con la misma abnegación, el mismo ímpetu apostólico y la misma fe que sus predecesores. Que Dios les bendiga con abundancia. Durante este período, la tierra africana se ha ennoblecido con numerosos santos. Me limito a citar a los gloriosos mártires de Uganda, los grandes misioneros Anne-Marie Javouhey y Daniel Comboni, así como a Sor Anuarite Nengapeta y al catequista Isidoro Bakanja, sin olvidar a la humilde Josefina Bakhita.

Estamos actualmente en un momento histórico que, desde el punto de vista civil, coincide con la independencia reencontrada, y desde el punto de vista eclesial, con el Concilio Vaticano II. La Iglesia en África ha preparado y acompañado durante este período la construcción de nuevas identidades nacionales y, paralelamente, ha intentado traducir la identidad de Cristo siguiendo sus propios caminos. Desde que la Jerarquía se fue poco a poco africanizando, a partir de la ordenación por el Papa Pío XII de obispos de nuestro Continente, la reflexión teológica comenzó a desarrollarse. Sería bueno que vuestros teólogos siguieran hoy explorando la hondura del misterio trinitario y su significado para el día a

día africano. Tal vez este siglo permita, con la gracia de Dios, un renacer en vuestro Continente, aunque ciertamente de una forma nueva, de la prestigiosa Escuela de Alejandría. ¿Por qué no esperar que, de este modo, se pueda ofrecer a los Africanos de hoy, y a la Iglesia universal, grandes teólogos y maestros espirituales que contribuyan a la santificación de los habitantes de este Continente y de toda la Iglesia? La Primera Asamblea Especial del Sínodo de Obispos permitió señalar las líneas a seguir y puso de relieve, entre otras, la necesidad de ahondar y encarnar el misterio de una Iglesia-Familia.

Quisiera sugerir ahora algunas reflexiones sobre el tema específico de la Segunda Asamblea Especial para África del Sínodo de los Obispos, sobre la reconciliación, la justicia y la paz.

Según el Concilio Ecuménico Vaticano II, «la Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano» (*Lumen gentium*, 1). Para llevar a cabo adecuadamente su misión, la Iglesia debe ser una comunidad de personas reconciliadas con Dios y entre ellas. Así, puede anunciar la Buena Nueva de la reconciliación a la sociedad actual, que lamentablemente padece en muchos sitios conflictos, violencias, guerras y odio. Vuestro Continente no se ha librado, y ha sido triste escenario de graves tragedias que reclaman una verdadera reconciliación entre los

pueblos, las etnias y los hombres. Para nosotros los cristianos, esta reconciliación radica en el amor misericordioso de Dios Padre y se realiza a través de la persona de Jesucristo, que, en el Espíritu Santo, ha ofrecido a todos la gracia de la reconciliación. Las consecuencias se manifestarán a través de la justicia y la paz, indispensables para construir un mundo mejor.

En realidad, en el contexto sociopolítico y económico actual del continente africano, ¿qué puede haber más dramático que las luchas, frecuentemente sangrientas, entre grupos étnicos o pueblos hermanos? Y, puesto que el Sínodo de 1994 insistió en la Iglesia-Familia de Dios, ¿cuál puede ser la aportación del de este año para la construcción de África, sedienta de reconciliación y en busca de justicia y paz? Las guerras locales o regionales, las masacres y los genocidios que tienen lugar en el Continente han de interpelarnos de manera muy especial: si es verdad que en Jesucristo formamos parte de la misma familia y compartimos la misma vida, puesto que por nuestras venas circula la misma Sangre de Cristo, que nos convierte en hijos de Dios, miembros de la Familia de Dios, no deberían existir más odios, injusticias y guerras entre hermanos.

Al constatar el aumento de la violencia y el auge del egoísmo en África, el Cardenal Bernardin Gantin, de veneranda memoria, proponía en 1988 una teología de la Fraternidad, como respuesta

al clamor apremiante de los pobres y de los más pequeños (*L'Osservatore Romano*, ed. francesa, 12 abril 1988, pp. 4-5). Quizá pensaba en lo que escribió el africano Lactancio a comienzos del siglo IV: «El primer deber de la justicia es reconocer al hombre como hermano. En efecto, si el mismo Dios nos ha hecho y nos ha engendrado a todos de la misma condición, con vistas a la justicia y a la vida eterna, estamos unidos ciertamente por vínculos de fraternidad: quien no los reconozca es injusto» (*Epítome*, 54,4-5). La Iglesia-Familia de Dios que vive en África, ha hecho una opción preferencial por los pobres desde la Primera Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos. Manifiesta así que la situación de deshumanización y de opresión que aflige a los pueblos africanos no es irreversible; por el contrario, pone a cada uno ante a un desafío, el de la conversión, la santidad y la integridad.

El Hijo, por el que Dios nos habla, es Él mismo Palabra encarnada. Esto ha sido objeto de las reflexiones de la reciente XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos. Hecha carne, esta Palabra está al origen de lo que somos y hacemos; es el fundamento de toda vida. Así pues, se han de valorar las tradiciones africanas a partir de esa Palabra, corrigiendo y perfeccionando su concepto de la vida, del hombre y de la familia. Jesucristo, Palabra de vida, es fuente y plenitud de todas nuestras vidas, porque el Señor Jesús es el único mediador y redentor.

Es urgente que las comunidades cristianas sean, cada vez más, lugares de escucha profunda de la Palabra de Dios y de lectura meditativa de la Sagrada Escritura. Por medio de esa lectura meditativa y comunitaria en la Iglesia, el cristiano encuentra a Cristo resucitado que le habla y le devuelve la esperanza en la plenitud de vida que Él da al mundo.

Por lo que se refiere a la Eucaristía, ésta hace realmente presente en la historia al Señor. Por su Cuerpo y su Sangre, Cristo entero se hace sustancialmente presente en nuestras vidas. Está con nosotros todos los días hasta el fin de los tiempos (cf. *Mt* 28,20) y nos envía de nuevo a las realidades cotidianas, para que podamos llenarlas con su presencia. En la Eucaristía se manifiesta claramente que la vida es una relación de comunión con Dios, con nuestros hermanos y nuestras hermanas, y con toda la creación. La Eucaristía es fuente de unidad reconciliada en la paz.

La Palabra y el Pan de vida ofrecen luz y alimento, como antídoto y viático en la fidelidad al Maestro y Pastor de nuestras almas, para que la Iglesia en África cumpla el servicio de reconciliación, de justicia y de paz, según el programa de vida dado por el Señor mismo: «Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo» (*Mt* 5,13.14). Para serlo de verdad, los fieles han de convertirse y seguir a Jesucristo, ser sus discípulos, para ser testigos de su poder salvador. Durante

su vida terrena, Jesús era «poderoso en obras y palabras» (Lc 24,19). Por su resurrección, ha sometido a principados y potestades (cf. Col 2,15), a todo poder del mal, para liberar a los que han sido bautizados en su nombre. «Para vivir en libertad, Cristo nos ha liberado» (Ga 5,1). La vocación cristiana consiste en dejarse liberar por Jesucristo. Él ha vencido el pecado y la muerte y ofrece a todos la plenitud de la vida. En el Señor Jesús, ya no hay judíos ni gentiles, ni hombres y mujeres (cf. Ga 3,28). En su carne, ha reconciliado a todos los pueblos. Con la fuerza del Espíritu Santo, dirijo a todos este llamamiento: «Dejaos reconciliar» (2 Co 5,20). Ninguna diferencia étnica o cultural, de raza, sexo o religión, ha de ser para vosotros motivo de enfrentamiento. Todos sois hijos del único Dios, nuestro Padre, que está en los cielos. Con esta convicción será posible construir una África más justa y pacífica, a la altura de las esperanzas legítimas de todos sus hijos.

Finalmente, os invito a fomentar la preparación del Sínodo, recitando también con los fieles la oración conclusiva del *Instrumentum laboris*, que he entregado esta mañana, para el buen éxito de la Asamblea Sinodal. Oremos juntos ahora, queridos hermanos:

«Santa María, Madre de Dios, Protectora de África, tú has dado al mundo la luz verdadera, Jesucristo. Por tu obediencia al Padre y por la gracia del Espíritu Santo, nos has dado la fuente de

nuestra reconciliación y nuestra justicia, Jesucristo, nuestra paz y nuestro gozo.

Madre de ternura y sabiduría, muéstranos a Jesús, tu Hijo e Hijo de Dios, ayúdanos en nuestro camino de conversión, para que Jesús haga brillar su Gloria sobre nosotros en todos los aspectos de nuestra vida personal, familiar y social.

Madre llena de misericordia y de justicia, por tu docilidad al Espíritu Consolador alcánzanos la gracia de ser testigos del Señor Resucitado, para que seamos cada vez más la sal de la tierra y la luz del mundo.

Madre del Perpetuo Socorro, confiamos a tu maternal intercesión la preparación y los frutos del Segundo Sínodo para África. Reina de la Paz, ruega por nosotros. Nuestra Señora de África, ruega por nosotros».

Discurso del Papa, Benedicto XVI, en la ceremonia de despedida

Aeropuerto internacional Nsimalen de Yaundé. Viernes, 20 de marzo de 2009

Señor Presidente, Distinguidos Representantes de las Autoridades Civiles, Señor Cardenal Tumi, Queridos Hermanos en el Episcopado, Queridos hermanos y hermanas

En el momento en que me dispongo a dejar Camerún, habiendo completa-

do la primera parte de mi Visita Apostólica en África, deseo agradecer a todos por la generosa acogida que me habéis dispensado en estos días. El calor del sol africano se ha reflejado en vuestra calurosa hospitalidad. Agradezco al Presidente y a los miembros del Gobierno todas sus corteses deferencias. Agradezco a mis Hermanos en el Episcopado y a todos los fieles católicos, que durante las liturgias que hemos celebrado juntos, han dado un ejemplo tan sugestivo de un culto gozoso y exuberante. Asimismo, me alegro de que miembros de otras Comunidades eclesiales hayan estado presentes en algunas de nuestras asambleas, y renuevo mi saludo respetuoso a ellos y a sus responsables. Me gustaría expresar mi profundo reconocimiento por todo el trabajo que han hecho las autoridades civiles para asegurar un desarrollo sereno de mi visita. Pero, sobretodo, quiero expresar mi gratitud a todos aquellos que han orado intensamente para que esta visita pastoral produzca frutos para la vida de la Iglesia en África. Os pido que continuéis rezando para que la II Asamblea Especial del Sínodo de Obispos para África sea un momento de gracia para la Iglesia de este Continente, un tiempo de renovación y de nuevo ardor en la misión de llevar el mensaje de salvación del Evangelio a un mundo lacerado.

Muchos de los momentos que he vivido durante estos días quedarán profundamente grabados en mi memoria. En el Centro Cardenal Léger,

fue conmovedor observar el cuidado dispensado a los enfermos y discapacitados, a algunos de los más vulnerables de nuestra sociedad. Esta compasión al modo de Cristo es un signo palpable de esperanza para el futuro de la Iglesia y para el futuro de África.

Mi encuentro con los miembros de la comunidad musulmana aquí, en Camerún, ha sido otro momento culminante que no olvidaré. Mientras continuamos hacia una mayor comprensión mutua, pido para que crezcamos en el respeto y estima recíprocos, y afiancemos nuestra decisión de colaborar para proclamar la dignidad que Dios ha dado a la persona humana, un mensaje que nuestro mundo fuertemente secularizado tiene necesidad de oír.

El motivo principal de mi viaje a Camerún ha sido visitar a esta comunidad católica. Con gran gozo he tenido tiempo de compartir algunos momentos fraternos con los Obispos, y de celebrar la liturgia de la Iglesia con tantos fieles. He venido precisamente para compartir con vosotros el momento histórico de la promulgación del *Instrumentum laboris* para la Segunda Asamblea Especial para África del Sínodo de los Obispos. Ciertamente estamos ante un momento de gran esperanza para África y para el mundo entero. Cameruneses, os animo a percibir la importancia del momento que el Señor os ha ofrecido. Responded a su llamada que os compromete a ser portadores de reconciliación, sanación

y paz a vuestras comunidades y a vuestra sociedad. Trabajad por eliminar la injusticia, la pobreza y el hambre allá donde las encontréis. Dios bendiga a este hermoso país, «África en miniatura», un País de promesas, una tierra de gloria. Dios os bendiga.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en la ceremonia de bienvenida a
Angola***

Aeropuerto internacional, 4 de Fevereiro de Luanda. Viernes, 20 de marzo de 2009

Excelentísimo Señor Presidente de la República, Ilustrísimas Autoridades civiles y militares, Venerados Hermanos en el Episcopado, Queridos amigos angoleños:

Con vivos sentimientos de deferencia y amistad, pongo pie en el suelo de esta noble y joven Nación, en el ámbito de una visita pastoral que espiritualmente tiene como horizonte todo el Continente africano, aunque haya tenido que limitar mis pasos a Yaundé y a Luanda. Que todos sepan que, en mi corazón y en mi plegaria, tengo presente a África en general y al pueblo de Angola en particular, al que deseo ofrecer un cordial aliento para proseguir por la vía de la pacificación y la reconstrucción del País y las instituciones.

Comienzo, Señor Presidente, agradeciendo la amable invitación que me

ha hecho de visitar Angola y las cordiales expresiones de bienvenida que me acaba de dirigir. Acepte mi deferente saludo y los mejores deseos, que hago extensivos a las otras autoridades que han tenido la amabilidad de venir a recibirme. Saludo a toda la Iglesia católica en Angola en la persona de sus Obispos aquí presentes, y agradezco a todos los amigos angoleños la cariñosa acogida que me han dispensado. Y que llegue también mis sentimientos de amistad a los que me siguen a través de la radio y la televisión, en la certeza de la benevolencia del Cielo sobre la misión común que nos ha sido confiada: edificar juntos una sociedad más libre, más pacífica y más solidaria.

¿Cómo no recordar a aquel ilustre Visitante que bendijo Angola en junio de 1992, mi amado Predecesor, Juan Pablo II? Incansable misionero de Jesucristo hasta los extremos confines de la tierra, él ha indicado la vía hacia Dios, invitando a todos los hombres de buena voluntad a escuchar la propia conciencia rectamente formada y a edificar una sociedad de justicia, de paz y de solidaridad, en la caridad y en el perdón recíproco. En cuanto a mí, os recuerdo que provengo de un País en el que la paz y la hermandad son sentidas muy dentro del corazón de todos sus habitantes, especialmente de los que —como yo— han conocido la guerra y la división entre hermanos pertenecientes a la misma Nación a causa de ideologías desoladoras e inhumanas, la cuales, bajo la falaz apariencia de sue-

ños e ilusiones, hicieron pesar sobre los hombres el yugo de la opresión. Podéis entender, pues, lo sensible que soy al diálogo entre los hombres como medio para superar toda forma de conflicto y tensión, y para hacer de cada Nación –y por tanto también de vuestra Patria– una casa de paz y hermandad. Con vistas a este fin, debéis tomar de vuestro patrimonio espiritual y cultural los mejores valores de los que Angola es portadora, y salir al encuentro unos de otros sin miedo, aceptando compartir la riqueza espiritual y material de cada uno, en beneficio de todos.

¿Cómo no pensar aquí a la población de la provincia de Kunene, afectada por lluvias torrenciales e inundaciones que han provocado numerosos muertos y dejado sin hogar a tantas familias por la destrucción de sus casas? A ellas deseo hacer llegar en su prueba la seguridad de mi solidaridad, junto con un aliento especial a tener confianza para recomenzar con la ayuda de todos.

Queridos angoleños, vuestro territorio es rico; vuestra Nación es fuerte. Utilizad estas cualidades vuestras para favorecer la paz y el acuerdo entre los pueblos, sobre una base de lealtad e igualdad que promuevan ese futuro pacífico y solidario para África, que todos anhelan y al que tienen derecho. Para ello, os ruego: No os rindáis a la ley del más fuerte. Porque Dios ha concedido a los seres humanos la capacidad de elevarse, por encima de sus tendencias naturales, con las alas de la

razón y de la fe. Si os dejáis llevar por estas alas, no os será difícil reconocer en el otro a un hermano, que ha nacido con los mismos derechos humanos fundamentales. Lamentablemente, dentro de vuestros confines angoleños hay todavía muchos pobres que reivindican el respeto de sus derechos. No se puede olvidar la multitud de angoleños que viven por debajo del umbral de la pobreza absoluta. No decepcionéis sus expectativas.

Se trata de una tarea ingente, que requiere una mayor participación cívica por parte de todos. Es necesario implicar en ella a toda la sociedad civil angoleña; pero ésta ha de presentarse ante dicho reto de manera más fuerte y articulada, tanto entre las fuerzas que la componen como también en el diálogo con el Gobierno. Para dar vida a una sociedad realmente celosa del bien común, se necesitan valores compartidos por todos. Estoy convencido de que Angola podrá encontrarlos hoy también en el Evangelio de Jesucristo, como ocurrió tiempo atrás con un ilustre antepasado vuestro, Dom Afonso I Mbemba-a-Nzinga; por obra suya surgió hace quinientos años en Mbanza Congo un reino cristiano, que sobrevivió hasta el siglo XVIII. De sus cenizas pudo brotar luego, entre los siglos XIX y XX, una Iglesia renovada que no ha dejado de crecer hasta nuestros días. Demos gracias a Dios por ello. He aquí el motivo inmediato que me ha traído a Angola: encontrarme con una de las más antiguas comunidades

católicas del África subecuatorial, para confirmarla en su fe en Jesús resucitado y unirme a las súplicas de sus hijos e hijas para que el tiempo de la paz, en la justicia y en la fraternidad, no conozca ocaso en Angola, permitiéndola cumplir la misión que Dios le ha confiado en favor de su pueblo y en el concierto de las Naciones. Dios bendiga Angola.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en el encuentro con las Autoridades
políticas y civiles y con el Cuerpo
Diplomático***

Salón de honor del Palacio Presidencial de Luanda. Viernes, 20 de marzo de 2009

Señor Presidente de la República, Distinguidas Autoridades, Ilustres Embajadores, Queridos Hermanos en el Episcopado, Señoras y Señores:

Con un amable gesto de hospitalidad, el Señor Presidente ha querido recibirnos en su residencia, ofreciéndome así la alegría de encontrarme con todos vosotros, para saludaros y deseáros los mejores éxitos en el ejercicio de las importantes responsabilidades que cada uno de vosotros desempeña en el ámbito gubernativo, civil y diplomático, en el que sirve a su Nación en beneficio de toda la familia humana. Señor Presidente, gracias por su acogida y por las palabras que me ha dirigido, llenas de estima por el Sucesor de Pedro y de

confianza en la actividad de la Iglesia católica en favor de esta tan querida Nación.

Amigos, sois artífices y testigos de una Angola que está despertando. Tras veintisiete años de guerra civil, que había devastado este País, la paz ha comenzado a echar raíces, llevando consigo los frutos de la estabilidad y la libertad. Los esfuerzos palpables del Gobierno por establecer las infraestructuras y rehacer las instituciones fundamentales para el desarrollo y el bienestar de la sociedad, han hecho resurgir la esperanza en los ciudadanos de la Nación. Muchas iniciativas de agencias multilaterales, decididas a superar intereses particulares para actuar en la perspectiva del bien común, han venido en ayuda de esta esperanza. No faltan en diversas partes del País ejemplos de enseñantes, agentes sanitarios y empleados estatales que, con exiguos sueldos, sirven con integridad y dedicación a sus comunidades; y van aumentando quienes se comprometen en actividades de voluntariado al servicio de los más necesitados. Que Dios bendiga y multiplique todas estos buenos deseos y sus iniciativas al servicio del bien.

Angola sabe que ha llegado para África el tiempo de la esperanza. Todo comportamiento recto es esperanza en acción. Nuestros actos nunca son indiferentes ante Dios; y no lo son tampoco para el desarrollo de la historia. Amigos míos, con un corazón ínte-

gro, magnánimo y compasivo, podéis transformar este Continente, liberando a vuestro pueblo del flagelo de la avidez, de la violencia y del desorden, guiándolo por la senda indicada por los principios indispensables de toda democracia civil moderna: el respeto y la promoción de los derechos humanos, un gobierno transparente, una magistratura independiente, una comunicación social libre, una administración pública honesta, una red de escuelas y hospitales que funcionen de manera adecuada y la firme determinación, arraigada en la conversión del corazón, de romper de una vez por todas con la corrupción. En el *Mensaje* de este año para la *Jornada Mundial de la Paz* he querido volver a llamar la atención de todos sobre la necesidad de una visión ética del desarrollo. En efecto, más que simples programas y protocolos, las personas de este continente están reclamando justamente una conversión del corazón a la fraternidad, profundamente convencida y duradera (cf. n. 13). Su petición a los que sirven en la política, en la administración pública, en las agencias internacionales y en las compañías multinacionales es sobre todo ésta: estad con nosotros de manera verdaderamente humana; acompañadnos a nosotros, a nuestras familias y a nuestras comunidades.

El desarrollo económico y social en África exige la coordinación del Gobierno nacional con las iniciativas regionales y con las decisiones internacionales. Una coordinación así supone

que las naciones africanas sean consideradas no sólo como destinatarias de los planes y las soluciones elaboradas por otros. Los africanos mismos, trabajando juntos por el bien de sus comunidades, han de ser los primeros agentes de su desarrollo. A este propósito, hay un número creciente de iniciativas eficaces que merecen ser mencionadas. Entre ellas, la *New Partnership for Africa's Development* (NEPAD), el Pacto sobre la seguridad, la estabilidad y el desarrollo en la Región de los Grandes Lagos, el *Kimberley Process*, la *Publish What You Pay Coalition* y la *Extractive Industries Transparency Initiative*: su objetivo común es promover la transparencia, la práctica comercial honesta y el buen gobierno. Por lo que se refiere a la comunidad internacional en su conjunto, es de urgente importancia la coordinación de los esfuerzos para afrontar la cuestión de los cambios climáticos, el pleno y justo cumplimiento de los compromisos para el desarrollo indicado por el *Doha round* e, igualmente, la realización de la promesa de los Países desarrollados, tantas veces repetida, de destinar el 0,7% de su PIB (producto interior bruto) a las ayudas oficiales para el desarrollo. Hoy, esta ayuda es más necesaria aún, con la tempestad financiera mundial que se ha desencadenado; el auspicio es que dicha ayuda no sea otra de sus víctimas.

Amigos, quiero concluir mi reflexión confesando que mi visita a Camerún y Angola está despertado en mí esa profunda alegría humana que se siente al

encontrarme entre familias. Pienso que dicha experiencia es el don común que África ofrece a los que vienen de otros continentes y llegan aquí, donde «la familia representa el pilar sobre el cual está construido el edificio de la sociedad» (*Ecclesia in Africa*, 80). Y, sin embargo, como todos sabemos, también aquí la familia está sometida a muchas presiones: angustia y humillación causada por la pobreza, el desempleo, la enfermedad y el exilio, por mencionar sólo algunas. Es particularmente inquietante el yugo oprimente de la discriminación sobre mujeres y niñas, por no hablar de la práctica incalificable de la violencia y explotación sexual, que provoca tantas humillaciones y traumas. También he de subrayar otro aspecto muy preocupante: las políticas de aquéllos que, con el espejismo de hacer avanzar la «edificación social», minan sus propios fundamentos. Qué amarga es la ironía de aquéllos que promueven el aborto como una cura de la salud «materna». Qué desconcertante resulta la tesis de aquéllos para quienes la supresión de la vida sería una cuestión de salud reproductiva (cf. *Protocolo de Maputo*, art. 14).

Señoras y Señores, la Iglesia se encontrará siempre, por voluntad de su divino Fundador, cerca de los más pobres de este Continente. Puedo asegurarnos que, a través de las iniciativas diocesanas y de innumerables obras educativas, sanitarias y sociales de diversas Órdenes religiosas, continuará a hacer todo lo posible para ayudar a

las familias – incluidas las afectadas por los trágicos efectos del sida – y para promover la igualdad de dignidad de mujeres y hombres, sobre la base de una armónica complementariedad. El camino espiritual del cristiano es la conversión cotidiana; a esto invita la Iglesia a todos los dirigentes de la humanidad, para que ésta siga la senda de la verdad, la integridad, el respeto y la solidaridad.

Señor Presidente, quisiera reiterarle mi más cordial reconocimiento por la acogida que nos ha dispensado en su casa. Agradezco a todos vosotros la gentileza de vuestra presencia y la atención prestada. Podéis contar con mis plegarias por vosotros, vuestras familias y todos los habitantes de esta maravillosa África. Que el Dios de los cielos os guarde y os bendiga a todos.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en el encuentro con los obispos de
Angola y Santo Tomé***

*Capilla de la Nunciatura Apostólica –
Luanda. Viernes, 20 de marzo de 2009*

*Señor Cardenal, Queridos Obispos de
Angola y Santo Tomé:*

Me es muy grato encontraros en esta sede que Angola ha destinado al Sucesor de Pedro –generalmente en la persona de un representante suyo– como expresión visible de los vínculos que

unen a vuestros pueblos con la Iglesia Católica, que tiene la satisfacción de contaros entre sus hijos desde hace más de quinientos años. Que se eleve fervorosa y concorde nuestra alabanza a Dios Padre, que por obra y gracia del Espíritu Santo, no cesa de generar el Cuerpo místico de su Hijo con los rasgos angoleños y santotomenses, sin perder por ello sus fisionomías judía, romana, portuguesa y tantas otras adquiridas antes, pues «los que os habéis incorporado a Cristo por el Bautismo [...] sois uno en Cristo Jesús» (*Ga* 3,27.28). Para continuar hoy esta labor de gestación del Cristo total mediante la fe y el bautismo, el buen Dios ha querido tener necesidad de mí y de vosotros, venerables Hermanos; no debe extrañaros que los dolores del parto se hagan sentir en nosotros hasta que Cristo se forme completamente (cf. *Ga* 4,19) en el corazón de vuestro pueblo. Dios os recompensará por todo el trabajo apostólico llevado a cabo en condiciones difíciles, tanto durante la guerra como en la actualidad, en medio de tantas limitaciones, contribuyendo así a dar a la Iglesia en Angola y Santo Tomé y Príncipe ese dinamismo que todos reconocen.

Consciente del ministerio al que he sido llamado a desempeñar al servicio de la comunión eclesial, os ruego que os hagáis intérpretes de mi constante solicitud ante vuestras comunidades cristianas, a las que saludo con sincero afecto en la persona de cada miembro de esta Conferencia Episco-

pal. Saludo particularmente a vuestro Presidente, Mons. Damião Franklin, a quien agradezco sus palabras de bienvenida que me ha dirigido en vuestro nombre, mostrando vuestro empeño en un cuidadoso discernimiento y en el consiguiente plan unitario aplicado a vuestras comunidades diocesanas «para el perfeccionamiento de los fieles [...] hasta que llegemos todos [...] al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud» (*Ef* 4,12.13). En efecto, frente a un relativismo difuso que no reconoce nada como definitivo, y tiende más bien a tomar como criterio último el yo personal y los propios caprichos, nosotros proponemos otra medida: el Hijo de Dios, que es también verdadero hombre. Él es la medida del verdadero humanismo. El cristiano de fe adulta y madura no es alguien que sigue la ola de la moda y las últimas novedades, sino quien vive profundamente arraigado en la amistad de Cristo. Esta amistad nos abre a todo lo que es bueno, y nos da el criterio para discernir entre la verdad y el error.

Ciertamente, para el futuro de la fe y la orientación global de la vida del País, es decisivo el campo de la cultura, en el que la Iglesia tiene renombradas instituciones académicas, que han de tener a gala que la voz de los católicos esté siempre presente en el debate cultural de la Nación, para que se fortalezca la capacidad de elaborar de manera racional, a la luz de la fe, tantas cuestiones que surgen en los distintos ámbitos de

la ciencia y de la vida. Además, la cultura y los modelos de comportamiento están hoy cada vez más condicionados y caracterizados por las imágenes propuestas por los medios de comunicación social; por eso, son loables todos vuestros esfuerzos para tener una capacidad de comunicación también en este ámbito, que permita ofrecer a todos una interpretación cristiana de los acontecimientos, los problemas y las realidades humanas.

Una de estas realidades humanas, expuesta ahora a muchas dificultades y amenazas, es la familia, que tiene especial necesidad de ser evangelizada y apoyada de forma concreta, pues a la debilidad e inestabilidad interna de muchas uniones conyugales, se añade la tendencia generalizada en la sociedad y la cultura a impugnar el carácter único y la misión propia de la familia fundada en el matrimonio. En vuestra solicitud pastoral por todo ser humano, seguid levantando la voz en defensa de la sacralidad de la vida humana y del valor de la institución matrimonial, promoviendo el papel que tiene la familia en la Iglesia y la sociedad, así como buscando medidas económicas y legislativas que apoyen la generación y educación de los hijos.

Me alegro de que haya en vuestros Países muchas comunidades vibrantes de fe, con un laicado comprometido, dedicado a diversas obras de apostolado, así como un considerable número de vocaciones al ministerio ordenado

y la vida consagrada, especialmente de vida contemplativa: son un verdadero signo de esperanza para el futuro. Y, ahora que el clero es cada vez más autóctono, deseo rendir homenaje a la labor realizada paciente y heroicamente por los misioneros para anunciar a Cristo y su Evangelio, y para dar vida a las comunidades cristianas de las que hoy sois responsables. Os invito a seguir de cerca a vuestros presbíteros, preocupándoos de su formación permanente, tanto teológica como espiritual, estando atentos a sus condiciones de vida y del ejercicio de su misión propia, con el fin de que sean auténticos testigos de la Palabra que anuncian y de los Sacramentos que celebran. Que permanezcan fieles, con la entrega de sí mismos a Cristo y al pueblo del que son pastores, a las exigencias de su estado, y vivan su ministerio presbiteral como un verdadero camino de santidad, tratando de ser santos para suscitar nuevos santos en torno a ellos.

Venerables Hermanos, confiando en el recuerdo en vuestras oraciones al Señor, os aseguro una plegaria especial a Aquél que es el verdadero esposo de la Iglesia, que la ama, la protege y alimenta: el Hijo unigénito del Dios vivo, Jesucristo nuestro Señor. Que Él ayude con su gracia vuestros esfuerzos pastorales, para que sean fecundos según el ejemplo y bajo la protección del Corazón Inmaculado de la Virgen Madre. Con estos sentimientos, os imparto a cada uno mi Bendición, así como a vuestros presbíteros, personas con-

sagradas, seminaristas, catequistas y a todos los fieles laicos que forman parte de la grey que Dios os ha confiado.

Homilía del Papa, Benedicto XVI, en la Celebración Eucarística con los obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, movimientos eclesiales y catequistas de Angola y Santo Tomé

Iglesia de San Pablo, Luanda. Sábado, 21 de marzo de 2009

Queridos hermanos y hermanas, Queridos trabajadores de la viña del Señor

Como hemos escuchado, los hijos de Israel se decían unos a otros: «Esforcémonos por conocer al Señor». Con estas palabras se animaban mientras se veían llenos de tribulaciones. Según el profeta, éstas caían sobre ellos porque vivían en la ignorancia de Dios; su corazón tenía poco amor. Y el único médico capaz de curarlo era el Señor. Es más, como buen médico, él mismo había abierto la herida para que así se curase la llaga. Y el pueblo se decide: «Volvamos al Señor: él nos desgarró, él nos curará» (*Os* 6,1). De este modo, se han encontrado la miseria humana y la Misericordia divina, que no desea sino acoger a los desventurados.

Lo podemos ver en el pasaje del Evangelio que se ha proclamado: «Dos hombres subieron al templo a orar»; de allí, uno «bajó a su casa justificado» y

el otro no (*Lc* 18, 10.14). Este último presentó todos sus méritos ante Dios, casi como convirtiéndolo en un deudor suyo. En el fondo, no sentía la necesidad de Dios, aunque le daba gracias por haberlo hecho tan perfecto y no «como ese publicano». Y, sin embargo, es precisamente el publicano quien bajará a su casa justificado. Consciente de sus pecados, que le hacen agachar la cabeza, aunque, en realidad, está totalmente dirigido hacia el Cielo, él espera todo del Señor: «¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador» (*Lc* 18,13). Llama a la puerta de la Misericordia, que se abre y lo justifica, «porque – concluye Jesús – todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (*Lc* 18,14).

San Pablo, patrón de la ciudad de Luanda y de esta estupenda Iglesia, construida hace casi cincuenta años, nos habla por experiencia propia de este Dios, rico en Misericordia. Con el Jubileo paulino que se está celebrando, he querido resaltar el bimilenario del nacimiento de San Pablo, con el objetivo de aprender de él a conocer mejor a Jesucristo. Éste es el testimonio que nos ha dejado: «Podéis fiaros y aceptar sin reserva lo que os digo: Que Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero. Y por eso se compadeció de mí: para que en mí, el primero, mostrara Cristo toda su paciencia, y pudiera ser modelo de todos los que creerán en él y tendrán vida eterna» (*1 Tm* 1,15-16). Con el pasar de los siglos, el número de los que han

recibido la gracia no ha dejado de aumentar. Tú y yo somos uno de ellos. Demos gracias a Dios porque nos ha llamado a entrar en esta muchedumbre de todos los tiempos para hacerla avanzar hacia el futuro. Imitando a los que han ido en pos de Jesús, seguimos al mismo Cristo y así entramos en la Luz.

Queridos hermanos y hermanas, siento una gran alegría de encontrarme hoy entre vosotros, mis compañeros de jornada en la viña del Señor; de ella os ocupáis cada día preparando el vino de la Misericordia divina y derramándolo sobre las heridas de vuestro pueblo tan atribulado. Mons. Gabriel Mbilingi, con las amables palabras de bienvenida que me ha dirigido, se ha hecho intérprete de vuestras esperanzas y preocupaciones. Con el alma llena de gratitud y esperanza, os saludo a todos, hombres y mujeres dedicados a la causa de Jesucristo, a los que estáis aquí y a los que representáis: Obispos, presbíteros, consagrados y consagradas, seminaristas, catequistas, líderes de los diversos Movimientos y Asociaciones de esta querida Iglesia de Dios. Deseo recordar también a las religiosas contemplativas, presencia invisible pero sumamente fecunda para nuestros pasos. Permitidme, por último, un saludo particular a los salesianos y a los fieles de esta parroquia de San Pablo que nos acogen en su Iglesia, cediéndonos sin hesitar el puesto que habitualmente les corresponde a ellos en la asamblea litúrgica. Sé que se encuentran reunidos

en el campo adyacente y espero verlos y bendecirlos al final de esta Eucaristía, pero ya desde ahora les digo: «Muchísimas gracias. Que Dios suscite entre vosotros y por medio vuestro muchos apóstoles que sigan los pasos de vuestro Patrono».

En la vida de Pablo, su encuentro con Jesús cuando iba de camino hacia Damasco ha sido fundamental: Cristo se le aparece como luz deslumbrante, le habla, lo conquista. El apóstol vio a Jesús resucitado, es decir, al hombre en su estado perfecto. Así, pues, se produce en él un cambio de perspectiva, pasando a verlo todo partiendo de este estado final del hombre en Jesús: lo que antes le parecía esencial y fundamental, ahora es para él como «basura»; ya no es «ganancia» sino pérdida, porque ahora lo único que cuenta es la vida en Cristo (cf. *Flp* 3,7-8). No se trata de un simple madurar del «yo» de Pablo, sino de un morir a sí mismo y de resucitar en Cristo: ha muerto en él una forma de existencia, y una forma nueva nace en él con Jesús resucitado.

Hermanos y amigos, «esforcémosnos por conocer al Señor» resucitado. Como sabéis, Jesús, hombre perfecto, es también nuestro Dios verdadero. En Él, Dios se hizo visible para hacernos partícipes de su vida divina. De esta manera, se inaugura con Él una nueva dimensión del ser, de la vida, en la que también la materia está integrada, y mediante la cual surge un nuevo mundo. Pero este salto cualitativo de la his-

toria universal que Jesús ha realizado por nosotros y para nosotros, ¿cómo llega concretamente al ser humano, impregnando su vida y arrebatándola hacia lo alto? Llega a cada uno de nosotros a través de la fe y el bautismo. En efecto, este sacramento es muerte y resurrección, transformación en una nueva vida, de tal manera que la persona bautizada puede decir con Pablo: «Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (*Ga* 2,20). Vivo, pero no soy yo. En cierta manera, se me quita mi yo, para quedar integrado en un Yo más grande; conservo todavía mi yo, pero transformado y abierto a los otros mediante mi inserción en el Otro: en Cristo, alcanzo mi nuevo espacio de vida. ¿Qué es lo que ha sucedido en nosotros? Responde Pablo: que todos habéis sido hechos uno en Cristo Jesús (cf. *Ga* 3,28).

La gestación del Cuerpo de Cristo en la historia se va completando paulatinamente mediante este nuestro ser cristificados por obra y gracia del Espíritu de Dios. En este momento, me es grato volver con el pensamiento quinientos años atrás, o sea a los años 1506 y siguientes, cuando en estas tierras, a las que entonces venían los portugueses, se estableció el primer reino cristiano subsahariano, gracias a la fe y a la determinación del rey Dom Alfonso I Mbemba-a-Nzinga, que reinó desde el mencionado año 1506 hasta el 1543, año en que murió; el reino permaneció oficialmente católico desde el siglo XVI hasta el XVIII, con un embajador

en Roma. Mirad cómo dos etnias tan diferentes –banta y lusitana– pudieron encontrar en la religión cristiana una plataforma de entendimiento, esforzándose para que ese entendimiento perdurase y las divergencias –que las hubo, y graves– no separaran los dos reinos. De hecho, el bautismo hace que todos los creyentes sean uno en Cristo.

Hoy os toca a vosotros, hermanos y hermanas, siguiendo la estela de aquellos heroicos y santos mensajeros de Dios, llevar a Cristo resucitado a vuestros compatriotas. Muchos de ellos viven temerosos de los espíritus, de los poderes nefastos de los que creen estar amenazados; desorientados, llegan a condenar a niños de la calle y también a los más ancianos, porque, según dicen, son brujos. ¿Quién puede ir a anunciarles que Cristo ha vencido a la muerte y a todos esos poderes oscuros? (cf. *Ef* 1,19-23; 6,10-12). Algunos objetan: «¿Por qué no los dejamos en paz? Ellos tienen su verdad; nosotros, la nuestra. Intentemos convivir pacíficamente, dejando a cada uno como es, para que realice del mejor modo su autenticidad». Pero, si nosotros estamos convencidos y tenemos la experiencia de que sin Cristo la vida es incompleta, le falta una realidad, que es la realidad fundamental, debemos también estar convencidos de que no hacemos ninguna injusticia a nadie si les mostramos a Cristo y le ofrecemos la posibilidad de encontrar también, de este modo, su verdadera autenticidad, la alegría de haber encontrado la vida. Es

más, debemos hacerlo, es nuestra obligación ofrecer a todos esta posibilidad de alcanzar la vida eterna.

Muy queridos hermanos y hermanas, digámosles como el pueblo israelita: «Volvamos al Señor: él nos desgarró, él nos curará». Ayudemos a que la miseria humana se encuentre con la Misericordia divina. El Señor nos hace sus amigos, se nos entrega, nos entrega su Cuerpo en la Eucaristía, nos confía su Iglesia. Hemos de ser, pues, verdaderamente sus amigos, tener un mismo sentir con Él, querer lo que Él quiere y no querer lo que Él no quiere. Jesús mismo dijo: «Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando» (*Jn 15,14*). Que éste sea nuestro propósito común: cumplir todos juntos su voluntad: «Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda la creación» (*Mc 16,15*). Como hizo san Pablo, abracemos su voluntad: «No tengo más remedio que predicar el Evangelio, y ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (cf. *1 Co 9, 16*).

Discurso del Papa, Benedicto XVI, en el encuentro con los jóvenes

Estadio Dos Coqueiros – Luanda. Sábado, 21 de marzo de 2009

Queridos amigos:

Habéis venido muchos, representando a otros muchos más que están espiritualmente unidos a vosotros, para

encontrar al Sucesor de Pedro y proclamar conmigo, ante todos, la alegría de creer en Cristo y renovar el compromiso de ser sus fieles discípulos en nuestro tiempo. Un encuentro parecido tuvo lugar en esta misma ciudad el 7 de junio de 1992 con el amado Papa Juan Pablo II; con los rasgos un poco diferentes, pero con el mismo amor en el corazón, aquí tenéis al actual Sucesor de Pedro, que os abraza a todos en Cristo Jesús, que «es el mismo ayer, y hoy y siempre» (*Hb 13,8*).

Deseo, ante todo, daros las gracias por esta fiesta que me ofrecéis, por la fiesta que sois vosotros, por vuestra presencia y vuestro gozo. Dirijo un saludo afectuoso a los venerados Hermanos en el Episcopado y en el Sacerdocio, así como a vuestros animadores. Os doy las gracias de corazón y saludo a cuantos han preparado este encuentro y, en particular, a la Comisión episcopal para la Juventud y las Vocaciones, con su Presidente, Mons. Kanda Almeida, al que agradezco las amables palabras de bienvenida que me ha dirigido. Saludo a todos los jóvenes, católicos y no católicos, que buscan una respuesta a sus problemas, algunos de los cuales han sido seguramente indicados por vuestros representantes, cuyas palabras he escuchado con gratitud. Naturalmente, el abrazo a ellos, vale también para todos vosotros.

Encontrarse con los jóvenes hace bien a todos. Tal vez tengan muchos problemas, pero llevan consigo mucha

esperanza, mucho entusiasmo y deseos de volver a empezar. Jóvenes amigos, lleváis dentro de vosotros mismos la dinámica del futuro. Os invito a mirarlo con los ojos del Apóstol Juan: «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva... y también la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, enviada por Dios, arreglada como una novia que se adorna para su esposo. Y escuché una voz potente que decía desde el trono: “Ésta es la morada de Dios con los hombres”» (*Ap* 21,1-3). Queridísimos amigos, Dios marca la diferencia. Así ha sido desde la intimidad serena entre Dios y la pareja humana en el jardín del Edén, pasando por la gloria divina que irradiaba en la Tienda del Encuentro en medio del pueblo de Israel durante la travesía del desierto, hasta la encarnación del Hijo de Dios, que se unió indisolublemente al hombre en Jesucristo. Este mismo Jesús retoma la travesía del desierto humano pasando por la muerte para llegar a la resurrección, llevando consigo a toda la humanidad a Dios. Ahora, Jesús ya no está encerrado en un espacio y tiempo determinado, sino que su Espíritu, el Espíritu Santo, brota de Él y entra en nuestros corazones, uniéndonos así a Jesús mismo y, con Él, al Padre, al Dios uno y trino.

Queridos amigos, Dios ciertamente marca la diferencia... Más aún, Dios nos hace diferentes, nos renueva. Ésta es la promesa que nos hizo Él mismo: «Ahora hago el universo nuevo» (*Ap* 21,5). Y es verdad. Lo afirma el Após-

tol San Pablo: «El que es de Cristo es una criatura nueva: lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado. Todo esto viene de Dios, que por medio de Cristo nos reconcilió consigo» (*2 Co* 5,17-18). Al subir al cielo y entrar en la eternidad, Jesucristo ha sido constituido Señor de todos los tiempos. Por eso, Él se hace nuestro compañero en el presente y lleva el libro de nuestros días en su mano: con ella asegura firmemente el pasado, con el origen y los fundamentos de nuestro ser; en ella custodia con esmero el futuro, dejándonos vislumbrar el alba más bella de toda nuestra vida que de Él irradia, es decir, la resurrección en Dios. El futuro de la humanidad nueva es Dios; una primera anticipación de ello es precisamente su Iglesia. Cuando os sea posible, leed atentamente la historia: os podréis dar cuenta de que la Iglesia, con el pasar de los años, no envejece; antes bien, se hace cada vez más joven, porque camina al encuentro del Señor, acercándose más cada día a la única y verdadera fuente de la que mana la juventud, la regeneración y la fuerza de la vida.

Amigos que me escucháis, el futuro es Dios. Como hemos oído hace poco, Él «enjuagará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor. Porque el primer mundo ha pasado» (*Ap* 21,4). Pero, mientras tanto, veo ahora aquí algunos jóvenes angoleños –pero son miles– mutilados a consecuencia de la guerra y de las minas, pienso en tantas lágrimas que

muchos de vosotros habéis derramado por la pérdida de vuestros familiares, y no es difícil imaginar las sombrías nubes que aún cubren el cielo de vuestros mejores sueños... Leo en vuestro corazón una duda que me planteáis: «Esto es lo que tenemos. Lo que nos dices, no lo vemos. La promesa tiene la garantía divina –y nosotros creemos en ella– pero ¿cuándo se alzarán Dios para renovar todas las cosas?». Jesús responde lo mismo que a sus discípulos: «No perdáis la calma: creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas estancias, y me voy a prepararos sitio» (*Jn* 14,1-2). Pero, vosotros, queridos jóvenes, insistís: «De acuerdo. Pero, ¿cuándo sucederá esto?». A una pregunta parecida de los Apóstoles, Jesús respondió: «No os toca a vosotros conocer los tiempos y las fechas que el Padre ha establecido con su autoridad. Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos... hasta los confines del mundo» (*Hch* 1,7-8). Fijaos que Jesús no nos deja sin respuesta; nos dice claramente una cosa: la renovación comienza dentro; se os dará una fuerza de lo Alto. La fuerza dinámica del futuro está dentro de vosotros.

Está dentro..., pero ¿cómo? Como la vida está oculta en la semilla: así lo explicó Jesús en un momento crítico de su ministerio. Éste comenzó con gran entusiasmo, pues la gente veía que se curaba a los enfermos, se expulsaba a los demonios y se proclamaba el Evan-

gelio; pero, por lo demás, el mundo seguía como antes: los romanos dominaban todavía, la vida era difícil en el día a día, a pesar de estos signos y de estas bellas palabras. El entusiasmo se fue apagando, hasta el punto de que muchos discípulos abandonaron al Maestro (cf. *Jn* 6,66), que predicaba, pero no transformaba el mundo. Y todos se preguntaban: En fondo, ¿qué valor tiene este mensaje? ¿Qué aporta este Profeta de Dios? Entonces, Jesús habló de un sembrador, que esparce su semilla en el campo del mundo, explicando después que la semilla es su Palabra (cf. *Mc* 4,3-20) y son sus curaciones: ciertamente poco, si se compara con las enormes carencias y dificultades de la realidad cotidiana. Y, sin embargo, en la semilla está presente el futuro, porque la semilla lleva consigo el pan del mañana, la vida del mañana. La semilla parece que no es casi nada, pero es la presencia del futuro, es la promesa que ya hoy está presente; cuando cae en tierra buena da una cosecha del treinta, el sesenta y hasta el ciento por uno.

Amigos míos, vosotros sois una semilla que Dios ha sembrado en la tierra, que encierra en su interior una fuerza de lo Alto, la fuerza del Espíritu Santo. No obstante, para que la promesa de vida se convierta en fruto, el único camino posible es dar la vida por amor, es morir por amor. Lo dijo Jesús mismo: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero, si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece

a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna» (Jn 12,24-25). Así habló y así hizo Jesús: su crucifixión parece un fracaso total, pero no lo es. Jesús, en virtud «del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha» (Hb 9,14). De este modo, cayendo en tierra, pudo dar fruto en todo tiempo y a lo largo de todos los tiempos. En medio de vosotros tenéis el nuevo Pan, el Pan de la vida futura, la Santa Eucaristía que nos alimenta y hace brotar la vida trinitaria en el corazón de los hombres.

Jóvenes amigos, semillas con la fuerza del mismo Espíritu Eterno, que han germinado al calor de la Eucaristía, en la que se realiza el testamento del Señor. Él se nos entrega y nosotros respondemos entregándonos a los otros por amor suyo. Éste es el camino de la vida; pero se podrá recorrer sólo con un diálogo constante con el Señor y en auténtico diálogo entre vosotros. La cultura social predominante no os ayuda a vivir la Palabra de Jesús, ni tampoco el don de vosotros mismos, al que Él os invita según el designio del Padre. Queridísimos amigos, la fuerza se encuentra dentro de vosotros, como estaba en Jesús, que decía: «El Padre, que permanece en mí, Él mismo hace las obras... El que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores. Porque yo me voy al Padre» (Jn 14,10.12). Por eso, no tengáis miedo de tomar decisiones definitivas. Generosidad no os falta, lo sé. Pero frente al riesgo de comprometerse de

por vida, tanto en el matrimonio como en una vida de especial consagración, sentís miedo: «El mundo vive en continuo movimiento y la vida está llena de posibilidades. ¿Podré disponer en este momento por completo de mi vida sin saber los imprevistos que me esperan? ¿No será que yo, con una decisión definitiva, me juego mi libertad y me ato con mis propias manos?» Éstas son las dudas que os asaltan y que la actual cultura individualista y hedonista exaspera. Pero cuando el joven no se decide, corre el riesgo de seguir siendo eternamente niño.

Yo os digo: ¡Ánimo! Atrevedos a tomar decisiones definitivas, porque, en verdad, éstas son las únicas que no destruyen la libertad, sino que crean su correcta orientación, permitiendo avanzar y alcanzar algo grande en la vida. Sin duda, la vida tiene un valor sólo si tenéis el arrojo de la aventura, la confianza de que el Señor nunca os dejará solos. Juventud angoleña, deja libre dentro de ti al Espíritu Santo, a la fuerza de lo Alto. Confiando en esta fuerza, como Jesús, arriésgate a dar este salto, por decirlo así, hacia lo definitivo y, con él, da una posibilidad a la vida. Así se crearán entre vosotros islas, oasis y después grandes espacios de cultura cristiana, donde se hará visible esa «ciudad santa, que descendía del cielo, enviada por Dios, arreglada como una novia». Ésta es la vida que merece la pena vivir y que de corazón os deseo. Viva la juventud de Angola.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Celebración Eucarística con
los obispos de La Imbisa (Asamblea
Interregional de obispos de África
del Sur)***

*Explanada de Cimangola, Luanda.
Domingo, 22 de marzo de 2009*

Señores Cardenales, Venerados Hermanos en el Episcopado y en el Sacerdocio, Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

«Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna» (Jn 3,16). Estas palabras nos colman de gozo y esperanza, pues anhelamos el cumplimiento de las promesas de Dios. Para mí es hoy un motivo de alegría celebrar como Sucesor del Apóstol Pedro esta Misa con vosotros, mis hermanos y hermanas en Cristo, que venís de diversas regiones de Angola, Santo Tomé y Príncipe y de muchos otros Países. Saludo con gran afecto en el Señor a las comunidades católicas de Luanda, Bengo, Cabinda, Benguela, Huambo, Huíla, Kuando Kubango, Kunene, Kwanza Norte, Kwanza Sul, Lunda Norte, Lunda Sul, Malanje, Namibe, Moxico, Uíje y Zaire.

Saludo especialmente a mis Hermanos Obispos, los miembros de la *Asociación Interregional de los Obispos del África Austral*, reunidos alrededor de este altar del sacrificio del Señor. Agra-

dezco al Presidente de la C.E.A.S.T., Arzobispo Damião Franklin, por sus amables palabras de bienvenida y, en la persona de sus Pastores, saludo a todos los fieles de las naciones de Botswana, Lesotho, Mozambique, Namibia, Sudáfrica, Suazilandia y Zimbabue.

La primera lectura de hoy tiene una resonancia particular para el Pueblo de Dios en Angola. Es un mensaje de esperanza para el Pueblo elegido en la lejanía de su destierro, una invitación a volver a Jerusalén para reconstruir el Templo del Señor. La descripción vibrante de la destrucción y la ruina causada por la guerra refleja la experiencia personal de muchos en este País durante las terribles devastaciones de la guerra civil. Qué verdad es el que la guerra puede destruir «todo lo que tiene valor» (cf. 2 Cr 36,19): familias, comunidades enteras, el fruto de la fatiga de los hombres, las esperanzas que guían y alientan sus vidas y su trabajo. Esta experiencia es demasiado familiar en el conjunto de África: el poder destructivo de la guerra civil, el caer en el torbellino del odio y la venganza, el despilfarro de los esfuerzos de generaciones de gente de bien. Cuando se descuida la Palabra del Señor —una Palabra que tiende a la edificación de las personas, de las comunidades y de toda la familia humana—, y la Ley de Dios es objeto de «burla, desprecio y escarnio» (cf. *ibid.*, v. 16), el resultado sólo puede ser destrucción e injusticia, deshonra de nuestra común humanidad y traición de nuestra vocación a ser hijos e hijas

del Padre misericordioso, hermanos y hermanas de su Hijo predilecto.

Nos confortan, pues, las palabras consoladoras que hemos escuchado en la primera lectura. La llamada a volver y a reconstruir el Templo de Dios tiene un significado particular para todos nosotros. San Pablo, de cuyo nacimiento celebramos este año el bimilenario, nos dice que «somos santuario del Dios vivo» (2 Co 6,16). Como sabemos, Dios habita en el corazón de los que ponen su confianza en Cristo, han renacido en el Bautismo y se han convertido en templo del Espíritu Santo. También ahora, en la unidad del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, Dios nos llama a reconocer en nosotros la fuerza de su presencia, a acoger de nuevo el don de su amor y su perdón, y a convertirnos en mensajeros de este amor misericordioso en nuestras familias y comunidades, en la escuela, el trabajo y en cada sector de la vida social y política.

Aquí en Angola, este domingo ha sido declarado como día de oración y sacrificio por la reconciliación nacional. El Evangelio nos enseña que la reconciliación —una verdadera reconciliación— sólo puede ser fruto de una conversión, de una transformación del corazón, de un nuevo modo de pensar. Nos enseña que sólo la fuerza del amor de Dios puede cambiar nuestros corazones y hacernos triunfar sobre el poder del pecado y la división. Cuando estábamos «muertos por nuestros pecados»

(cf. Ef 2,5), su amor y su misericordia nos han ofrecido la reconciliación y la vida nueva en Cristo. Éste es el núcleo de la enseñanza del apóstol Pablo, y es importante para nosotros volver a traer a la memoria que sólo la gracia de Dios puede crear en nosotros un corazón nuevo. Sólo su amor puede cambiar nuestro «corazón de piedra» (Ez 11,19) y hacernos capaces de construir, en lugar de demoler. Sólo Dios puede hacer nuevas todas las cosas.

He venido a África precisamente para predicar este mensaje de perdón, de esperanza y de una vida nueva en Cristo. Hace tres días, en Yaundé, he tenido la alegría de hacer público el *Instrumentum laboris* de la Segunda Asamblea Especial para África del Sínodo de los Obispos, que estará dedicada al tema: *La Iglesia en África al servicio de la reconciliación, la justicia y la paz*. Hoy os pido que recéis, junto con nuestros hermanos y hermanas de toda África, por esta intención: que todo cristiano en este gran Continente sienta el toque saludable del amor misericordioso de Dios, y que la Iglesia en África sea «gracias al testimonio ofrecido por sus hijos e hijas, lugar de auténtica reconciliación» (*Ecclesia in Africa*, 79).

Queridos amigos, éste es el mensaje que el Papa os dirige a vosotros y a vuestros hijos. Habéis recibido del Espíritu Santo la fuerza de ser los constructores de un porvenir mejor para vuestro querido País. En el Bautismo se os ha dado el Espíritu para ser heral-

dos del Reino de Dios, reino de la verdad y la vida, de la santidad y la gracia, de la justicia, el amor y la paz (cf. *Misal Romano*, Jesucristo, Rey del universo, Prefacio). El día de vuestro Bautismo habéis recibido la luz de Cristo. Sed fieles a este don, con la certeza de que el Evangelio puede confirmar, purificar y ennoblecer los profundos valores humanos que hay en vuestra cultura nativa y en vuestras tradiciones: familias unidas, profundo sentido religioso, alegre celebración del don de la vida, estima por la sabiduría de los ancianos y por las aspiraciones de los jóvenes. Y agradeced también la luz de Cristo. Mostrad vuestro reconocimiento a quienes os la han traído: generaciones y generaciones de misioneros que tanto han contribuido y siguen contribuyendo al desarrollo humano y espiritual de este País. Agradeced el testimonio de tantos padres y maestros cristianos, catequistas, sacerdotes, religiosas y religiosos, que han sacrificado su propia vida para transmitir este precioso tesoro. Asumid el reto que representa este gran patrimonio. Tened presente que la Iglesia en Angola y en toda África, tiene la tarea de ser ante el mundo un signo de esa unidad a la que, a través de la fe en Cristo redentor, está llamada toda la familia humana.

En el Evangelio de hoy hay palabras de Jesús que suscitan una cierta impresión: Él nos dice que ya se ha dictado la sentencia de Dios sobre el mundo (cf. *Jn* 3,19ss). La luz ha venido al mundo. Pero los hombres han

preferido las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas. Cuántas tinieblas hay en tantas partes del mundo. Las nubes del mal han oscurecido trágicamente también África, incluida esta amada Nación de Angola. Pensemos en el drama de la guerra, en las feroces consecuencias del tribalismo y las rivalidades étnicas, en la codicia que corrompe el corazón del hombre, esclaviza a los pobres y priva a las generaciones futuras de los recursos que necesitan para crear una sociedad más solidaria y más justa, una sociedad real y auténticamente africana en su genio y en sus valores. Y ¿qué decir de ese insidioso espíritu de egoísmo que encierra a las personas en sí mismas, divide las familias y, suplantando los grandes ideales de generosidad y abnegación, lleva inevitablemente al hedonismo, a la evasión en falsas utopías mediante el uso de la droga, a la irresponsabilidad sexual, al debilitamiento de la unión matrimonial, a la destrucción de las familias y la eliminación de vidas humanas inocentes por el aborto?

Sin embargo, la palabra de Dios es una palabra de esperanza sin límites. En efecto, «tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único... para que el mundo se salve por él» (*Jn* 3,16-17). Dios nunca nos considera desahuciados. Él sigue invitándonos a levantar los ojos hacia un futuro de esperanza y nos promete la fuerza para conseguirlo. Como dice San Pablo en la segunda lectura de hoy, Dios nos

ha creado en Cristo Jesús para vivir una vida justa, una vida en que hagamos buenas obras según su voluntad (cf. *Ef* 2,10). Nos ha dado sus mandamientos, no como una rémora, sino como un manantial de libertad: libertad para ser hombres y mujeres llenos de sabiduría, maestros de justicia y paz, gente que tiene confianza en los otros y busca su auténtico bien. Dios nos ha creado para vivir en la luz y para ser luz del mundo que nos rodea. Esto es lo que Jesús nos dice en el Evangelio de hoy: «El que realiza la verdad, se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios» (*Jn* 3,21).

«Vivid, pues, conforme a la verdad». Irradiad la luz de la fe, la esperanza y el amor en vuestras familias y comunidades. Sed testigos de la santa verdad que hace libres a los hombres y las mujeres. Sabéis por una amarga experiencia que, tras la repentina furia destructora del mal, el trabajo de reconstrucción es penosamente lento y duro. Requiere tiempo, esfuerzo y perseverancia: debe comenzar en nuestros corazones, en los pequeños sacrificios cotidianos necesarios para ser fieles a la ley de Dios, en los pequeños gestos mediante los cuales demostramos amar a nuestros prójimos –todos ellos, sin distinción de raza, etnia o lengua– con la disponibilidad de colaborar con ellos para construir juntos sobre fundamentos duraderos. Haced que vuestras parroquias se conviertan en comunidades donde la

luz de la verdad de Dios y el poder del amor reconciliador de Cristo no solamente se celebren, sino que también se manifiesten en obras concretas de caridad. No tengáis miedo. Aunque esto signifique ser un «signo de contradicción» (*Lc* 2,34) frente a actitudes duras y una mentalidad que considera a los otros como instrumentos para usar, en vez de como hermanos y hermanas a los que amar, respetar y ayudar a lo largo del camino de la libertad, la vida y la esperanza.

Permitidme concluir con una palabra dirigida particularmente a los jóvenes de Angola y a todos los jóvenes de África. Queridos jóvenes amigos, vosotros sois la esperanza del futuro de vuestro País, la promesa de un mañana mejor. Comenzad a crecer desde hoy en vuestra amistad con Jesús, que es «el camino, y la verdad, y la vida» (*Jn* 14,6): una amistad alimentada y profundizada por la oración humilde y perseverante. Buscad su voluntad sobre vosotros, escuchando cotidianamente su palabra y dejando que su ley modele vuestra vida y vuestras relaciones. De este modo os convertiréis en profetas sabios y generosos del amor salvador de Dios; llegaréis a ser evangelizadores de vuestros propios compañeros, llevándolos con vuestro ejemplo personal a que aprecien la belleza y la verdad del Evangelio, y a encaminarse por la esperanza de un futuro plasmado por los valores del Reino de Dios. La Iglesia necesita vuestro testimonio. No tengáis miedo de responder gene-

rosamente a la llamada de Dios para servirlo, bien como sacerdotes, religiosos o religiosos, bien como padres cristianos o en tantas otras formas de servicio que la Iglesia os propone.

Queridos hermanos y hermanas, al final de la primera lectura de hoy, Ciro, rey de Persia, inspirado por Dios, ordena al Pueblo elegido que vuelva a su querida Patria y reconstruya el Templo del Señor. Que estas palabras del Señor sean una llamada para todo el Pueblo de Dios en Angola y en toda África del Sur: Levantaos, *poneos en camino* (cf. 2 Cr 36,23). Mirad al futuro con esperanza, confiad en las promesas de Dios y vivid en su verdad. De este modo construiréis algo destinado a permanecer, y dejaréis a las generaciones futuras una herencia duradera de reconciliación, de justicia y de paz. Amén.

***Rezo del Ángelus por parte del Papa,
Benedicto XVI***

Explanada de Cimangola, Luanda.

IV Domingo de Cuaresma, 22 de marzo de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Al final de nuestra celebración eucarística, mientras mi Visita pastoral a África está llegando a su conclusión, nos dirigimos a María, la Madre del

Redentor, para suplicar su amorosa intercesión sobre nosotros, nuestras familias y nuestro mundo.

En esta plegaria del *Ángelus*, recordamos el «sí» incondicional de María a la voluntad de Dios. Por la obediencia de fe de la Virgen, el Hijo ha venido al mundo para traernos perdón, salvación y vida en abundancia. Haciéndose hombre como nosotros en todo, menos en el pecado, Cristo nos ha enseñado la dignidad y el valor de cada miembro de la familia humana. Ha muerto por nuestros pecados, para reunirnos a todos en la familia de Dios.

Nuestra plegaria se eleva hoy desde Angola, desde África, y abraza el mundo entero. Que los hombres y mujeres de todas las partes del mundo que se unen a nuestra oración, dirijan a su vez sus ojos a África, a este gran Continente tan lleno de esperanza, aunque todavía tan sediento de justicia, de paz y de un desarrollo sano e integral, que asegure a su pueblo un futuro de progreso y paz.

Hoy encomiendo a vuestras plegarias el trabajo de preparación para la próxima Segunda Asamblea Especial para África del Sínodo de los Obispos, cuya celebración está prevista para finales de este año. Que, inspirados por la fe en Dios y confiados en las promesas de Cristo, los católicos de este Continente sean cada vez más plenamente levadura de esperanza evangélica para todas las personas de buena voluntad que aman

a África, se dedican al progreso material y espiritual de sus hijos, y a la difusión de la paz, la prosperidad, la justicia y la solidaridad con vistas al bien común.

Que la Virgen María, Reina de la Paz, continúe guiando al pueblo de Angola en la tarea de la reconciliación nacional después de la devastadora e inhumana experiencia de la guerra civil. Que sus oraciones alcancen para todos los angoleños la gracia de un auténtico perdón, del respeto por los otros y de la cooperación, la única que puede llevar adelante la inmensa obra de la reconstrucción. Que la Santa Madre de Dios, que nos indica a su Hijo, nuestro hermano, nos recuerde a los cristianos de todo lugar el deber de amar a nuestro prójimo, de ser constructores de paz y los primeros en perdonar a quien ha pecado contra nosotros, así como nosotros hemos sido perdonados.

Aquí, en África del Sur, pidamos a Nuestra Señora que interceda particularmente por la paz, la conversión de los corazones y el fin del conflicto en la cercana región de los Grandes Lagos. Que su Hijo, Príncipe del Paz, dé alivio a quien sufre, consuelo a los que lloran y fuerza a todos los que tratan de avanzar en el difícil proceso del diálogo, la negociación y el cese de la violencia.

Con esta confianza, nos dirigimos ahora a María, Madre nuestra y, al recitar la oración del *Ángelus*, pidamos por la paz y la salvación de toda la familia humana.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, en el encuentro con los movimientos católicos para la promoción de la mujer

Parroquia de Santo Antonio, Luanda. Domingo, 22 de marzo de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

«No les queda vino», dijo María a Jesús, suplicando para que la boda pudiera continuar en fiesta, como siempre debe ser: «Los invitados a la boda no pueden ayunar mientras tienen al novio con ellos» (cf. *Mc* 2,19). La Madre de Jesús fue después a los sirvientes recomendándoles: «Haced lo que él os diga» (cf. *Jn* 2,1-5). Y aquella mediación materna hizo posible el «vino bueno», premonitor de una nueva alianza entre la omnipotencia divina y el corazón humano pobre pero bien dispuesto. Por lo demás, esto es lo que ya había sucedido en el pasado cuando —como hemos oído en la primera lectura— «todo el pueblo, a una, respondió: “haremos todo cuanto ha dicho el Señor”» (*Ex* 19,8).

Que estas mismas palabras broten del corazón de todos los que estamos aquí reunidos, en esta iglesia de San Antonio, levantada gracias a la benemérita obra misionera de los Frailes menores capuchinos, como una nueva Tienda para el Arca de la Alianza, signo de la presencia de Dios en medio del pueblo en camino. Sobre ellos y cuantos colaboran y se benefician de la

asistencia religiosa y social que se presta aquí, el Papa imparte una benévola y alentadora Bendición. Saludo cordialmente a todos los presentes: Obispos, presbíteros, consagrados y consagradas, y de modo particular a vosotros, fieles laicos, que asumís conscientemente los deberes de compromiso y testimonio cristiano que conlleva el sacramento del bautismo y, para los casados, también del sacramento de la matrimonio. Y, dado el motivo principal que nos reúne aquí, dirijo un saludo lleno de afecto y esperanza a las mujeres, a las que Dios ha confiado la fuente de la vida: vivís y apostáis por la vida, porque el Dios vivo ha apostado por vosotras. Saludo con espíritu agradecido a los responsables y animadores de los Movimientos eclesiales que se preocupan entre otras cosas por la promoción de la mujer angoleña. Agradezco a Mons. José de Queirós Alves y a vuestros representantes las palabras que me han dirigido, expresando los afanes y esperanzas de tantas heroínas silenciosas, como son las mujeres en esta querida Nación.

Exhorto a todos a ser realmente conscientes de las condiciones desfavorables a las que han estado sometidas —y lo siguen estando— muchas mujeres, examinando en qué medida esto puede ser causado por la conducta y la actitud de los hombres, a veces por su falta de sensibilidad o responsabilidad. Los designios de Dios son diferentes. Hemos escuchado en la lectura que todo el pueblo contestó al unísono: «Haremos todo cuanto ha dicho el Señor». Dice

la Sagrada Escritura que el Creador divino, al ver la obra que había realizado, vio que faltaba algo: todo habría sido bueno si el hombre no hubiera estado solo. ¿Cómo podía el hombre solo ser imagen y semejanza de Dios, que es uno y trino, de Dios que es comunión? «No está bien que el hombre esté solo; voy a hacer alguien como él que le ayude» (cf. *Gn 2,18-20*). Dios se puso de nuevo manos a la obra para crear la ayuda que faltaba, y se la proporcionó de forma privilegiada, introduciendo el orden del amor, que no veía suficientemente representado en la creación.

Como sabéis, hermanos y hermanas, este orden del amor pertenece a la vida íntima de Dios mismo, a la vida trinitaria, siendo el Espíritu Santo la hipóstasis personal del amor. Ahora bien, «sobre el designio eterno de Dios —como dijo el recordado Papa Juan Pablo II—, la mujer es aquella en quien el orden del amor en el mundo creado de las personas halla un terreno para su primera raíz» (Carta ap., *Mulieris dignitatem*, 29). En efecto, al ver el encanto fascinante que irradia de la mujer a causa de la íntima gracia que Dios le ha dado, el corazón del hombre se ilumina y se ve a sí mismo en ella: «Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne» (*Gn 2,23*). La mujer es otro «yo» en la común humanidad. Hay que reconocer, afirmar y defender la misma dignidad del hombre y la mujer: ambos son personas, diferentes de cualquier otro ser viviente del mundo que les rodea.

Los dos están llamados a vivir en profunda comunión, en un recíproco reconocimiento y entrega de sí mismos, trabajando juntos por el bien común con las características complementarias de lo que es masculino y de lo que es femenino. ¿A quién se le oculta hoy la necesidad de dar más espacio a las «razones» del corazón? En un mundo como el actual, dominado por la técnica, se siente la exigencia de esta complementariedad de la mujer, para que el ser humano pueda vivir sin deshumanizarse del todo. Puede pensarse en las tierras donde hay más pobreza, en las regiones devastadas por la guerra, en muchas situaciones trágicas causadas por las migraciones, forzadas o no... En esos casos, casi siempre son las mujeres las que mantienen intacta la dignidad humana, defienden la familia y tutelan los valores culturales y religiosos.

Queridos hermanos y hermanas, la historia habla casi exclusivamente de las conquistas de los hombres, cuando, en realidad, una parte importantísima se debe a la acción determinante, perseverante y beneficiosa de las mujeres. Permitidme que, entre muchas mujeres extraordinarias, os hable de dos: Teresa Gomes y Maria Bonino. Angoleña la primera, fallecida el año 2004 en la ciudad de Sumbe, después de una vida conyugal feliz de la que nacieron 7 hijos; su fe cristiana fue inquebrantable y su celo apostólico admirable, sobre todo en los años 1975 y 1976, cuando una feroz propaganda

ideológica y política se abatió sobre la parroquia de Nuestra Señora de las Gracias de Porto Amboim, consiguiendo casi que se cerraran las puertas de la iglesia. Teresa se convirtió entonces en la líder de los fieles que no se rindieron ante dicha situación, animándolos, protegiendo valerosamente las estructuras parroquiales y buscando cualquier modo posible para tener de nuevo la santa Misa. Su amor a la Iglesia la hizo incansable en la obra de la evangelización, bajo la guía de los sacerdotes.

Maria Bonino fue una pediatra italiana, que se ofreció voluntaria para diversas misiones en esta querida África, y llegó a ser en los últimos años de su vida responsable del departamento pediátrico del hospital provincial de Uíje. Dedicada la cura de miles de niños allí hospitalizados, María pagó con el mayor sacrificio el servicio prestado durante una terrible epidemia de fiebre hemorrágica de Marburg, acabando contagiada ella misma; aunque se la trajo a Luanda, aquí murió y reposa desde el 24 de marzo de 2005. Pasado mañana se cumple el cuarto aniversario. La Iglesia y la sociedad humana se han enriquecido enormemente –y lo siguen siendo– por la presencia y las virtudes de las mujeres, particularmente por las que se han consagrado al Señor y, apoyándose en Él, se han puesto al servicio de los otros.

Queridos angoleños, hoy nadie debería dudar que las mujeres, sobre

la base de su igual dignidad con los hombres, «tienen pleno derecho a insertarse activamente en todos los ámbitos públicos y su derecho debe ser afirmado y protegido incluso por medio de instrumentos legales donde se considere necesario. Sin embargo, este reconocimiento del papel público de las mujeres no debe disminuir su función insustituible dentro de la familia: aquí su aportación al bien y al progreso social, aunque esté poco considerada, tiene un valor verdaderamente inestimable» (*Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, 1995, n. 9). Por lo demás, en el ámbito personal, la mujer siente la propia dignidad no tanto como el resultado de una afirmación de los derechos en el plano jurídico, sino más bien como el resultado directo de las atenciones materiales y espirituales que se reciben en la familia. La presencia materna dentro de la familia es tan importante para la estabilidad y el desarrollo de esta célula fundamental de la sociedad, que debería ser reconocida, alabada y apoyada de todos los modos posibles. Y, por el mismo motivo, la sociedad ha de llamar la atención a los maridos y a los padres sobre sus responsabilidades respecto a su propia familia.

Queridas familias, sin duda os habéis dado cuenta de que ninguna pareja humana puede por sí sola, únicamente con las propias fuerzas, ofrecer a los hijos de manera adecuada el amor y el sentido de la vida. En efecto, para

poder decir a alguien: «Tu vida es buena, aunque no se sepa su futuro», hace falta una autoridad y una credibilidad mayor de la que pueden dar los padres por sí solos. Los cristianos saben que esta autoridad mayor se ha dado a esa familia más grande, que Dios, por su Hijo Jesucristo y el don del Espíritu Santo, ha creado en la historia humana, es decir, la Iglesia. Vemos en ello la obra de ese Amor eterno e indestructible que asegura a la vida de cada uno de nosotros un sentido permanente, aunque no conozcamos su futuro. Por este motivo, la edificación de toda familia cristiana se realiza dentro de esa familia más grande que es la Iglesia, la cual la sostiene y la estrecha en su pecho, garantizando que sobre ella, ahora y en el futuro, se pose el «sí» del Creador.

«No les queda vino», dice María a Jesús. Queridas mujeres angoleñas, tenedla como vuestra abogada ante el Señor. Así la conocemos desde aquellas bodas de Caná: como la mujer bondadosa, llena de solicitud maternal y de valor, la mujer que se da cuenta de las necesidades ajenas y, queriendo poner remedio, las lleva ante el Señor. Junto a Ella, todos, hombres y mujeres, podemos recobrar esa serenidad e íntima confianza que nos hace sentirnos bienaventurados en Dios e incansables en la lucha por la vida. Que la Virgen de Muxima sea la estrella de vuestra vida; que Ella os guarde unidos en la gran familia de Dios. Amén.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en la ceremonia de despedida***

Aeropuerto internacional "4 de Fevereiro" de Luanda. Lunes, 23 de marzo de 2009

Excelentísimo Señor Presidente de la República, Ilustrísimas Autoridades civiles, militares y eclesíásticas, Queridos hermanos y hermanas en Cristo, Amigos todos de Angola:

A la hora de partir, y muy reconocido por la presencia de Vuestra Excelencia, Señor Presidente, deseo expresarles mi aprecio y gratitud, tanto por el distinguido tratamiento que me ha deparado como por las disposiciones tomadas para facilitar el desarrollo de los diversos encuentros que he tenido el gozo de vivir. Expreso mi cordial agradecimiento a las Autoridades civiles y militares, a los Pastores y a los responsables de las comunidades e instituciones eclesiales implicadas en dichos encuentros, por la gentileza con que han querido honrarme durante estos días que he podido pasar con vosotros. Se debe una palabra de gratitud a los integrantes de los medios de comunicación social, a los agentes de los servicios de seguridad y a todos los voluntarios que, con generosidad, eficiencia y discreción, han contribuido al buen resultado de mi visita.

Doy gracias a Dios por haber encontrado una Iglesia viva y, a pesar de las dificultades, llena de entusiasmo, que ha sabido llevar sobre los hombros su cruz, y la de los demás, dando testimonio ante todos de la fuerza salvadora del

mensaje evangélico. Ella sigue anunciando que ha llegado el tiempo de la esperanza, comprometiéndose a pacificar los ánimos e invitando al ejercicio de una caridad fraterna que sepa abrirse a la acogida de todos, respetando las ideas y sentimientos de cada uno. Es el momento de despedirme y regresar a Roma, triste por tener que dejaros, pero contento por haber conocido un pueblo valeroso y decidido a renacer. No obstante las resistencias y los obstáculos, este pueblo quiere edificar su futuro caminando por la senda del perdón, la justicia y la solidaridad.

Si se me permite dirigir aquí un llamamiento final, quisiera pedir que la justa realización de las aspiraciones fundamentales de la población más necesitada sea la principal preocupación de los que ejercen cargos públicos, pues su intención —estoy seguro— es desempeñar la misión encomendada, no para sí mismos, sino con vistas al bien común. Nuestro corazón no puede quedarse en paz mientras haya hermanos que sufren por falta de comida, de trabajo, de una casa o de otros bienes fundamentales. Para dar una respuesta concreta a estos nuestros hermanos en humanidad, el primer desafío que se ha de vencer es el de la solidaridad: solidaridad entre las generaciones, solidaridad entre las Naciones y entre los continentes, que permita compartir cada vez más ecuánimemente los recursos de la tierra entre todos los hombres.

Y desde Luanda levanto la vista sobre toda África, dándole cita para el próximo

mes de octubre en la Ciudad del Vaticano, cuando nos reuniremos para la II Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos dedicada a este Continente, donde el Verbo encarnado en persona encontró refugio. Ahora, ruego a Dios que haga sentir su protección y ayuda a los innumerables refugiados y expatriados que vagan en espera de una vuelta a su propia casa. El Dios del cielo les repite: «Aunque la madre se olvide de ti, Yo nunca te olvidaré» (cf. *Is* 49,15). Dios os ama como hijos e hijas; Él vela sobre vuestros días y vuestras noches, sobre vuestras fatigas y aspiraciones.

Hermanos y amigos de África, queridos angoleños: ¡ánimo! No os canséis de hacer progresar la paz, haciendo gestos de perdón y trabajando por la reconciliación nacional, para que la violencia nunca prevalezca sobre el diálogo, el temor y el desaliento sobre la confianza y el rencor sobre el amor fraterno. Eso será posible si os reconocéis mutuamente como hijos del mismo y único Padre del Cielo. Dios bendiga Angola. Bendiga a cada uno de sus hijos e hijas. Bendiga el presente y el futuro de esta querida Nación. Adiós.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
en el encuentro con los periodistas
durante el vuelo de regreso***

Lunes, 23 de marzo de 2009

Queridos amigos, veo que estáis todavía trabajando. Mi trabajo casi ha

terminado, en cambio vosotros comenzáis de nuevo. Gracias por este esfuerzo.

Se me han quedado grabadas en la memoria sobre todo dos impresiones: por un lado, esta cordialidad casi exuberante, esta alegría, de un África en fiesta, y me parece que en el Papa han visto, digamos, la personificación del hecho de que todos somos hijos y familia de Dios. Esta familia existe, y nosotros, con todas nuestras limitaciones, formamos parte de esta familia y Dios está con nosotros. De este modo, digámoslo así, la presencia del Papa ha ayudado a sentir esto y a llenarse de alegría.

Por otro lado, me ha impresionado mucho el espíritu de recogimiento en las celebraciones litúrgicas, el intenso sentido de lo sagrado: en la liturgia, los grupos no se presentan a sí mismos, no se animan a sí mismos, sino que reina la presencia del sacro, de Dios mismo; también los movimientos estaban llenos de respeto y reconocimiento de la presencia divina. Esto me ha impresionado mucho.

Debo decir también que me ha dolido profundamente la muerte de dos muchachas, el viernes por la tarde, en la aglomeración que se formó ante las puertas del Estadio. He rezado y rezo por ellas. Por desgracia, una de ellas aún no ha sido identificada. El Cardenal Bertone y Mons. Filoni han podido visitar a la mamá de la otra, una

mujer viuda, valerosa, con cinco hijos. La mayor de ellos -la que ahora ha fallecido- era catequista. Todos nosotros rezamos y esperamos que, en el futuro, se puedan organizar las cosas de modo que esto no vuelva a suceder.

Hay otros dos recuerdos que han quedado en mi memoria: un recuerdo especial -habría tanto que decir- se refiere al Centro Cardenal Léger. Me ha llegado al corazón ver allí el mundo de tantos sufrimientos -todo el dolor, la tristeza, la pobreza de la existencia humana-, pero también comprobar cómo el Estado y la Iglesia colaboran para ayudar a los que sufren. Por una parte, el Estado administra de modo ejemplar este gran Centro. Por otra, movimientos eclesiales y entidades de la Iglesia colaboran para ayudar realmente a estas personas. Y se ve, me parece, cómo el ser humano, ayudando a quién sufre, se hace más humano, el mundo se hace más humano. Esto es lo que queda grabado en mi memoria.

No sólo hemos distribuido el *Instrumentum laboris* para el Sínodo, sino que también hemos trabajado para el Sínodo. El día de san José por la tarde me reuní con todos los miembros del

Consejo para el Sínodo -12 Obispos- y cada uno habló de la situación de su Iglesia local. Me han hablado de sus propuestas, de sus expectativas, y así ha surgido una idea muy rica de la realidad de la Iglesia en África: cómo se mueve, cómo sufre, qué hace, cuáles son las esperanzas y los problemas. Podría hablar mucho, por ejemplo, de la Iglesia en Sudáfrica, que ha tenido una experiencia de reconciliación difícil, pero sustancialmente lograda: ahora, ella ayuda con sus experiencias al tentativo de reconciliación en Burundi y trata de hacer algo parecido, aunque con grandes dificultades, en Zimbabue.

Finalmente, quisiera expresar una vez más mi agradecimiento a todos los que han contribuido al buen éxito de este viaje: hemos visto cuántos preparativos lo han precedido y cómo todos han colaborado. Deseo dar las gracias a las autoridades estatales, civiles, a las de la Iglesia y a todas las personas que han colaborado. Me parece que la palabra que debe concluir realmente esta aventura es «gracias». Gracias una vez más también a vosotros, periodistas, por el trabajo que habéis hecho y que seguís haciendo. Buen viaje a todos. Gracias.

SANTA SEDE*Carta a la Jerarquía Católica con ocasión de la Colecta*
«PRO TERRA SANCTA». Cuaresma 2009*Excelencia Reverendísima:*

Es para mí motivo de gozo el dirigirme también este año a Vd. y a los fieles que forman parte de esa porción del Pueblo de Dios para mantener viva la sensibilidad a favor de los hermanos cristianos de Tierra Santa, quienes, junto con los demás habitantes de vastas regiones de Medio Oriente, aspiran desde hace mucho tiempo a la paz y la tranquilidad, todavía hoy tan amenazadas.

La Iglesia universal sigue con intensa preocupación la situación convertida en inestable por diversos graves problemas. El primero es la ausencia de la paz. La alegría navideña ha sido herida, en efecto, por la violenta reanudación de las hostilidades en la Franja de Gaza. Entre las innumerables víctimas se cuentan muchos niños completamente inocentes. Precisamente en Navidad se ha oscurecido así la esperanza traída por el Niño de Belén, y esto tras el alentador apoyo espiritual y material que la población cristiana había recibido de los peregrinos, quienes en el año 2008 han superado incluso a los del Jubileo del año 2000.

Durante la Asamblea Sinodal de octubre pasado, los Patriarcas y los Arzobispos Mayores Orientales Católicos

habían puesto en manos del Santo Padre una vibrante llamada a la paz, inspirada en la Palabra de Dios: el Apóstol Pablo, en efecto, nos dio la extraordinaria certeza de que Cristo «es nuestra paz» (Ef, 2,14). Esta llamada, dirigida al mundo entero, conserva toda su actualidad.

Pero es sobre todo, el Papa Benedicto XVI, quien conforta constantemente a los cristianos y a todos los habitantes de Tierra Santa con gestos y palabras de extraordinaria solicitud, unidos a su deseo de ir como peregrino sobre las huellas históricas de Jesús. Ante el mundo en el día de Navidad y después en la solemnidad de Santa María Madre de Dios, el Papa ha abogado a favor de la paz en aquella Tierra. La premura pontificia ha encontrado un eco del todo singular en el encuentro, al inicio del nuevo año, con los Embajadores de ciento setenta y siete Naciones acreditados ante la Santa Sede. Así se expresó el Pontífice: «El nacimiento de Cristo en la pobre gruta de Belén nos lleva naturalmente a evocar la situación del Medio Oriente y, en primer lugar, de Tierra Santa, donde, en estos días, asistimos a un recrudecimiento de la violencia que ha provocado daños y sufrimientos inmensos entre las poblaciones civiles. (...) Una vez más, quisiera señalar que la opción militar

no es una solución y la violencia, venga de donde venga y bajo cualquier forma que adopte, ha de ser firmemente condenada» (L'Osservatore Romano, 9 de enero de 2009, p. 8).

La herida abierta por la violencia agudiza el problema de la emigración, que inexorablemente priva a la minoría cristiana de sus mejores recursos para el futuro. La Tierra que fue cuna del cristianismo corre el peligro de quedarse sin cristianos.

En la Audiencia General del miércoles, 1 de octubre de 2008, el Santo Padre Benedicto XVI ya había subrayado claramente los orígenes bíblicos de la atención que merece la Tierra Santa: «Quizá ya no estamos en grado de poder comprender plenamente el significado que Pablo y sus comunidades atribuyeron a la colecta en favor de los pobres de Jerusalén. Se trató de una iniciativa completamente nueva en el panorama de las actividades religiosas: no fue obligatoria, sino libre y espontánea; participaron todas las Iglesias fundadas hacia Occidente por Pablo. La colecta expresaba la deuda de sus comunidades hacia la Iglesia madre de Palestina, de la que habían recibido el don inefable del Evangelio». El Papa añadió: «Es tan grande el valor que San Pablo atribuye a este gesto del compartir, que raramente la llama simplemente "colecta": para él ésta es más bien "servicio", "bendición", "amor", "gracia", es más, "liturgia" (2 Cor, 9). Sorprende de modo particular este úl-

timo término, que confiere a la colecta de dinero también un valor cultural: por un lado ésta es un gesto litúrgico o "servicio", ofrecido por parte de todas las comunidades a Dios, y por otro lado es un acto de amor cumplido a favor del pueblo» (L'Osservatore Romano, 2 de octubre de 2008, p. 1).

La Congregación para las Iglesias Orientales sigue con atención en nombre del Santo Padre a la comunidad eclesial de Tierra Santa, y por tanto se hace intérprete de Su amorosa solicitud, renovando la exhortación a todos los católicos para que contribuyan, también materialmente, al sostenimiento que necesitan los Lugares Santos. Es asimismo un honor para esta Congregación el asegurar el vivo agradecimiento del Papa y su oración por cuantos en el próximo Viernes Santo pondrán el corazón en la tradicional Colecta en favor de Tierra Santa.

Las Iglesias de rito latino y de los diversos ritos orientales, que se benefician de esa indispensable ayuda, expresan su agradecimiento con la constante oración por las Iglesias particulares del mundo entero.

He podido comprobar estos sentimientos en la peregrinación que realicé del 24 de febrero al 2 de marzo de 2008 a los Lugares Santos, observando con alegría la unidad de miras de los pastores y de los fieles en la misión eclesial, así como su sensibilidad ecuménica e interreligiosa. En todas partes he pro-

metido la diligente atención de este Dicasterio y de la Iglesia, con la certeza de contar con la confirmación en todos los Obispos católicos de la generosidad siempre mostrada hacia Jerusalén y la Tierra del Señor Jesús.

Para oportuna información uno un documento preparado por la Custodia de la Tierra Santa y una nota de esta

Congregación, que dan fe de las obras realizadas gracias a la Colecta del año 2008.

Con la entera comunidad católica de los Lugares Santos, me es grato invocar sobre usted y sus colaboradores la benevolencia de Dios, que «ama a quien da con alegría» (2 Cor, 9,7), mientras me confirmo con espíritu de fraternidad episcopal,

suyo devmo. en el Señor

Leonardo Card. Sandri, *Prefecto*

Antonio Maria Vegliò, *Arzobispo Secretario*



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANAMARZO

- Días 7: Encuentro de diocesano de niños en Ribadavia, organizado por la Vicaría de Pastoral y las delegaciones de Catequesis y Misiones.
- Día 8: Celebración Eucarística en la fiesta de San Rosendo en Celanova presidida por el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Alfonso Carrasco Rouco, Obispo de Lugo y concelebrada por el Sr. Obispo de la Diócesis y sacerdotes.
- Día 10: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 12: Misa en Inglés en la parroquia de Cristo Rey para conmemorar el día de San Patricio organizado por los alumno de inglés de la Escuela Oficial de Idiomas de Ourense.
- Día 13: Rito de Admisión a las Sagradas Órdenes de tres seminaristas y las Promesas de los que serán ordenados diáconos.
- Día 14: Sagradas Ordenes en la iglesia del Seminario Mayor. Reciben el Orden del Diaconado D. Miguel Alonso Pérez, D. Néstor Álvarez Rodríguez y D. Jonatán Pousada Álvarez y el Ministerio de Acolito D. David Justo Fernández y el de Lector D. Juan Fernando Sánchez Montero.
- Día 15: Visita Pastoral a la parroquia de Santa Marta de Belle en el Arciprestazgo de Ourense Este.
- Día 17: Reunión de la Comisión Permanente del Consejo Presbiteral.
Reunión del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos en el Obispado.
- Día 18: Celebración Eucarística con motivo de la Apertura al Octavo Centenario de la Fundación de la Orden de las Clarisas en el Monasterio de Vilar de Astrés.
Vigilia de oración por las Vocaciones en la Parroquia de Fátima.
- Día 19: Fiesta de San José. Día del Seminario.
- Día 21: Nueva jornada del curso de DSI organizado por la fundación Santa María Nai, con el tema *Dios belleza. Estética y arte católico*.
Celebración Eucarística en el 25 aniversario de la restauración de la Capilla de San Lázaro situada en el barrio de Peliquín de la ciudad de Ourense.
- Día 22: Visita Pastoral a la parroquia de Santa María de Lamela y San Bernardo de Tibiás en el Arciprestazgo de Ourense Este.

Día 24: Reunión del Consejo Episcopal.

Día 25: Reunión de Arciprestes en el Seminario Mayor.

Día 27: Reunión de los sacerdotes jóvenes con el Sr. Obispo en el Seminario Mayor.

Presentación del libro *Don Evaristo. Párroco de O Carballiño y promotor de la Vera Cruz* del Rvdo. Dr. José Ramón Hernández Figueiredo, en el Casino de O Carballiño.



Beati misericordes